

# DEL ABISMO A LA GLORIA

Una esperanza segura  
para un mundo en crisis

MILTON PEVERÍNI GARCÍA



Publicaciones Interamericanas Pacific  
Press® Publishing Association  
Nampa, Idaho

Porrada: Foto de nubes © Corel  
Diseño de la portada: Tim Larson  
Diseño del interior: Lilia W. Peveríni

Derechos reservados © 1 996, por  
Pacific Press® Publishing Association Se  
prohíbe la reproducción rotal o parcial  
de esta obra sin el permiso de los  
editores.

Impreso por  
PUBLICACIONES INTERAMERICANAS División  
Hispánica de la Pacific Press® Publishing Association: •  
P.O. Box 5353, Nampa, Idaho 83653, EE. UU. de N.  
A.

Primera edición: 1996

ISBN 0-8163-9727-9  
Printed in the United States of America

*A Eunice, mi querida esposa, que  
entrañablemente me inspira y  
acompaña por la senda cristiana.*

# Contenido

Introducción .....	7
1. La grandeza del amor .....	9
2. Luz gigante .....	17
3. La tragedia del pecado.....	24
4. Rescate con sangre .....	34
5. Cuando Dios toca el corazón.....	43
6. Nacer de nuevo.....	53
7. En alas de la fe .....	65
8. La ley más buena del mundo .....	81
9. Sobre la Roca de los siglos.....	96
10. La gloriosa esperanza del cristiano.....	112

# Introducción

Multitud de personas se sienten atraídas por los abismos insondables que existen en las entrañas de la tierra o en las profundidades del mar. Miles de turistas, por ejemplo, recorren las impresionantes cavernas de Carlsbad, situadas en el Estado de Nuevo México, EE. UU., o las grutas de Cacahuamilpa, en la República de México, consideradas las más extensas de América del Norte. De no ser por el sistema que tienen de luz artificial, en ambas concavidades predominaría una oscuridad aterradora. El aislamiento es aún más aplastante en lo que es la cueva más honda del planeta, con 1.225

metros de profundidad. cerca de Grenoble. Francia, bajo las masas rocosas de los Alpes europeos.

¿Y qué decir de la inmensidad misteriosa de los mares? Gracias al valor y tenacidad del marino y explorador Jacques Yves Cousteau, de Auguste Piccard y otros destacados hombres de ciencia, se ha logrado descender a la increíble profundidad de 10.916 metros, cerca de la isla de Guam. Y en otra excepcional aventura que alcanzó el lecho mismo del mar, se detectaron en 1985 los restos del famoso y malogrado barco *Titanic*. Sin embargo, el mensaje más impactante del abismo del océano, es el silencio, la total oscuridad y la absoluta falta de vida que reinan en el fondo del mar.

¿Pero cuál es el estridente mensaje que pregona el vasto e impresionante abismo de nuestro mundo moral y espiritual?

Aclaremos que este no es un libro sombrío, cargado de presagios amenazadores. Muy por el contrario. Es una clarinada de optimismo, que no sólo ilumina el presente, sino que aviva la esperanza en un futuro mejor.

Eso sí, iniciamos el recorrido hacia la altura, hacia el bienestar de la familia y de nuestra humanidad, reconociendo honestamente

que este mundo se halla sumido en un terrible y profundo abismo. Se encuentra abrumado por una oscuridad aún más densa que la que existe en el fondo del mar o en las entrañas de la tierra. El crimen y el odio se han desatado sobre la faz del planeta. Las pequeñas y grandes ciudades están gobernadas por las fuerzas de las tinieblas. El comercio de las drogas y el desquicio de los hogares son una de las pruebas más evidentes de que nuestra sociedad se ha desbarrancado a un desastre moral. Y lo que es peor, al ser humano le ha faltado la capacidad o la voluntad de impedir esta caída.

La desesperanza ahoga la gana de vivir de muchísimas personas. Se considera que desde el punto de vista espiritual, emocional, físico y médico, la dolencia del SIDA es una de las más mortales que jamás haya afectado a la raza humana. En los Estados Unidos, cada 30 segundos una mujer es infectada con VIH (Virus de Inmunodeficiencia Humana) y cada dos minutos una muere de SIDA. En 1995 había 17 millones de individuos infectados de VIH a nivel mundial; se estima que para el año 2000 serán 40 millones. Y éste es uno de los tantos dramas que atormenta a nuestro mundo.

¿A dónde vamos? Por motivos muy diferentes, multitudes de familias sienten que han caído en "un pozo". Sus miembros no se entienden entre sí. La vida para ellos es sombría. Entre tanto, con independencia de lo que ocurre en el mundo o en el hogar, muchas personas miran hacia su interior, y se asustan. Se sienten como al borde de un abismo cargado de resentimientos y temores.

Ante todo esto, da gozo saber que para el Todopoderoso no hay hondura que él no pueda alcanzar con su mano amante. Por más profunda y dolorosa que haya sido nuestra caída y necesidad, él tiene un plan infalible para sacarnos del abismo y conducirnos a su gloria; a la gloria de la felicidad de la vida abundante y eterna.

Estimado lector y apreciada lectora, con todo afecto le invito a recorrer las siguientes páginas y sobre todo, el camino de la vida, tomado de la mano de Jesús. Con seguridad, él nos conducirá *Del Abismo a la Gloria*.

El Autor

## La Grandeza del Amor

*No hay lenguaje más hermoso que el del amor. El poder del dinero, del conocimiento, o cualquier otro recurso material o espiritual, son insignificantes en comparación con la fuerza del amor.*

EL Taj Mahal, que resplandece junto al río Jumna, en la llanura de Agra, India, es la pieza arquitectónica más celebrada del mundo. Esta magnífica obra de arte surgió como resultado de una relación nada común, entre un antiguo emperador, llamado Shah Jahan, y su amada esposa, Muntaz Mahal. En una época en que los casamientos reales eran casi siempre realizados por interés, estas dos personas unieron sus vidas por amor.

Fue en ocasión de una fiesta real, que Jahan se enamoró de Muntaz. Pidió su mano en matrimonio y fue aceptado. Una vez que se casaron, se volvieron inseparables. Los poetas de la corte escribieron que la belleza de Muntaz hacía que la luna se escondiera avergonzada. Pero Jahan apreciaba a su amada por mucho más que su belleza física. La joven era tan inteligente que pronto se convirtió en su más apreciada consejera. También era generosa y compasiva.

Corría el año 1631. Moviada por el afecto, la reina insistió en acompañar al Shah a una campaña militar contra fuerzas rebeldes en el sur de la India, a pesar de que ella se encontraba encinta. Fue durante esa campaña que aconteció la tragedia. Después de dar a luz a su decimocuarto hijo, Muntaz falleció. El Shah Jahan se sintió devastado. Su compañera inseparable durante 19 años, había fallecido. Se encerró en su cámara y se negó a comer. Durante ocho largos días permaneció en cama, gimiendo de angustia. Cuando por fin se levantó, era un hombre envejecido.

El amor de su vida había desaparecido. Ese amor que parecía eterno, le había sido arrebatado. Pero el gobernante halló una forma de inmortalizarlo. Decidió erigir un mausoleo para su esposa, que fuera tan hermoso como su amor. Bajo su dirección, un concilio de arquitectos de la India y de Persia, y más de 20.000 operarios, se dedicaron a la planificación y **construcción** de este palacio que demoró 22 años en completarse.

Así fue como Jahan construyó el Taj Mahal, monumento exquisito para guardar los restos de su esposa. La unión perfecta que había existido entre ambos había sido destruida, pero Shah Jahan se aseguró de que en los siglos venideros fuese recordada por medio de esa bellísima estructura.

### Monumentos de amor

Todos podemos construir un palacio movidos por el amor. Como seres humanos, hemos sido creados para amar y ser amados. En este mundo que se caracteriza por relaciones estropeadas, podemos echar mano de componentes irremplazables para edificar un hogar y una vida que sean monumentos al amor verdadero.

El amor se manifiesta en formas muy diversas. Así como un rayo de luz se fragmenta y proyecta en variados colores al pasar a través de un prisma, de igual modo cuando el amor se introduce en la vida, se manifiesta de muchas maneras. En el llamado Salmo del Amor, San Pablo describe este don del siguiente modo: "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser" (1 Corintios 13:4-8).

### ¿Qué es el amor?

Una de las cualidades inspiradas que lo define, declara que el "amor no busca lo suyo". La tendencia natural del ser humano es satisfacer primero el yo, luego el yo, y siempre el yo. Pero impulsado por el amor, se produce un cambio fundamental. Se ama a los demás como a uno mismo, o sea que nuestros seme-

jantes pasan a ocupar el primer lugar en nuestros intereses.

El amor es olvidarse de uno mismo, de los propios intereses y gustos personales, para ayudar a los demás. O como dijera Douglas Cooper, "es usar el poder de elegir dado por Dios, para decir o hacer lo que es para el mayor provecho y para el mayor bienestar de otra persona".

La descripción que el apóstol Pablo hace del amor alcanza un tono sublime, cuando declara que el amor "todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". "El amor —añade— nunca deja de ser". Ciertamente, los sacramentos del amor humano se pueden prolongar en forma imperecedera.

Por ejemplo, una mujer se casa con un hombre "nada bueno". Es infiel, intemperante, perezoso, algunas veces cruel y siempre una caricatura de esposo y padre. Lo único que significa para la mujer es necesidad, vergüenza, temor y aflicción.

Finalmente, ese hombre termina por cometer algún delito y es encarcelado. Deja de existir para el mundo pero no para su esposa. Sus propios hermanos reniegan de él y no desean volver a verlo. Transcurren los años y por fin es puesto en libertad. Las puertas de la cárcel se abren y él vuelve a entrar en el mundo en

un triste día invernal. Y allí, como un ángel de misericordia está su esposa, con los brazos abiertos, para darle la bienvenida a ja vida.

¿Cómo se puede explicar esto? El secreto es uno sólo: ella lo ama. Tiene por su esposo un amor maravilloso y perdurable; un amor que soporta todas las cosas. Las muchas aguas de la adversidad no pueden ahogarlo.

Entre las diversas cualidades o bloques espirituales que componen el monumento del amor, se destaca en forma suprema el espíritu de sacrificio y abnegación por parte del que ama en favor del ser amado. Como dijera Fulton J. Sheen en su libro *El camino de ja felicidad*: el amor verdadero siente más la necesidad de dar que de recibir. ¿Y quién podría ilustrar mejor esta virtud que una madre?

### El amor de una madre

El lenguaje humano es demasiado limitado para expresar en toda su medida el amor maternal. En él se han inspirado nume-

rosos artistas, compositores y poetas. Y cuando las Sagradas Escrituras procuran dar una idea aproximada del amor de Dios, lo compara con el amor de la madre. Sólo este amor nos da una vislumbre de la misericordia con que nos ama nuestro Padre celestial. Es un amor que nunca muere, libre de egoísmo, que lo da todo sin pedir nada.

Aun cuando el hijo sea indigno de su cariño, la madre lo seguirá amando. A propósito, mientras se juzgaba a un joven acusado de un terrible delito, una mujer llorosa y enlutada trató de abrirse paso a todo trance para aproximarse al reo. Fue un intento inútil, porque la detuvieron un par de fornidos policías. Uno de ellos, tratando de hacerla entrar en razón, le dijo: "Señora, ¿a dónde va? ¿No ve que ese muchacho es un criminal?" "No importa —contestó la excitada mujer—, ¡égalo bien, no me importa, porque es mi hijo".

El lenguaje del amor es muy hermoso. Cuando el amor ilumina el corazón, la vida se torna fecunda y abnegada. Entonces se producen genuinos milagros. Y felizmente se producen en las vidas de incontables padres, madres, hijos e hijas, esposos y esposas... hombres y mujeres de todas las edades, ricos y pobres, esparcidos en todos los rincones de la tierra. Y por gracia divina, lector y lectora amiga, seguramente también tu vida está inundada de amor.

Pero por encima del amor humano, existe un amor tanto más sublime como dista el cielo de la tierra, un amor que alcanza una dimensión cósmica, como veremos seguidamente. Disfrutar de ese amor es la mayor aventura y bendición.

### Un amor que mueve el sol y las estrellas

La contemplación y estudio del espacio se ha tornado cada vez más fascinante. Aunque los mejores telescopios sólo alcanzan a vislumbrar una mínima fracción del universo, se ha podido descubrir que existen una cantidad innumerable de galaxias, cada una de las cuales está constituida a su vez por millones y más millones de astros.

A su vez las galaxias están compuestas por sistemas, con una estrella central y una cantidad de planetas, satélites, asteroides y cometas que giran en torno de ellas. Nuestro planeta Tierra, junto

con Neptuno y otros planetas, pertenece al sistema solar.

En una aventura espacial sin precedentes, en agosto de 1989 el explorador del espacio Voyager II logró cumplir su gigante travesía hasta el planeta Neptuno. El recorrido del Voyager II fue de más de seis mil millones de kilómetros por una ruta única, a fin de visitar cuatro de los planetas externos de nuestro sistema solar: Júpiter, Saturno, Urano y el aún más lejano, Neptuno.

El Voyager II ha enviado datos científicos que totalizan más de 5 billones de unidades, suficiente para llenar 6.000 colecciones de la Enciclopedia Británica. La asombrosa exactitud del proyecto se realza al saber que el Voyager II siguió una trayectoria diseñada por computadora y meticulosamente planeada por varios años y después de recorrer seis mil millones de kilómetros hasta Neptuno, se había desviado apenas unos 35 kilómetros.

Impresiona en todo esto la inconcebible vastedad del espacio. El viaje del Voyager II fue relativamente corto, a pesar de ir a una velocidad de 97.600 Km. por hora. Apenas alcanzó a tocar una esquinita del universo. Los científicos predicen que el Voyager II, mientras continúe en el espacio, llegará a la estrella Ross 248 alrededor del año 42.000. Dentro de 296.000 años se estará acercando a Sirio, la conocida estrella del Can Mayor. ¡296.000 años a 97.600 Km. por hora, sólo para asomarse al vecindario de la estrella más cercana!

En medio de los notables logros y descubrimientos científicos, ¿olvidamos tal vez el Poder que puso allí estos planetas? El Voyager II fue una tremenda hazaña. Pero ciertamente fue más grande el acto de colocar en órbita esos inmensos planetas. ¿Cómo fueron formados? ¿Qué fuerza los mantiene firmes en el espacio? ¿Quién creó todo esto?

La respuesta la encontramos en el primer versículo de la Biblia, que dice: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). ¿No es claro esto? Dios lo creó todo. Todos nuestros planetas, nombrados arbitrariamente en honor de dioses paganos —Mercurio, Júpiter, Neptuno— fueron creados por la palabra poderosa del Dios infinito.

Los milagros humanos de exploración espacial sólo sirven

para exaltar el milagro más grande de la historia, la creación descrita en el Génesis. Este maravilloso universo, con sus estrellas, constelaciones y galaxias, cuyo tamaño se mide en incontables años luz, señala a un Creador. El hecho de que las órbitas estelares sean matemáticamente exactas, no sólo en cuanto a su recorrido, sino a su velocidad y su precisión, nos habla de un Dios que no sólo creó las estrellas y los planetas, sino que las dirige en sus órbitas con un orden admirable. Revela orden, inteligencia, designio y poder extraordinarios.

En forma jubilosa declaró el salmista David: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmo 19:1). O sea que el espacio estelar revela el carácter y la naturaleza de Dios. El universo infinito, tanto en el tiempo como en el espacio, proclama a un Dios que no comenzó nunca, ni jamás va a terminar. Es eterno. Y a semejanza del universo que es infinito en el espacio, el Creador del universo es omnipresente. El llena los cielos y la tierra. Y por encima de todo, la belleza, permanencia y armonía del universo nos hablan de un Dios infinitamente sabio y bondadoso. Sí, el amor de Dios es el que mueve el sol y las estrellas.

### "Bueno en gran manera"

También el amor divino se manifiesta en forma soberana en este planeta tierra. Repasemos brevemente la descripción que las Sagradas Escrituras hacen del origen de este mundo, cuando Dios creó los cielos y la tierra. Entonces "la tierra estaba desordenada y vacía" (Génesis 1:2). Pero en determinado momento resonó la voz de Dios, diciendo: "Sea la luz; y fue la luz fue" (vers. 3). Era el amor el que hablaba, y como resultado, todo se iluminó.

Y el relato agrega que al mandato de la voz de Dios se formó la expansión, y luego fueron separadas las aguas entre sí y se descubrió la tierra seca. Brotó entonces la hierba y los árboles con sus frutos. Todo obedeció al Creador. El sol, la luna, las estrellas, las aves, los peces, los animales de la tierra... Y por último, como corona de su obra fue formado el hombre a imagen y semejanza de su Hacedor. De acuerdo al relato sagrado, en seis días fue completada la creación, y "vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera" (vers. 31).

La escritora Elena de White declaró: " 'Dios es amor' está escrito en cada capullo de flor que se abre, en cada tallo de la naciente hierba. Los hermosos pájaros que con sus preciosos cantos llenan el aire de melodías, las flores exquisitamente matizadas que en su perfección lo perfuman, los elevados árboles del bosque con su rico follaje de viviente verdor, todos atestiguan el tierno y paternal cuidado de nuestro Dios y su deseo de hacer felices a sus hijos" (*El camino a Cristo*, p. 10).

Movidos por teorías ateas y materialistas, hay quienes han pretendido ignorar el relato bíblico de la creación y al Dios Todopoderoso como el Creador de los cielos y la tierra. Pero el libro de la naturaleza proclama en forma irrefutable, que Dios creó los cielos y la tierra, y que nosotros los humanos no descendemos de un mono, y muchos menos que somos fruto del acaso. Somos hijos e hijas de Dios, creados a su imagen y semejanza. ¡Qué origen tan honroso!

### Tres realidades asombrosas

El primer fenómeno que destacamos es el movimiento que existe en todo el orden natural. Desde los mundos que vuelan vertiginosamente en el espacio, hasta la hierba que crece insensiblemente bajo nuestros pies, nada está inmóvil e inerte. Todo se mueve en una o en otra dirección. ¿Cómo y cuándo comenzó el movimiento? ¿Quién dio a los átomos el impulso para formar la materia? ¿Quién imprimió a los astros y planetas el fantástico movimiento que los sostiene en el espacio sideral?

La segunda realidad asombrosa, es un misterio aún superior al movimiento. Ese algo misterioso se llama vida. Nunca se ha podido analizar la vida. Nadie ha podido encontrarla en las probetas de un laboratorio. Los químicos nunca han encontrado su origen. Aunque el ser humano ha construido maquinarias extraordinarias, ningún sabio ha podido generar la vida en la más pequeña y simple de las semillas. ¿Qué es la vida? ¿De dónde procede? ¿Cuándo comenzó a manifestarse sobre la tierra? Existe, además, un tercer fenómeno fundamental, que junto con el movimiento y la vida son pruebas innegables de la existencia de Dios. Este fenómeno extraordinario es la facultad que tiene el ser humano de pensar. ¿Qué es el pensamiento? ¿Cuál



es su origen? ¿Cómo se explica su existencia en un mundo simplemente material?

Hasta donde se conozcan las propiedades de la materia, ésta no es capaz de pensar. Ninguna roca, ni un libro, ni un papel, ni cualquier otro objeto, han manifestado jamás la capacidad de pensar. Sólo el hombre tiene la facultad de razonar y de actuar en forma inteligente. Sólo él establece sistemas filosóficos, idealiza, crea, inventa. ¿De dónde obtuvo esta facultad extraordinaria?

Hay una sola respuesta. La única explicación lógica y posible es que el ser humano recibió la luz de la razón de un Ser inteligente y superior. Y ese ser es el Dios Creador que hizo al hombre a su imagen y semejanza.

### Amor inmensurable

El Supremo Creador manifiesta su amor y poder en todo el universo: en el espacio infinitamente extenso donde se mueven estrellas y planetas, y también en los 30 trillones de minúsculas células que componen el ser humano. El está dentro y fuera de nosotros. El es el origen de todas las cosas, es la Causa Primera, el Arquitecto y Diseñador.

Pero además de ser el Creador, Dios es el amante Padre celestial. En virtud de su amor, él sostiene nuestro mundo y el universo entero, a fin de asegurar la subsistencia y el bienestar de sus criaturas. De este Padre bendito, Jesucristo dijo que "hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos" (S. Mateo 5:45).

La grandeza del amor del Dios Omnipotente, el Creador y Sustentador de todo, el magnánimo Padre celestial, alcanza su expresión infinitamente sublime y misteriosa en la verdad que fluye de las siguientes palabras del Evangelio: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

¿Cómo podemos disfrutar ese amor y alcanzar salvación<sup>9</sup>? ¿Hay esperanza para los criminales y adúlteros? ¿Cómo se entiende que este mundo creado tan hermoso se haya convertido en un planeta corrompido? Conozcamos el libro de las respuestas en las páginas siguientes.

## 2

# Luz Gigante

*Trazo de luz gigante/ trazo eterno/ trazo de mano firme y amorosa/ trazo de eternidad a eternidad/ trazo con signos de tu cielo, eso es, Señor/ tu palabra radiante.*

Para mí fue una gran aventura entrar a las famosas cuevas o grutas subterráneas de Cacahuamilpa, cercanas a la ciudad de México. El guía fue señalando las diversas estalactitas y estalagmitas, esas protuberancias caprichosas y atraentes que pendían de la bóveda de la caverna o que sobresalían del suelo. El sendero era angosto y resbaladizo.

De pronto, tras una breve advertencia, el guía desconectó el sistema de iluminación. Sentimos inmediatamente el peso de la más densa oscuridad. Las sombras se tornaron impenetrables. Comprendimos que sin el auxilio de una lámpara o linterna, sería imposible para cualquier persona alcanzar la superficie de la tierra. Los intrincados laberintos y recovecos de la gruta constituían una trampa sin escapatoria. Felizmente, enseguida se encendieron las luces.

La *mayor* necesidad que tiene el ser humano, es de una luz que ilumine su existencia.

Las sombras más angustiosas no son las que impiden nuestra visión física, sino las que anulan nuestra visión espiritual. Con frecuencia, la senda de la vida se complica de tal forma que no sabemos cuál debe ser nuestro próximo paso. Azotados por la confusión se paraliza nuestra mente sin saber a dónde ir.

Y se levantan las grandes preguntas: ¿Por qué vivo? ¿Cuál es mi destino y el futuro de este mundo? Si Dios es bueno, ¿por qué hay tanto dolor y sufrimiento? ¿Qué debo hacer

para lograr la paz y el éxito en mi vida?

Frente a todas estas dudas que ensombrecen el alma, hay una respuesta inspirada que presenta la luz indispensable para todo ser humano. Es la que señala el salmista David al decir: "Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino" (Salmo 119:105).

*Si, la Palabra de Dios es la gran fuente de luz espiritual.* Es el único libro que resuelve los grandes dilemas del ser humano. Es el libro de las respuestas.

El reconocido historiador César Cantú declaró: "Observamos que la Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos, y de todas las situaciones; que tiene consuelo para todos los dolores, cánticos de alegría para todos los placeres, verdades para todos los tiempos".

Y Gabriela Mistral, la poetisa chilena laureada con el Premio Nóbel de Literatura, escribió en un ejemplar de la Biblia las siguientes palabras: "Libro mío, libro en cualquier hora bueno y amigo para mi corazón, fuerte, poderoso compañero".

La grandeza, la hermosura y el valor de las Sagradas Escrituras han sido ensalzados por incontables escritores, estadistas, religiosos y hombres de ciencia. Pero el dulce cantor de Israel, el salmista David, lo hizo en forma insuperable: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbrá los ojos" (Salmo 19:7-8).

¿Por qué?

¿Por qué la Biblia llega a lo más profundo del ser humano y despierta el amor más sincero del corazón?  
¿Por qué innumerables mártires y héroes de la fe, estuvieron dispuestos a sacrificar sus vidas en defensa de sus enseñanzas? ¿Por qué las promesas bíblicas significan gozo y esperanza para millones de personas?

*¿Cuál es el secreto del revolucionario poder de las Sagradas Escrituras?*

El apóstol San Pedro declara así: "Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación priva-

da, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo Inspirados por el Espíritu Santo" (2 S. Pedro 1:20-21).

Y San Pablo enseña: "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16).

Estos pasajes enseñan una importantísima verdad: la Biblia, a diferencia de cualquier otro libro, fue escrita por inspiración divina. Ese y no otro es el secreto de la grandeza de las Sagradas Escrituras. *Es la Palabra de Dios.*

Los hombres que la escribieron fueron simples instrumentos por medio de los cuales el Espíritu Santo registró un mensaje de Dios para la humanidad. Los apóstoles, los evangelistas, Moisés, el sabio Salomón, el salmista David y los demás escritores bíblicos nos entregaron porciones de gran valor espiritual. Pero el mensaje no lo aportaban ellos: provenía directamente de Dios.

¿Qué evidencias existen del origen divino de la Biblia?

¿Qué pruebas nos dan la seguridad de que el Dios Todopoderoso es el único y verdadero Autor de las Sagradas Escrituras? Consideremos algunos hechos reveladores:

♦ **Unidad y armonía de su contenido.** La Biblia es un conjunto de 66 pequeños libros escritos por unas 40 personas a lo largo de 1.500 años, La mayoría de los escritores no se conocieron entre sí. Vivieron en épocas diferentes y pertenecieron a culturas distintas.

A pesar de esas circunstancias, los escritos de todos armonizan en forma magistral. Con diferencias de estilo, todos hablan del mismo Dios, todos exaltan las mismas normas de conducta y todos coinciden en presentar el tema básico de la Biblia, que es el amor divino hacia la humanidad. Esta unidad de pensamiento y propósito sólo se explica al aceptar que el mismo Dios los inspiró a todos por igual.

♦ **Su permanencia.** Declara el profeta: "Secase la hierba, marchitase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre" (Isaías 40:8).

Así es. "El imperio de César ha pasado; las legiones de Roma ya están en el polvo; los aludes que Napoleón despeñara sobre Europa han desaparecido; el orgullo de los faraones está abatí-

do. La tradición ha cavado para la Biblia un sepulcro; la intolerancia ha encendido muchas piras; pero la Palabra de Dios permanece todavía". Y siempre habrá de permanecer, porque proviene de Dios, quien vive por la eternidad.

♦ **Su carácter profético.** Se estima que más de 6.000 versículos bíblicos contienen profecías o preanuncios del futuro, los cuales se han cumplido a su debido tiempo y otros están en vía de cumplirse.

Una de las profecías más admirables anticipa la venida de Jesús a esta tierra como el Mesías y Salvador del mundo. Predijo su nacimiento virginal, su vida milagrosa, su muerte, su resurrección y ascensión a los cielos.

Con más de 500 años de anticipación, el profeta Miqueas indicó que Cristo Jesús nacería en el pueblo de Belén. Y el profeta Isaías, 700 años antes de la llegada del Mesías, declaró que éste nacería de una virgen.

¿Quién, sino el Dios Todopoderoso puede descifrar el futuro y dar así seguridad al corazón?

♦ **Su mensaje es para todos.** La Escritura es el libro universal dirigido al corazón del hombre por el único que puede en tender cada uno de sus anhelos. Su contenido responde a las necesidades de todo ser humano.

En la Biblia hay palabras sabias para el joven, el niño, el adulto y el anciano. Hay palabras oportunas para el pobre, para el rico, para el adolorido o para el que está contento.

Francisco E. Estrello declaró: "La Biblia nos habla hoy porque tiene un mensaje viviente: es el mensaje de Dios para la humanidad, y el hombre de hoy es el mismo de ayer, con sus mismas necesidades, con sus mismos problemas, con sus mismas angustias, con su misma urgencia de salvación de pecado. La Biblia nos habla hoy porque el Dios que se mueve entre sus páginas, es el Dios eterno que sigue buscando al hombre con la misma pasión redentora".

♦ **Tiene poder para transformar.** Al describir ese poder el apóstol Pedro declaró: "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 S. Pedro 1:23).

Esta influencia se manifestó en forma dramática en el caso del "Bounty", el navío inglés cuya tripulación se sublevó en 1789,

dando lugar a uno de los acontecimientos más notables en la historia del Océano Pacífico. Los nueve amotinados desembarcaron en la pequeña isla de Pitcairn. Uno de los marineros descubrió cómo hacer licor, y esto promovió vicios, contiendas y toda clase de males.

Al cabo de un tiempo, sólo quedaron un hombre, Alejandro Smith, unas pocas mujeres y algunos niños en la isla. Entonces, Smith se interesó en la Biblia que habían sacado del barco antes de destruirlo. La leyó y comenzó a compartirla con el grupo.

¡Y se produjo el milagro! Fue como si todas aquellas personas hubiesen nacido de nuevo. En el año 1803, al llegar a la isla el navío Topaz de la marina norteamericana, encontró en ella una comunidad próspera y feliz, sin cárceles ni delincuentes: una comunidad cristiana que aún hoy vive los principios de la Biblia.

Sí, las Sagradas Escrituras son poderosas para transformar al ser humano. Sus ideas, verdades y promesas revolucionan la mente y tocan el corazón. Imparten la vida que viene de Dios. Hablando de ese poder, el apóstol Pablo dice lo siguiente: "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y que penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4:12).

## ¿Para qué fue escrita la Biblia?

♦ **Para darnos esperanza.** La Biblia es el único libro que nos enseña con claridad el camino hacia el cielo. Sin él, la vida sobre este mundo perdería todo significado. Nos ofrece una visión optimista del futuro; nos indica qué es lo que sobrevendrá a este planeta. Nos enseña el porqué de la muerte y el dolor y también explica qué sucede con el ser humano después de morir.

Sin la Biblia nos agobiarían el caos y la desesperación en una medida infinitamente mayor a la que hoy reina sobre la tierra. La Biblia fue escrita, para "que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza" (Romanos 15:4).

♦ **Para darnos fe.** ¿De dónde viene la fe? "Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17).

En este mundo plagado por la duda, la incertidumbre, el es-

cepticismo y el ateísmo, gracias a la Biblia el alma se ilumina con la antorcha gloriosa de la fe. Así ocurrió con una pareja de ateos, que en un acto de honestidad se atrevieron a leer la Biblia. Al completar su lectura dijeron en alta voz: "Si este libro es verdad, nosotros estamos equivocados. Dios existe". Luego de leerlo por segunda vez, dijeron con verdadera ansiedad: "Si este libro es verdad, nosotros somos pecadores y estamos perdidos". Pero al volverlo a leer con humildad, ambos esposos exclamaron con regocijo: "Si este libro es verdad, estamos salvados porque Cristo murió por nosotros".

♦ **Para darnos gozo.** Dijo el profeta Jeremías: "Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón" (Jeremías 15:16). Y el gozo que tuvo el profeta lo disfrutó toda persona que se alimenta con el bendito pan espiritual que es la Palabra de Dios.

♦ **Para comprender y recibir la verdad.** En el Libro de Dios se presenta en forma clara y sencilla la verdad, única y eterna, contra la cual se estrellan todas las opiniones y teorías humanas. Allí está la verdad acerca de Dios y acerca del hombre. Y esta última duele porque nos muestra que somos de barro, llenos de defectos.

Pero cuando la verdad contenida en la Biblia es aceptada con humildad, se cumple el ruego de Jesucristo, quien exclamó: "Santificalos en tu verdad, tu palabra es verdad" (S. Juan 17:17).

♦ **Para conocer a Jesús.** Al referirse a los hechos o señales escritas en este libro, el apóstol Juan declaró que fueron escritas para "que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (S. Juan 20:31).

La Biblia nos habla de Cristo. Él es el centro de las Sagradas Escrituras. Él es la esencia de cada parábola y enseñanza; él es el motivo y propósito de toda profecía. Él es la perla de gran precio, es la puerta y es el pan; él es el Buen Pastor de las ovejas, es el divino Cordero de Dios...

Cristo es el tesoro escondido en todas las páginas de la Biblia. ¡Dichosos los que lo encuentran!

Jesucristo es el Verbo, la Palabra viviente, que nos habla por medio de la Palabra escrita, a fin de que nosotros lo conozcamos y alcancemos vida eterna. Este es su mandato: "Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida

cierna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (S.

Juan 5:39).

## "Escudriñad las Escrituras"

Como resplandor de auroras en medio de las tinieblas de la vida, brilla la Luz del mundo, nuestro Señor Jesucristo. Pero para que ese resplandor ilumine nuestro sendero, debemos estudiar con fervor el mensaje viviente de las Sagradas Escrituras. El cristiano debe recorrer la senda sagrada de los escritores inspirados en busca del tema principal de sus revelaciones: el Señor Jesús.

Cuando en la ciudad de Londres falleció un acaudalado hombre de negocios, sorprendió su testamento. Le sobrevivieron sólo dos hijos. A su hijo Juan lo favoreció con tres casas y a su hija Silvia le dejó de herencia sólo una Biblia. Silvia impugnó el testamento, aduciendo que su padre habría perdido sus facultades mentales al disponer de sus bienes, pues había cometido una tremenda injusticia. Pero por faltas de pruebas, el juez denegó la petición. Entonces Silvia le imploró a su hermano que le diese alguna de las casas. Pero el hermano hizo oídos sordos al reclamo.

Pasaron algunos años y Silvia se fue hundiendo en la pobreza y la amargura. No podía perdonar a su padre que le hubiese dejado de herencia sólo una Biblia. Un día, descuidadamente abrió ese ejemplar de la Palabra de Dios. Y al hojearla, se deslizó de entre sus páginas un cheque a su nombre por la suma de 250.000 libras esterlinas, una suma equivalente a las casas que había recibido en herencia su hermano. Abrazando la Biblia y entre lágrimas de gratitud, Silvia exclamó: "Vivía como una miserable, teniendo esta gran riqueza entre mis manos".

La Biblia ha llegado a nuestras manos, ¿qué haremos? ¿La recibiremos como una herencia de Dios para nosotros?

En su sentido más profundo, la Biblia es una *carta de amor* que nos envía desde el cielo nuestro Padre celestial. Su mensaje tierno y santo está dirigido a nuestros corazones, para darnos esperanza y valor.

En nuestro capítulo siguiente enfrentaremos la mayor tragedia que está sufriendo nuestro mundo. Vislumbraremos el terrible abismo en que está sumido el ser humano. Pero iluminados por la Palabra de Dios, ascenderemos *del abismo a la gloria*.

¡Vamos adelante!

# La Tragedia del Pecado

*"En la armonía eterna, pecar es disonancia;/  
pecar proyecta sombras en la blancura astral./  
El justo es una música y un verso, una  
fragancia/y un cristal".*

Era para temer. A cualquier hora del día o de la noche escuchábamos de la casa que daba a nuestro patio trasero unos rugidos y gruñidos muy extraños. ¿Sería un animal salvaje? Y si no, ¿qué sería? En algunas ocasiones se podía oír con claridad gritos y amenazas y hasta pedidos de auxilio proferidos por los tres miembros de la casa : la madre del hogar y sus dos hijos, el mayor de 23 y el menor de 18 años de edad.

Una calurosa tarde de verano la vecina nos llamó a mi esposa y a mí por sobre la cerca. Su rostro reflejaba una gran ansiedad. Entre lágrimas reveló su gran secreto, su pavoroso secreto.

No era asunto de drogas, ni tampoco de borracheras. Los gritos y peleas entre sus dos hijos no eran causados por mujeres. Según ella era por algo mucho peor. Su hijo menor estaba endemoniado. Desde tiempo atrás el demonio se había posesionado de él en forma brutal.

Y así la madre contó el drama de ese hijo. Se había criado como un niño cristiano. Pero siendo un jovencito dejó su hogar y su terruño, y estando lejos y solo cometió muchas faltas y un gran error: empezó a asistir a sesiones de espiritismo. Y su vida se trastornó con vicios e ideas extrañas. De pronto pareció haber enloquecido. Se tornó violento, y repetidamente quiso quitarle la vida a su hermano. Luego de esos accesos, durante los cuales rugía como una fiera, entraba en un estado

de trance, con la mirada perdida en el infinito.

¿Qué hacer?

La madre imploró que orásemos por su hijo, para que se hiciese el milagro. Anhelaba con toda el alma que el Dios Todopoderoso liberase a su hijo de las garras del demonio.

Después de formar una cadena de oración entre centenares de creyentes por dos semanas, tres ancianos de la iglesia y siervos de Dios rodeamos al joven para implorar la misericordia divina sobre él. Leímos promesas poderosas de la Biblia y rogamos la presencia del Espíritu Santo. De pronto el joven entró en trance. Su mirada perdida y la espuma por la boca indicaban la presencia de las fuerzas del maligno.

Sin embargo Jesucristo ganó la victoria, Al invocar con humildad y fervor su nombre glorioso, el joven quedó completamente libre del demonio. Fue sanado en forma definitiva. Hoy es un cristiano radiante, una persona de éxito y un padre y esposo ejemplar. Y su madre es la mujer más feliz de la tierra.

## ¿Existe Satanás?

Hay muchas personas que niegan su existencia. Consideran que se trata de una simple fantasía, de un mito simbolizado como una criatura macabra y grotesca, que empuña un tridente o gigantesco tenedor con el cual puede sujetar a las almas en el presunto infierno.

En forma aún más atrevida, hay quienes afirman que el diablo ha muerto. Lo ha matado, dicen, el adelanto de nuestra cultura y de nuestra civilización. ¿Pero será cierto que Satanás no existe?

¿Quién sino él siembra la envidia, la mentira, la calumnia, la lujuria, el odio y el egoísmo? ¿Por qué hay un número creciente de personas que rinden culto a los demonios, e invocan sus poderes por medio de la magia, el vudú, el espiritismo y los rituales del satanismo? ¿Por qué se multiplican los crímenes, abusos sexuales, maltrato de criaturas inocentes, escándalos políticos, comercio de drogas, etc.? ¿Por qué?

Nos lamentamos muchas veces por la situación en que vivimos, pero, ¿nos ha preocupado saber si hay una causa común y general para todos los males que sufrimos individualmente y que sufre la humanidad toda?

Un hombre oraba continuamente a Dios así: "Oh, Señor, quita las telarañas de mi vida. No puedo ver. Apártalas de mí". Un amigo que lo oyó un día, le dijo: "Dime, en lugar de pedirle a Dios que quite las telarañas de tu vida, ¿no sería mejor matar la araña?"

Y bien, ¿quién es el que teje a nuestro alrededor tanta corrupción, tanta telaraña malsana? ¿Quién es la "araña" que oscurece nuestra visión moral y espiritual? ¿Cuál es la causa de todos nuestros males, del dolor, del crimen, del odio, de la impiedad, de la muerte?

La Biblia, la única fuente autorizada sobre el origen de todas las cosas, nos dice que el causante del mal y sus dolorosas consecuencias es Satanás, cuyo nombre significa adversario, Es el gran enemigo del hombre y el implacable enemigo de Dios.

### Cristo enfrentó y denunció a Satanás

Satanás no es un personaje imaginario. En la Biblia y en especial en los Santos Evangelios, se lo describe como un ser real. Jesucristo, cuyo testimonio nadie debe ignorar, en varias ocasiones conversó con Satanás, lo reprendió, lo vio, y lo desenmascaró tal cual es. Por ejemplo:

♦ **En el monte de la tentación:** Antes de iniciar su ministerio redentor, Jesús fue al desierto donde permaneció orando y ayunando por cuarenta días. Había ido en busca de fortaleza espiritual, a fin de poder cumplir su misión. Y justo al cabo de ese tiempo, cuando Cristo se encontraba exánime, apareció el tentador y le dijo: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan" (S. Mateo 4:3).

Jesús necesitaba comer. Pero según Satanás también debía convertir las piedras en pan para demostrar que era Hijo de Dios. Si así lo hubiera hecho, habría aceptado la duda que el enemigo lanzó sobre su origen divino. Pero Jesús respondiendo dijo: "Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (S. Mateo 4:4).

La victoria de Jesucristo sobre Satanás fue total.

Con las armas de la fe en la Palabra de Dios, de la humildad y el dominio propio, Jesús venció la tentación del apetito y el orgullo, y las subsiguientes tentaciones con las que el enemigo

quiso derrotarlo. Al concluir la prueba, con valentía Cristo lo increpó diciendo: "Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás. El diablo entonces le dejó" (S. Mateo 4:10-11).

El monte de la tentación se transformó en el monte de la victoria. Las armas de la luz disiparon las tinieblas. Cristo, aunque agobiado por la prueba, derrotó por completo a Satanás.

♦ **En los atrios del templo** una mujer había sido descubierta en adulterio y sus acusadores estuvieron a punto de apedrearla.

Pero la misericordia de Jesús se manifestó en favor de María Magdalena, a quien le dijo con amor: "Ni yo te condeno; vete, y no peques más" (S. Juan 8:11).

Momentos después Jesús dirige a los escribas y fariseos estas severísimas palabras: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira" (S. Juan 8:44).

Aquí Jesús desenmascaró por completo a Satanás. El diablo es el primer homicida, es el primer mentiroso. Es el padre, el origen de todo mal. Y es el que instila, siembra y difunde lo malo en la mente y corazón de los seres humanos.

♦ **¿Qué más debemos saber acerca del diablo?** Escuchemos las siguientes palabras de Jesús: "Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (S. Lucas 10:18). ¿Por qué Satanás cayó del cielo?, ¿qué es lo que él hacía allí? ¿Cómo es posible que el diablo haya podido vivir en el cielo donde mora Dios?

### Guerra en el cielo

En el capítulo 12 del libro de Apocalipsis, el apóstol dice así: "Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el Cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus

ángeles fueron arrojados con él" (Apocalipsis 12:7-9).

¡Guerra en el cielo! No hablamos de la Segunda Guerra Mundial, ni de las guerras de Vietnam y de Corea, ni de la guerra nuclear o de la bacteriológica, ni de las demás dolorosas guerras de este mundo. Tampoco se trata de la guerra de las galaxias. La Biblia está hablando de una tremenda batalla entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás.

¿Cómo se puede entender este espantoso drama de un grupo de criaturas que se rebelan contra su Creador? Era una gigantesca batalla de orden espiritual. Satanás atentó contra la base del gobierno de Dios, o sea su amor y su bondad, ya que "Dios es amor" (1 S. Juan 4:8).

El nombre original de Satanás era Lucero o Lucifer. ¿Cómo se rebeló contra Dios? ¿Cómo llegó a ser lo que hoy es? Este es un misterio para la mente humana, que sólo se puede discernir a la luz de la Palabra de Dios.

Al hablar de Lucifer, el profeta Ezequiel declara: "Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste... Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad... Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti" (Ezequiel 28:12-17).

El profeta Isaías da otra vislumbre sobre el origen misterioso del mal, con estas palabras: "¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo" (Isaías 14:12-14).

¡Qué drama insondable el de Lucifer, que cayera desde tan alto! Comenzó a admirarse a sí mismo y se sintió grande hasta tal punto que quiso ocupar el lugar de Dios. Envanecido por el orgullo y la envidia, ambicionó dirigir el universo conforme a sus propios principios egoístas.

Y entonces hubo guerra en el cielo. ¡Qué dolor para el corazón de Dios!

Preguntas que hacen pensar:

♦ **¿Por qué creó Dios al diablo?** De acuerdo con las Escrituras, es muy claro que Dios no creó al diablo. El Hacedor del universo creó a un ángel santo y perfecto, el cual sin ningún justificativo se degradó a sí mismo para convertirse en el origen del mal.

♦ **¿Por qué creó Dios al diablo con posibilidades de pecar?**

Necesitamos comprender que Dios creó seres inteligentes, dotados de libre albedrío, con libertad de elección para que pudiesen rendirle un servicio espontáneo y voluntario, y no un servicio obligado. Desgraciadamente, Satanás hizo mal uso de su libertad, quebrantando la honrosa posición y el glorioso destino que Dios le había reservado.

♦ **¿Por qué Dios no lo destruyó inmediatamente después que se convirtió en un rebelde?** Al analizar este difícil problema, una pluma inspirada declara que Satanás había lanzado la acusación de que Dios era injusto y que sus leyes no podían cumplirse. Por lo tanto, si Dios lo hubiese destruido enseguida, los demás seres creados habrían considerado que Dios era arbitrario e intolerante.

Se necesitaba tiempo para que el carácter divino fuese vindicado, y el de Satanás quedara plenamente descubierto.

Vayamos ahora al glorioso Jardín del Edén. Allí Dios rodeó con su amor al ser humano, pero la serpiente se arrastró solapadamente para inyectar su veneno mortal.

La serpiente entró en el jardín

¿Cuánto disfrutaría usted del jardín de su casa, si se enterase de que allí vive una temible serpiente venenosa? ¿Con qué tranquilidad dejaría jugar a sus niños en ese jardín? Años atrás, sin que nosotros lo supiéramos, una víbora muy venenosa entró al jardín de nuestra casa. La tarde era tibia y mi esposa abrió la puerta corrediza que daba a los cuartos de adentro. De pronto oí un grito angustioso. La víbora estaba junto a la pata de la mesa del comedor. Ahí había estado mi esposa cosiendo por horas. La víbora había entrado silenciosamente. Por providencia de Dios o por suerte, la pude matar con una pala de un solo golpe.

Pero el drama del jardín donde entró la serpiente antigua, fue mucho más terrible.

El Jardín del Edén había sido creado por Dios para que fuese el hogar de Adán y Eva, padres del género humano. Todo era hermoso en gran manera. Los recién casados no podían desear algo mejor. Era un hogar perfecto para una pareja perfecta, porque Dios los había creado a su imagen y semejanza (Génesis 1:26-27). El futuro se les presentaba brillante y feliz.

Pero la dicha y el bienestar de Adán y Eva dependían de una prueba de lealtad a su Hacedor. No debían comer del fruto de un árbol que estaba plantado en el huerto. De ese modo recordarían y reconocerían la presencia y los derechos de Aquel que les había dado la vida.

### La caída de nuestros padres

Ese fue el día más sombrío de la historia de este mundo. Comenzó con un inocente paseo de una hermosa mujer por un bello jardín. Eva se alejó de su esposo y se acercó al árbol prohibido. ¿Curiosidad? ¿Interés? ¿Temeridad?

Todo esto aconteció bajo la mirada vigilante de Satanás, el terrible adversario. En forma solapada y engañosa le habló a Eva por medio de una serpiente, y le dijo: "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" (Génesis 3:1).

Y Eva se atrevió a dialogar con el tentador. Le dijo que junto con su esposo habían sido autorizados a comer de todos los árboles del huerto, con excepción de ese árbol donde estaba la serpiente. Y aclaró que se les había dicho que el día que comieran del fruto de ese árbol, morirían.

Contradiendo lo que había dicho Dios, la serpiente, o sea Satanás, en forma atrevida y engañosa le dijo a la mujer: "No moriréis". Y luego les aseguró a nuestros primeros padres, que gracias a ese fruto serían como dioses.

Y aquí está el drama: en vez de confiar y creer en la Palabra de Dios, Eva creyó la mentira del tentador, codició el fruto prohibido, lo tomó y comió de él; y dio a su marido, el cual comió así como ella.

Las consecuencias de su desobediencia, de su pecado, fueron terribles y muy dolorosas para Adán y Eva. El pecado los distanció de Dios y provocó la separación entre ellos. Como resultado perdieron su inocencia; perdieron su hogar edénico;

La tierra se llenó de espinas y cardos; experimentaron en abundancia el dolor y el sufrimiento; conocieron el drama de la muerte; y se sometieron al rigor y dominio de quien pasó a ser desde entonces el príncipe de este mundo, el maligno Satanás.

En verdad, el veneno del pecado que inyectó "la serpiente antigua" en Adán y Eva, fue mortal. Nuestros primeros padres tuvieron que pagar un altísimo precio por no seguir la voluntad de Dios.

### El gravísimo riesgo del pecado

Todo aquel que consienta el pecado, afronta un riesgo mortal. Lo ilustra la historia de un hombre que tenía en su casa una boa que había recogido desde muy pequeña. No sólo la había domesticado sino que le había enseñado a enroscarse y desenroscarse en torno a sí mismo. El animal creció hasta alcanzar unos 5 metros de longitud. Ya tenía suficiente fuerza como para deshacer a cualquier individuo. Pero su amo repetía el peligroso experimento, confiado en que la serpiente le obedecería.

Alguien le advirtió que alguna vez la boa no se desenroscaría de su cuerpo y lo estrangularía. El hombre contestó que eso no sucedería, porque la había criado desde pequeña y estaba bien amaestrada. Pero llegó el día trágico cuando el animal no obedeció las órdenes de su amo y lo destrozó en un abrazo mortal.

Por intermedio de "la serpiente antigua", Satanás, el pecado se introduce insidiosa y engañosamente en la vida del ser humano, Ofrece aventuras y placeres desconocidos. Pero su verdadero resultado es el remordimiento, la tristeza y a! fin la muerte, liso es lo que ocurrió con Adán y Eva, y lo que ocurre con toda persona que cae en el abismo del pecado.

El abismo causado por el pecado es insondable. Dice la Biblia: "Porque la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23). ¿Podría existir otra condena peor para el ser humano pecador?

### ¿Qué es el pecado?

Es la enfermedad moral más antigua y dolorosa del mundo, que destruye en el hombre la capacidad de hacer bien y que causa un abismo entre el ser humano y Dios. La Biblia presenta tres conceptos acerca del pecado:



♦ **Transgresión:** Significa una deliberada violación de la ley de Dios, un acto voluntario de desobediencia. Dice San Juan: "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley" (1 S. Juan 3:4). Cada vez que una persona traspasa algunos de los mandamientos que prohíben robar, mentir, cometer adulterio, etc., comete un pecado.

♦ **Iniquidad:** Se refiere no a un acto malo, sino al estado o condición pecaminosa del ser humano. No nos convertimos en pecadores debido a las faltas que cometemos; antes bien, caemos en faltas porque somos pecadores. Lo que somos es aún más grave que lo que hacemos. Y la Biblia enseña que somos pecadores desde que nacemos. La ley del pecado está entretejida en nuestras vidas (Romanos 7:23). El salmista David confesó: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5).

♦ **Pecado:** La palabra pecado deriva del término "*hamartía*", usado en el idioma griego del Nuevo Testamento, y que significa "errar el blanco". Se describen así nuestros fracasos, nuestra incapacidad para alcanzar la meta de rectitud que nos hemos propuesto alcanzar como padres, madres, hijos, esposos, vecinos. Y sobre todo subraya nuestra incapacidad de alcanzar el elevado blanco que Dios ha trazado para sus hijos. Dice el apóstol: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios" (Romanos 3:23).

Cualesquiera sean nuestros buenos propósitos y decididos esfuerzos, estamos muy lejos de alcanzar la gloria, la santidad de Dios. Estamos en un abismo, el abismo de la iniquidad y del pecado. Necesitamos socorro.

## Desastre total

¿Quién no desea salvarse del azote de una terrible epidemia? Ante la amenaza de la tuberculosis, el cáncer, los males del corazón, el SIDA y otras enfermedades mortales, esperamos que cada uno de nosotros y todos los miembros de la familia, nos veamos libres de esas dolencias.

¿Pero qué alcance tiene la enfermedad del pecado? Dice Isaías: "Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente" (Isaías 1:5). Y agrega el apóstol Pablo: "Como está escrito: No

hay justo, ni aun uno" (Romanos 3:10).

El desastre es total. La contaminación cubre toda la tierra. A diferencia del *smog* o humo que envuelve las grandes ciudades del planeta, la enfermedad moral del pecado se ha extendido por todo lugar y afecta a toda persona. Niños y ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres, los cultos, la gente ignorante, los estadistas, los religiosos... todos, todos, todos somos pecadores. Y necesitamos auxilio.

## Hay esperanza

Afortunadamente, la Biblia nos asegura que hay esperanza para nosotros pecadores: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

"Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (S. Lucas 19:10).

A través de la obra de Cristo descubrimos "que aunque el odio que Dios siente por el pecado es tan fuerte como la muerte, su amor hacia el pecador es más fuerte que la muerte" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 39).

Pero el rescate que Cristo obró en favor de la raza humana fue hecho a un precio muy alto.

## 4

# Rescate con Sangre

*Por el hombre perdido,/ con los brazos abiertos/ en la cruz tosca, y chira/ se arriesgó Jesucristo;/ y por darle la vida,/ santidad y hermosura,/ apuró en el Calvario/la suprema, amargura...*

Ocurrió a fines del siglo pasado en una pequeña pero hermosa villa de Escocia. Sobre el hogar de María se precipitó la tragedia. Su amado esposo falleció repentinamente; y ahora ella no sólo debía superar su infinita tristeza, sino también sostener y orientar a Esther, su querida y única hija, su gran tesoro.

Esther estaba atravesando entonces los difíciles y rebeldes años de la adolescencia. La ausencia del padre y de su mano firme y bondadosa, causaron un impacto terrible sobre esa hija. Se transformó en una súper rebelde, e influenciada por pésimas compañías, Esther se fue de la casa.

La tristeza de la madre no tuvo límite, cuando recibió la dolorosísima noticia de que su hija estaba viviendo en forma perdida y licenciosa en cierta región del país. Con el valor y amor propio de una madre, María envió un mensaje a todas las casas de prostitución del área donde entendía que se encontraba su hija. Era un mensaje breve pero poderoso. Sobre un cartel pegó su propia foto, y debajo esta leyenda: "Hija mía, tu madre te quiere mucho. Vuelve".

De la casa de la madre salieron muchos carteles con su foto y su apelación, a numerosas villas y ciudades. Y en determinado lugar, entre lágrimas de arrepentimiento Esther vio el rostro de su amada madre y sus palabras desbordantes de ternura. Y regresó al hogar, donde fue redimida por el perdón y amor ilimitado de su querida madrecita.

*En busca del perdido.* Un mundo entero se alejó del hogar celestial. El descarrío fue total. Se prostituyó por completo el carácter y la dignidad del ser humano. Causándole inmensa tristeza al corazón divino, los habitantes de este mundo rebelde se convirtieron en "la oveja perdida" del redil del Señor.

Y ante este drama, Dios no sólo estampó su amor en la naturaleza que él creó; no sólo envió un mensaje redentor al ser humano por medio de la Biblia... Hizo algo más, mucho más admirable y poderoso: él vino personalmente a esta casa de perdición. "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido" (S. Lucas 19:10).

*Vino del cielo.* Antes de venir a este mundo y nacer como un bebe en el pesebre de Belén, Cristo Jesús reinó en los cielos junto a su Padre, como el eterno Dios y Creador del universo. Esta es la enseñanza de la Biblia: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), Heno de gracia y de verdad" (S. Juan 1:1-3, 14).

Jesucristo, el Eterno Dios, vino desde el cielo a esta tierra por amor a nosotros. Dice el apóstol San Pablo: "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Corintios 8:9). Este es un canje incomprensible. El Rey de gloria, dueño de todas las riquezas materiales y espirituales, descendió a este mundo como el más humilde de los mortales. Aunque era eJ Señor del universo, fue tratado como un extraño forastero.

¡Qué valentía la de Cristo! Al descenderá esta tierra, asumió un riesgo de incalculables proporciones. Vino al encuentro de su archienemigo, Satanás. Y como declara una escritora inspirada, el Padre celestial "le dejó arrostrar los peligros de la vida en común con toda alma humana, pelear la batalla como la debe pelear cada hijo de la familia humana, aun a riesgo de sufrir la derrota y la pérdida eterna" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 33).

¡Se arriesgó Jesucristo!

Jesús cubrió todos los abismos y recorrió todas las distan-

## 36 DEL ABISMO A LA GLORIA

cias, y descendió a este mundo por la escalera de la humildad, de la abnegación y de su amor infinito. Dice el apóstol: "Aunque [Cristo Jesús] era de condición divina, no quiso aferrarse a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Y al tomar la condición de hombre, se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2:6-8, Nueva Reina-Valera [NRV]).

### ¿Desde cuándo hay esperanza de salvación?

La esperanza le da sentido a la vida. Únicamente en virtud de la esperanza somos capaces de afrontar reveses financieros, enfermedades y demás crisis de la existencia. Es como una estrella guidora que ilumina el horizonte sombrío de la vida.

¿Cuál es el mensaje optimista para este mundo atribulado? ¿Desde cuándo tenemos esperanza de salvación?

**Una esperanza que viene desde la eternidad.** En su Palabra Dios nos dice: "Con amor eterno te he amado" (Jeremías 31:3). El amor redentor de Dios es como un río que brota de su corazón desde los tiempos eternos. De ese torrente inagotable brotó el don inefable que el Evangelio describe así: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:16).

El Padre entregó al Hijo y el Hijo se entregó a sí mismo para asegurar la salvación del ser humano. Y esa entrega se consumó en la mente y el corazón de la Deidad, desde los tiempos eternos. Dice el apóstol Pedro: "Sabido que fuisteis rescatados... con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo" (1 S. Pedro 1:18-20).

Nuestra esperanza se basa en el pacto que el Padre y el Hijo hicieron aún antes de la creación del mundo de salvar al género humano a todo cosió, en caso de que cayese en pecado. ¿Qué mejor garantía podríamos tener?

Aunque el plan de salvación fue concebido desde los albores de la eternidad, fue en el Jardín del Edén donde nuestros primeros padres escucharon el anuncio del Libertador, en las

siguientes palabras que Dios dirigió a la serpiente, la cual encarnaba a Satanás: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" (Génesis 3:15). Con razón se ha dicho que este pasaje encierra el Evangelio. A nuestros primeros padres, abrumados por la culpa y el pecado, se les dio la bendita noticia de que la descendencia o simiente de la mujer, es decir el Señor Jesucristo, iba a traer liberación al aplastar la cabeza de la serpiente, Satanás.

### **Bajo distintos símbolos, profecías y promesas se repitió durante todas las épocas el mensaje de esperanza para los habitantes de esta tierra.**

El sistema de ofrendas y sacrificios practicado por los patriarcas y el pueblo de Israel de la antigüedad, proclamaba la fe en la llegada del "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (S. Juan 1:29). Y la figura del Libertador que sería bendición para todas las gentes, fue exaltada en esta promesa hecha a Abrahán: "Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Génesis 12:3).

En verdad, el anuncio de la llegada del Mesías fue la gran promesa y a su vez la gran esperanza de redención del pueblo hebreo. Las grandes cadenas proféticas de la Biblia convergen en el Señor Jesucristo como el Libertador y único Salvador. Cada libro de las Sagradas Escrituras se refiere a él. Por lo menos veinticuatro profecías del Antiguo Testamento relacionadas con la traición, el juicio, los castigos, la crucifixión, la sepultura y la resurrección de Jesús, se cumplieron en el breve período de su pasión y muerte.

**Pero la predicción más notable y distintiva respecto al Mesías, se vincula con su nacimiento.** Muchos siglos antes que eso ocurriera, se indicó con toda exactitud dónde nacería. Así dijo el profeta Miqueas: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre los millares de Judá, de tí me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (Miqueas 5:2).

Belén, una pequeña aldea de Judá, fue elegida para que en ella naciera el Señor de Israel, aquel cuyos orígenes se remon-

tan a los días de la eternidad, vale decir, el Hijo de Dios. Y en esa aldea nació Jesús.

Otra señal extraordinaria que Dios dio para fortalecer la fe en la llegada del Salvador fue expresada por el profeta Isaías, centenas de años antes del milagro de Belén: "Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emmanuel" (Isaías 7:14). El nacimiento virginal, milagroso, del Mesías, constituía la gran señal que lo identificaría como el Redentor prometido.

### ¿Quién fue Jesucristo?

Únicamente la Palabra de Dios puede descifrar el misterio de la naturaleza y personalidad singular del Señor Jesucristo. Se revela en las palabras del ángel, cuando de este modo anunció a José el nacimiento de Jesús. "He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros" (S. Mateo 1:23).

Jesús fue el hijo de la virgen, pero fue concebido por el Espíritu de Dios; su único padre fue el Padre celestial. Por eso fue declarado Hijo del Hombre e Hijo de Dios. El ángel declaró que ese niño era "Dios con nosotros". Había venido del cielo para salvarnos.

♦ **Hijo del Hombre.** Este nombre aparece repetidamente en los Evangelios, y en muchas ocasiones es Jesús quien se refiere a sí mismo como el Hijo del Hombre.

En forma conmovedora se describe ja naturaleza humana de Jesús en el capítulo 2 de la epístola a los Hebreos, donde leemos: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él [Jesús] también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo... Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados" (Hebreos 2:14, 16-18).

Cristo es nuestro hermano mayor. A semejanza de todo ser humano, fue descendiente de Adán y Eva. Se identificó plena-

mente con nuestros dolores y penurias. Sufrió todos los rigores físicos a los que usted y yo estamos sometidos. Tuvo que enfrentar la angustia de la muerte, y además padeció las crueles tentaciones de Satanás. El nos entiende, él se compadece profundamente de nosotros. Pero además es poderoso para socorrernos en nuestra gran necesidad. ¿Por qué?

"Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebreos 4:15-16).

Jesucristo, como nosotros, es el Hijo del Hombre; pero además es nuestro poderoso defensor, porque él venció sobre el pecado.

♦ **Hijo de Dios.** ¿Quién es Jesús para ti? ¿Es solamente un hombre bueno, un gran maestro, o un ser divino? ¿Fue el hijo natural de José o es el eterno Hijo de Dios?

Jesús es el unigénito del Padre. Preexistió desde la eternidad. Por eso, al elevar su oración sacerdotal, exclamó: "Ahora Padre, glorifícame a tu lado con la gloria que tuve junto a ti antes que el mundo fuera creado" (S. Juan 17:5, NRV). Si Cristo hubiera tenido un padre humano, sería un impostor. Estaríamos, por lo tanto, privados de un Salvador que murió y resucitó por nosotros asegurándonos vida eterna. Pero no es así. Nosotros podemos alabar a Dios porque Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

Repetimos. La única base segura para la fe del cristiano es aceptar la verdad proclamada por el apóstol Pedro, cuando en respuesta a la pregunta de Jesús, "¿Quién decís que soy yo?", contestó: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (S. Mateo 16:15-16).

Ampliando la revelación de sí mismo, Jesús declaró: "Yo y el Padre uno somos" (S. Juan 10:30). Cristo no sólo es Hijo de Dios, sino que él es Dios junto con su Padre. El es la fuente de toda vida física y espiritual. Por eso resulta incomprensible que el Creador del universo se haya encarnado en esta humanidad. O como lo dice el apóstol Pablo: "Sin discusión, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne..." (1 Timoteo 3:16, NRV).

San Agustín, destacado pensador y teólogo de la Iglesia Cristiana, caminaba profundamente absorto junto al mar. Sus pen-

samientos giraban en torno al misterioso tema de la encarnación de Jesucristo. De pronto observó a un niño que con su pequeño balde llevaba una y otra vez agua del mar a un pocito de la playa. "¿Qué haces, querido?", le preguntó San Agustín. A lo que la criatura respondió: "Estoy vaciando el océano en mi pocito". Y San Agustín se dijo para sí: "Soy tan simple como ese niño. Pretendo vaciar el océano inmenso de la sabiduría de Dios, en la pequeñez de mi entendimiento".

Dijo Jesús: "Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí" (S. Juan 14:11).

♦ **Cristo es admirable.** Ver Isaías 9:6: Cristo es *admirable* por su nacimiento. Nació de una virgen. Dejando su reino de gloria, vino a este mundo a redimirnos. Es *admirable* porque su vida fue perfecta, absolutamente intachable. Sólo Cristo constituye el ejemplo supremo, digno de imitación. Cristo, el divino Maestro, también es *admirable* por sus enseñanzas. Alguien ha dicho: "Jesús no fue un escritor; con todo, se lo cita más que a cualquier autor de la historia y sus palabras han ido como en vuelo hasta los límites más remotos del mundo... llevando vida y esperanza". Pero el Señor Jesucristo es *admirable* en grado sublime, en virtud de su muerte. El murió en el Calvario ocupando nuestro lugar. Llevó la corona de espinas en su frente, para asegurar en nuestro favor la corona de la vida eterna. Y al tercer día, Jesús se inmortalizó como el ser más *admirable* de todos los tiempos, porque resucitó de entre los muertos. Y desde entonces, el Cristo resucitado es un Salvador viviente, que se manifiesta en los corazones de quienes ponen su confianza en él.

### ¿Por qué y para qué murió Cristo?

El trágico accidente de Juanito, ocurrió años atrás. Fue llevado al hospital. Necesitaba con urgencia una transfusión de sangre para poder sobrevivir. Debido a su tipo de sangre, resultaba muy difícil encontrar un donante. Se descubrió que su padre tenía el tipo de sangre requerido. Se apresuró a llegar al hospital y entró en la sala de transfusiones. Se arremangó la manga de la camisa. La enfermera desinfectó el brazo e insertó la aguja. Mientras su sangre fluía por el tubito hasta el bracito de su hijo, transido de emoción, el padre dijo: "Enfermera, use la

sangre que sea necesaria. Sí es necesario, úsela toda".

Sin que este relato presente toda la teología del plan de salvación, destaca con poder el hecho de que la sangre del Calvario proclama el amor de Dios.

En forma inspirada, el apóstol Juan, declaró: "En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros" (I S. Juan 3:16). En esta corta sentencia, se dice que Jesús dio su vida sencillamente por amor. Cada acto de la vida de Cristo en esta tierra fue movido por amor. Pero lo que magnifica y corona su trayectoria de amor, es su muerte.

¿Para qué murió Cristo?

♦ **Para quitar, condenar, expiar y cargar el pecado.** En la hora de su crucifixión. Cristo Jesús denunció la naturaleza pérfida del pecado. Allí se revelaron los motivos y propósitos infernales de Satanás. Sin embargo, nada ni nadie pudo eclipsar el carácter santo y abnegado de Jesús.

Cristo amó la justicia y aborreció la maldad. En vida y en muerte demostró que se puede vivir sin pecar. Como seres humanos, nosotros excusamos o encubrimos nuestras faltas. En cambio, Jesús "condenó al pecado en la carne" (Romanos 8:3).

Aunque Cristo vivió sin pecado, sin embargo murió como un pecador. ¿Por qué?

La Biblia enseña que Jesús expió el pecado (Hebreos 2:17), o sea que por medio de su sacrificio pagó la deuda del pecado. El fue "herido... por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados... Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en el el pecado de todos nosotros" (Isaías 53:5-6).

¿Ha visto un hogar que por causa de un pecado ha sido desecho? Ciertamente el pecado hiere, destroza y al fin mata. Y Jesús, el inocente Cordero de Dios, cargó sobre sí nuestros pecados, y por eso murió. Elena de White declara: "Cristo fue... condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 16-17).

♦ **Vino para salvar al pecador.** En uno de los pasajes bibli-

cos más amados, el apóstol Pedro dice: "Sabíendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación" (1 S. Pedro 1:18-19).

**¡Rescate con sangre!** Si, hemos sido rescatados con la sangre preciosa de Cristo. Ese es el precio infinito de nuestra salvación. En la sangre está la vida. Y el Hijo del Hombre vino a este mundo "para dar su vida en rescate por muchos" (S. Mateo 20:28). Ante tan grande sacrificio, ¿cuál es nuestra respuesta?

Más que todas las grandes enseñanzas de Jesús, más que los milagros o sermones, o que el sanamiento de los leprosos, lo que más nos atrae hacia él es el hecho de que su sangre fue derramada en el Calvario por nosotros. *Hemos sido comprados por precio.*

En los tiempos de la esclavitud, un noble señor entró en un mercado de esclavos, y se detuvo frente a un esclavo joven y musculoso, cuya mirada reflejaba un profundo odio y resentimiento. Aunque estaba encadenado, en forma insultante le gritó al visitante: "Lo odio, nunca trabajaré para usted". Sin embargo, el caballero pagó el elevado precio requerido, y entonces le soltó las cadenas al esclavo, y le dijo: "Eres libre. Te compré para que goces de la vida". Y el joven se puso a los pies de su amo, y le dijo: "Le serviré siempre de todo corazón".

Hemos sido comprados por la sangre de Cristo. Le pertenecemos. El torrente inagotable de su amor nos atrae hacia sí y por su intermedio nos eleva hacia la altura, hacia la eternidad, hacia Dios.

Como a los discípulos de antaño, el Cristo crucificado y resucitado nos dice: "Mirad mis manos" (S. Lucas 24:39). Su invitación no sólo procura despertar nuestra fe en su victoria absoluta sobre la muerte y el pecado; también apela a nuestra conciencia, para que con humildad le imploremos perdón por nuestros pecados y lo aceptemos como nuestro Salvador.

Veamos en el próximo capítulo otros aspectos fundamentales de la obra redentora de Jesús.

## Cuando Dios Toca el Corazón

*Una voz escuché que desde el cielo/me dijo con amor: "Soy el camino./ la verdad y la vida". Desde entonces/puse mi amor y fe en Jesús divino.*

Saulo era un joven de notables cualidades. Albergaba grandes sueños y ambiciones. Anhelaba fervientemente la liberación de su pueblo dominado en esa época por el yugo romano. Era de linaje hebreo y había recibido una educación sobresaliente de la historia y de la religión judía. Desde su juventud perteneció a la secta de los fariseos y posteriormente fue miembro del Sanedrín, el más alto tribunal de la nación.

Según su interpretación de las profecías bíblicas, necesariamente debía surgir el Mesías, el Libertador de Israel. Debía venir con brazo poderoso y destruir a los enemigos de Israel, el pueblo escogido de Dios. Por eso se llenó de profundo chasco y resentimiento cuando Cristo se presentó mansamente como el Mesías Redentor.

Para Saulo, Cristo y sus enseñanzas constituían un engaño cruel. Jesús había sido incapaz de enfrentar con éxito al gobierno de Roma. Sus seguidores fueron un puñado de gente pobre e ignorante. Y su trayectoria había culminado en el monte Calvario, donde fue crucificado.

Pero los seguidores de Jesús empezaron a proclamar a todos los vientos que el Cristo crucificado había resucitado de entre los muertos.

Y la lucha en el corazón de Saulo se hizo terriblemente enconada. Impulsado por los prejuicios y el orgullo, rechazó a Cristo

y a la naciente iglesia cristiana con todas las fuerzas de su alma. Se encegueció. Deseaba la liberación de su pueblo, pero se convirtió en un tenaz enemigo del único y gran Libertador.

Impulsado por furias homicidas y revestido de gran autoridad, Saulo se dirigió a la ciudad de Damasco para destruir a los cristianos.

Pero al entrar a la ciudad ocurrió algo sobrenatural. El relato bíblico dice así: "Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coses contra el aguijón. El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga?" (Hechos 9:3-6).

La luz del cielo rodeó a Saulo por completo, pero sobre todo iluminó su mente y corazón. Desde la altura resonó la voz de Cristo con un mensaje enviado directamente a la conciencia de Saulo.

Y Saulo oyó la voz de Dios. Depuso su orgullo. Comprendió en forma fulminante que Cristo era el Mesías anunciado por las profecías, y que ahora reinaba glorioso en los cielos, después de haber vencido sobre la muerte y el pecado.

Saulo no fue "rebelde a la visión celestial" (Hechos 26:19). Fue sincero y humilde. No sólo admitió su gran error, sino que reconoció que era un miserable pecador necesitado del auxilio divino. Desde el mismo suelo donde se hallaba, imploró la dirección de Cristo para su vida.

### Bajo el peso de la convicción

Cuando Dios toca el corazón y el ser humano responde a su llamado, entonces ocurren los milagros. El alma penitente vislumbra la gloria de Dios y se ve a sí mismo como Dios lo ve. Se posiona de su ser la convicción irrefutable de que es un pecador que sólo puede ser redimido por la misericordia divina.

¿Quién puede convencernos de que en verdad somos pecadores y que sólo en Cristo tenemos salvación?

Tiempo atrás, una madre angustiada por los descarríos de su hijo, le dijo a su pastor: "Por favor, venga a casa y hable con mi

hijo. Convénzalo de que necesita de Dios; él debe entender que está viviendo en pecado. Y que si continúa viviendo de este modo, está perdido". A esto, serenamente el pastor respondió: "Señora, ni usted, ni yo, ni ningún ser humano podrá convencer a su hijo de que es un pecador. Esa es obra del Espíritu de Dios, y sólo se puede realizar en las personas humildes de corazón"<sup>1</sup>.

Al referirse a la sagrada obra del Espíritu Santo, Jesucristo declaró: "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (S. Juan 16:8). Y esta tarea bendita fue descrita así por el profeta Ezequiel: "Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis en mis Mandamientos, que guardéis mis normas, y las cumpláis" (Ezequiel 36:27, NRV).

La convicción de pecado y la conversión rumbo a la perfección, a una vida santa, son otras dos manifestaciones admirables de la infinita gracia de Dios.

Pensemos en Roberto. Era un preso que vivía aplastado por la culpa y la tristeza en una de las cárceles de la ciudad de Nueva York. Corría peligro constante. Vivía rodeado de delincuentes desalmados y viciosos. Pero la mayor amenaza brotaba de su propio corazón. Estaba en la cárcel para pagar una larga lista de crímenes y delitos. Se sentía abrumado por resentimientos y un espíritu de odio y de venganza.

Un día llegó a nuestras oficinas de La Voz de la Esperanza una carta maravillosa. Roberto se había encontrado con Dios y lo había aceptado con todas las fuerzas de su alma. Sí, allí en la cárcel Roberto había escuchado las buenas nuevas del Evangelio, había reconocido sus pecados, y por la fe había aceptado a Jesús como su bendito Salvador.

Roberto se había sometido a la convicción del Espíritu Santo y había comenzado una nueva vida, el maravilloso camino **del abismo a la gloria**.

Pero cuando el ser humano se toma de la mano de Dios, da un paso más hacia el cielo, un paso trascendental que se llama arrepentimiento.

### Arrepentimiento

fue en el día de Pentecostés, fiesta memorable para el pueblo judío. Hacía diez días que Jesús había ascendido a los cielos

y sin embargo circulaban los rumores más contradictorios acerca de su crucifixión y resurrección. Las multitudes estaban ansiosas de verdad y salvación.

Las conciencias y los ánimos se agitaron cuando cada uno pudo oír a los discípulos hablar en su propia lengua. Y entonces Pedro, el humilde pescador convertido ahora en un extraordinario apóstol, se levantó y les dirigió un poderoso sermón.

Ante esa multitud de miles de personas, Pedro exaltó a Cristo como el verdadero Mesías, que había muerto y resucitado con poder, para luego ascender a su trono glorioso de los cielos. La presentación de Pedro fue tan profética, tan bíblica, tan llena del Espíritu Santo, que los oyentes fueron dominados por la convicción de que Jesucristo era en verdad el Redentor anunciado, y que ellos en forma injusta habían participado en su crucifixión. Entonces levantaron esta inquisitiva pregunta: "Varones hermanos, ¿qué haremos?"

Por favor, atesoremos la respuesta. "Y Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos 2:37-38).

Cuando Dios toca el corazón, cuando el amor de Cristo llena la vida, la respuesta espontánea del alma es el arrepentimiento. ¿Y quién mejor que Pedro para enseñar esta importantísima verdad?

Tiempo atrás, ese rudo pescador llamado Pedro, había sido cautivado por la vida y las enseñanzas del gran Maestro. Había discernido que el Autor de tantos milagros y bondades era el Hijo de Dios. Y frente a la advertencia de que su Señor iba a ser escarnecido y traicionado, le había prometido lealtad absoluta. Pero de acuerdo con el relato sagrado, llegó el momento en que prendieron a Jesús y lo "condujeron a casa del sumo sacerdote", y "Pedro le seguía de lejos" (S. Lucas 22:54). Y el sagrado texto agrega cómo en forma dolorosa Pedro negó por tercera vez a Jesús. Y luego, estando él aún hablando, el gallo cantó.

"Entonces —dice el Evangelio— vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: Antes que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente" (ver S. Lucas 22:55-62).

¿Por qué lloró Pedro? ¿Qué significado tenían sus lágrimas?

Por primera vez Pedro comprendió la profunda debilidad de su corazón. Habían quedado al descubierto su ingratitud, su inconsecuencia y su pequeñez. Para él, que se creía incapaz de negar a su Maestro aunque todos los otros lo negasen, la falta cometida constituía una dolorosa revelación.

Acababa de declarar que no conocía a Jesús, pero enseguida comprendió, con amargo pesar, cuan bien su Señor lo conocía a él y cuan exactamente había discernido la debilidad de su corazón.

En la mirada que Jesús le dirigió, Pedro encontró derramado sin medida el perdón y el amor del cielo. Y por eso lloró. Las lágrimas de este discípulo eran la expresión de un corazón arrepentido, que no fue insensible a la misericordia divina; eran la respuesta correcta al infinito amor de Dios.

"Arrepentíos..." Repetimos, el primer fruto que indica que hemos comprendido y aceptado el amor del cielo, es el arrepentimiento. Este es el sentimiento natural que se manifiesta en todo aquel que se encuentra de veras con Dios. Así lo enseña la Sagrada Escritura cuando dice que la "benignidad [de Dios] te guía al arrepentimiento" (Romanos 2:4).

¿Qué es el arrepentimiento? El arrepentimiento es humildad, es dirigirse a Dios. Significa humillar nuestro corazón delante del Todopoderoso y sentir la imperiosa necesidad de su ayuda para ser mejores. En su maravillosa obra *El camino a Cristo*, Elena de White declara: "El arrepentimiento comprende dolor por el pecado, y el abandono del mismo" (p. 12).

La Biblia distingue entre dos tipos de arrepentimiento: el saludable o genuino, y por otro lado, el falso arrepentimiento. Son muy distintos en naturaleza y asimismo en sus consecuencias presentes y eternas. Dice San Pablo: "Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciésteis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte" (2 Corintios 7:9-10).

El arrepentimiento genuino abarca un profundo y sincero dolor por el pecado; el alma penitente se siente triste por haber



ofendido a Dios y anhela vivir en santidad. Esa fue, por ejemplo la experiencia de David. El discernió la enormidad de su falta y aborreció sinceramente su pecado. Pero no sólo imploró perdón, sino que anheló alcanzar una vida recta. David nunca se arrepintió de haberse arrepentido y Dios lo perdonó y restauró.

El falso arrepentimiento no viene de Dios; es mundano y superficial, y al fin acarrea la muerte. No entraña un dolor por el pecado en sí, sino por las consecuencias del pecado. Eso es lo que ocurre con aquellos que se sienten molestos porque sus faltas han sido descubiertas. Sufren más bien por la reacción de sus familiares o amistades, pero no captan la gravedad de sus pecados. No hay sincero arrepentimiento. Por lo tanto no hay perdón. Y la consecuencia final es la muerte, como ocurrió con Judas, el hombre que jamás se arrepintió.

Felizmente, el amor de Dios apela al corazón de todo ser humano, para que nos entristezcamos sinceramente por los males que hayamos cometido. No es vergüenza reconocer que hemos pecado, Por el contrario, el contrito de espíritu ha comenzado a transitar por la senda que conduce a la verdadera grandeza.

¿Podría alguien decir que no necesita arrepentirse? Imposible. Nadie puede decir tal cosa, porque todos somos pecadores. Como el apóstol Pedro, con frecuencia negamos a Jesús con nuestras palabras, pensamientos y acciones. Debemos arrepentimos, porque es la única forma de purificar nuestra alma, de librarnos de nuestras culpas y alcanzar la paz del corazón.

Eso sí, m por un momento pensemos que en nosotros reside la facultad de arrepentimos. Hay quienes creen que recién deben acercarse a Dios cuando se sienten arrepentidos de sus faltas. ¡Jamás! Debemos ir al Señor tal cual estamos, con todas nuestras cargas y problemas. Dijo Jesús: " Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar" (S. Mateo 11:28).

Al viajar espiritualmente **del abismo a la gloria**, recordemos que la experiencia sobrenatural de la convicción de pecado y el arrepentimiento no se origina en el ser humano. Se origina en el poder y el amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. A este señaló el apóstol Pedro cuando dijo: "El Dios de nuestros pa-

dres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, *para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hechos 5:30-31).*

Cuando Dios toca el corazón, se producen los milagros de la gracia divina. Veamos el que surge del siguiente pasaje: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiamos de toda maldad" (1 S. Juan 1:9),

### Confesión y perdón

En su obra *Una fe razonable*, Tony Campolo afirmó lo siguiente: "He descubierto que existen dos circunstancias que me impiden disfrutar los beneficios de la fe cristiana. La primera es la culpa y la segunda es la ansiedad. La culpa me ata al pasado. Me hace concentrar en las cosas que debería haber hecho y en las que no debería haber hecho; socava mi energía y disipa mi entusiasmo por la vida. La ansiedad, en cambio, me proyecta hacia el futuro y me impide gozar del momento presente..."

A semejanza del autor mencionado, hay muchos que viven torturados por los sentimientos de culpa y ansiedad. Les cuesta librarse de las sombras del ayer o de los temores del mañana. Pero por el poder de Cristo, podemos gozar plenamente de la vida.

No hay mejor alivio ante el agobiante peso de la culpa, que la maravillosa medicina del perdón de Dios. Es verdad que este mundo se encuentra mancillado por la terrible mancha del pecado. Pero la gracia de Dios es aún macho mayor que la miseria de la iniquidad. Como dice una promesa de la Biblia: "Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18),

El perdón de Dios es fruto de su amor y compasión hacia nosotros. Por amor. Dios entregó a su Hijo unigénito a fin de que por su sacrificio obtengamos completo perdón y redención, porque "la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (1 S. Juan 1:7),

¿Qué tengo que hacer yo para disfrutar de los beneficios del perdón divino? ¿Es gratuito lo que él me ofrece, o hay algo

que yo tengo que hacer para ganar el perdón de Dios? La respuesta de la Biblia es clara: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efesios 2:8).

No hay lugar para la duda. La salvación de Dios es gratuita y su perdón es un regalo absoluto. Nosotros no podemos hacer nada por nosotros mismos para merecer o para recibir el perdón de Dios. Cristo es quien hizo y quien hace todo por nosotros.

**Hay que aceptar el regalo.** Lo único que nos corresponde hacer es no rechazar la dádiva del amor de Dios. Debemos aceptar su regalo de todo corazón. Si recibimos su promesa de perdón con la fe de un niño, entonces somos totalmente liberados de la culpa del pecado.

Por eso, cuando el Espíritu Santo nos convence de pecado y nos constriñe a arrepentimos del mal y a vivir en comunión con Jesucristo, nuestra reacción debe ser de entrega, de arrepentimiento y de confesión. Subrayemos la importancia de este paso espiritual, repitiendo el siguiente pasaje de la Biblia: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 S. Juan 1:9).

Como vemos, la confesión es un requisito para disfrutar del perdón divino.

### ¿Por qué, cómo y a quién confesarse?

Con sabiduría celestial, el rey Salomón destaca en las siguientes palabras, la importancia de la confesión: "El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia" (Proverbios 28:13).

La tendencia natural del ser humano es ocultar el pecado. Hombres y mujeres de todas las edades, posiciones y culturas pretenden negar o encubrir sus mentiras, adulterios, robos, y todo tipo de crímenes y faltas. Pero el pecado oculto socava la alegría de vivir, quita la paz y envenena el espíritu. Es como un cáncer moral que va destruyendo todo el ser.

Según el sabio Salomón, la persona que encubre sus faltas no puede prosperar. A propósito, un renombrado hombre de negocios fue a visitar a su médico. Desde hacía un tiempo sentía un creciente y extraño malestar. Después de examinarlo cuida-

ilusamente, el facultativo le indicó que seguramente tenía un problema de índole personal, puesto que la revisión clínica no señalaba ninguna anomalía. Ante semejante insinuación el negociante se malquistó con el médico, diciendo que él no había venido a hacer una consulta de carácter personal o espiritual, sino de orden médico. Después de dos semanas el paciente volvió y le dijo al médico: "Usted tenía razón; el gran problema que afecta a mi salud es de orden personal. Desde hace tres meses le soy infiel a mi señora. Me siento angustiado. Necesito ayuda".

La única forma de recuperar la paz interior y de mantener una relación armoniosa y feliz con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos, es confesar nuestros pecados con sincera humildad.

¿A quién?

El consejo divino dice así: "Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho" (Santiago 5:16). Los creyentes, como seres humanos, son susceptibles de ofenderse unos a otros, de herirse el uno al otro. Pero deben confesarse mutuamente sus faltas, y luego confesarlas a Dios, implorando su perdón por los méritos del Señor Jesucristo.

El perdón pleno y absoluto sólo lo otorga Dios. Hay quienes abren su corazón ante un psicólogo, un abogado, un consejero o algún ser querido, esperando encontrar algún alivio para sus penas. Muchas, muchísimas personas se confiesan y desnudan su alma ante un sacerdote o ministro religioso. Pero la paz del alma se puede encontrar únicamente en Dios.

Después de haber caído en las terribles faltas de homicidio y adulterio, David exclama lo siguiente en su salmo penitencial: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:1-2, 10).

David imploró perdón y pureza, y Dios lo perdonó y transformó. Estos milagros de salvación únicamente los puede hacer el Dios Todopoderoso.

He aquí la invitación divina: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Isaías 55:7).

Ese hijo rebelde, que por años había vivido lejos de su hogar, sintió el deseo de volver. Con su conducta manchada de vicios y faltas había avergonzado a sus amados padres; los había llenado de tristeza. En su corazón sabía que no tenía derecho de entrar otra vez a su casa. Pero quería volver. ¿Lo recibirían?

Les escribió a sus padres, expresando sus deseos y temores. Y les rogó que como señal de bienvenida colgaran una cinta blanca en el árbol que estaba junto a la puerta. ¿Lo recibirían? ¿Estaría la cinta blanca en su lugar?

Después de un largo viaje, este pródigo moderno se fue acercando al lugar donde vivían sus padres. ¿Estaría la cinta blanca en su lugar? El joven no podía creerlo. No una, sino centenares de cintas blancas estaban colgando de los numerosos árboles que rodeaban su casa paterna. Era la señal de bienvenida. Era el tierno y profundo mensaje del perdón y del amor de sus padres.

Del hogar celestial penden infinidad de cintas blancas, millares de promesas llenas de amor y de esperanza. La misericordia de nuestro Padre es infinita... y él se goza en perdonar.

Cuando Dios toca el corazón y lo recibimos con humildad, entonces se multiplican los milagros de la salvación divina: *convicción, arrepentimiento, confesión y perdón*.

¿Qué otra bendición querrá darnos nuestro amante Dios y Salvador?

## Nacer de Nuevo

*Tener el alma límpida como agua de la fuente,/ tenerla buena, sana, sencilla, como el pan/ que sepa del herido calmar la sed ardiente,/y darle al pecho hambriento los frutos de su afán.*

Todo lo creado lleva el sello milagroso de la vida. Así lo evidencia una crónica titulada, "Un doctor participa en diez mil milagros". Se refería a un médico obstetra que luego de 42 años de practicar su profesión, seguía sintiendo un asombro casi infantil frente a cada recién nacido. "Para mí —decía el médico— cada nuevo ser es un milagro. Contemplo con gozo y con respeto el misterio de la vida".

**El milagro de la vida.** Ciertamente, la vida es un hecho sobrenatural cuya grandeza jamás podremos describir o explicar adecuadamente. No sólo se manifiesta en cada criatura que nace, sino que también se revela en el fantástico mundo de la naturaleza.

Pero si las expresiones de la vida física constituyen un misterio pasmoso, resultan aún más admirables las manifestaciones de la vida espiritual. La facultad que el ser humano tiene de pensar y de sentir con nobleza y con abnegación; su capacidad de amar y vivir en forma recta y desinteresada, de hacer el bien por el bien mismo; de practicar la pureza y la lealtad... todo esto significa, sin duda, un milagro extraordinario. Pero es un milagro que el ser humano no puede generar por sí mismo. Esa vida abundante y generosa está más allá de sus fuerzas.

El ser humano puede poseer una elevadísima cultura, puede dominar las ciencias, las letras o el arte, puede poseer numerosos diplomas. Si, el hombre puede ocupar una posición destacada en cualquier actividad de la vida... o puede poseer muchísi-



rao dinero. Pero ninguna de estas cosas son suficientes para asegurarle vida espiritual. Si nos falta lo esencial, es como si no tuviésemos nada. Para experimentar este milagro, necesitamos nacer de nuevo, por así decirlo. ¿Pero cómo lograrlo?

### Hay que nacer de nuevo

La descripción más abarcante del tema del nuevo nacimiento, se encuentra en el capítulo 3 del Evangelio según San Juan. Allí aparece en escena Nicodemo, un hombre respetable, príncipe de los judíos, fariseo, maestro de la ley, miembro del Sanedrín. Este hombre estaba intrigado por las enseñanzas de Cristo y también maravillado por los milagros de Jesús. Pero aún no lo había aceptado como el Mesías enviado del ciclo. No se atrevía a confesar públicamente su admiración por Cristo. Se ocultó en las sombras de la noche para ver a Jesús.

Y después de que Nicodemo lo saludó, Jesús le dijo sin ambages: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (S. Juan 3:3).

El mensaje fue directo. Ni los títulos, ni la posición que ocupaba, ni su influencia, ni sus conocimientos de teología, nada de eso, ni cualquier otro recurso humano era suficiente para que Nicodemo pudiese ver el reino de Dios. Necesitaba nacer de nuevo. ¿Qué significaba eso?

El primer nacimiento, o sea el nacimiento físico, es el portal de entrada al maravilloso privilegio de vivir. Sin embargo, querámoslo o no, nacemos a un mundo de tristezas y pecado.

Dijo el patriarca Job: "El hombre nacido de mujer, corto de días, y hastiado de sinsabores, sale como una flor y es cortado, y huye como la sombra y no permanece" (Job 14:1-2). Y abrumado por sus faltas, el salmista David declaró: "He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5).

Nacemos marcados por la mancha del pecado y sus terribles consecuencias del dolor y la muerte. Jesús enseñó que debemos nacer otra vez. Y subrayemos esta verdad: a diferencia del primer nacimiento que ocurre sin nuestra decisión, el milagro del segundo nacimiento requiere nuestra decisión y elección. Volvamos ahora al texto bíblico.

**Conversación de Cristo y Nicodemo.** "Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo" (S. Juan 3:4-7).

Entre los numerosos y profundos conceptos presentados por Jesús, se destaca la oposición que existe entre lo que él llama la "carne" por una parte y el "espíritu" por la otra. *La carne* y *el espíritu* son dos mundos en pugna, son dos realidades espirituales que se oponen entre sí en forma tan absoluta, que por fin una conduce a la vida eterna y otra a la muerte eterna.

¿Qué es la carne? Es la naturaleza pecaminosa con la que todos nacemos, heredada de nuestros primeros padres y transmitida por nuestros antepasados. "Espíritu", en cambio, es la naturaleza renovada, regenerada, producto de la obra del Espíritu Santo en la vida del creyente.

Cristo asimismo enseñó la profunda verdad de que para entrar al reino de Dios hay que nacer de nuevo. Se trata de un requisito indispensable. "Os es necesario nacer otra vez", dijo Jesús.

Existen en el mundo varias grandes religiones que sin excepción prometen una vida futura. Pero sólo el cristianismo requiere una vida perfecta, sin pecado, a fin de alcanzar la vida eterna. Demanda la necesidad de un nuevo nacimiento. La escritora Elena de White declaró: "A menos que el hombre naciere de nuevo, a menos que reciba un corazón nuevo, nuevos deseos, designios y móviles que lo guíen a una nueva vida, 'no puede ver el reino de Dios'" (*El camino a Cristo*, p. 19).

Existen tres áreas de la personalidad que deben ser renovadas:

♦ **La mente.** Según la Escritura "el hombre natural [o carnal] no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... porque se han de discernir espiritualmente" (1 Corintios 2:14) En forma natural el entendimiento capta un sinnúmero de conocimientos, pero no discierne el plan de salvación, las profecías y demás verdades de la Biblia.

♦ **Los afectos.** En forma natural los sentimientos se orientan en forma egoísta. Dice San Juan : "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo... Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo" (1 S. Juan 2:15-16). Los sentimientos sensuales e impuros necesitan ser renovados.

♦ **La voluntad.** El ser humano en su estado carnal tiene una voluntad moribunda; es incapaz de cumplir sus resoluciones y propósitos. Por ejemplo, no puede liberarse de los vicios, a pesar de sus mejores deseos. Declara el apóstol Pablo: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien, que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Romanos 7:18-19).

¿Es capaz el ser humano de mejorar o cambiar por sí mismo su personalidad? En cierto país en el que la fuerza era el gran recurso para mantener la disciplina y el orden, las autoridades dispusieron que a los que cometiesen adulterio se les cortara la nariz. A los que cometían por primera vez un robo, se les cortaba una oreja; al segundo robo, se les cortaba la otra oreja; y al tercer robo, se le .cortaba una mano. Lamentablemente, muchos de los que caminaban por las calles de los diversos pueblos y ciudades de ese país eran personas sin narices, sin orejas y sin manos. Y lo peor era que el número de robos, adulterios y otros crímenes, iba en constante aumento.

Está comprobado que es imposible transformar a las personas por medio de la fuerza. Se multiplican las cárceles y las condenas son cada vez más rigurosas, pero eso no cambia en forma esencial la conducta de nadie. Ni la fuerza, ni la educación, ni el poder de la voluntad, ni todos los factores externos que se quieran usar, son capaces o efectivos para asegurar el cambio de ninguna persona. La transformación debe operarse en virtud de un poder sobrenatural que obre dentro mismo del ser.

### ¿Cómo nacer de nuevo?

El secreto de una vida nueva y abundante es Cristo. Pero, ¿cómo podemos recibir a Jesús? Esta es su promesa: "El Espíritu

de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (S. Juan 14:17-18).

Cristo no nos ha dejado huérfanos; viene a nosotros por medio del Espíritu Santo. Insistamos en esta gloriosa verdad: el único modo como Cristo vive en el ser humano es a través del Espíritu Santo.

### ♦ Nacido de nuevo por el Espíritu Santo

La obra del Espíritu Santo es múltiple y abarcante. El Espíritu consuela (S. Juan 14:16), enseña (S. Juan 14:26), guía (S. Juan 16:13), glorifica a Cristo (S. Juan 16:14), intercede (Romanos 8:26), redarguye o convence de pecado (S. Juan 16:8), etc. Pero una de las obras más significativas del Espíritu de Dios es la de convertir, la de regenerar al ser humano, la de gestar en su interior el nuevo nacimiento. Repasemos los siguientes pasajes de la Biblia sobre este tema:

**Tito 3:3-5.** "Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador... nos salvó... por su misericordia, *por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo*".

La intervención del Espíritu Santo en la vida de un ser humano marca dos etapas totalmente diferentes. Antes de la llegada del Espíritu abundan el pecado y la vergüenza; después de su advenimiento, sobreviene la limpieza de la regeneración y renovación.

Este milagro lo pude palpar muchas veces. Recuerdo un caso especial que presencié en una humilde iglesia de campo del Estado de California, en los Estados Unidos. Se estaba realizando una emotiva y gozosa fiesta de bautismo. Los que se bautizaban estaban celebrando el milagro de haber nacido de nuevo. Se elevaban plegarias y cánticos de alabanza! De pronto, con su cabeza aún mojada, salió del bautisterio Rosita (no es su verdadero nombre), una joven madre de 21 años de edad.

Su rostro resplandecía con la dicha del cielo.

Entonces Rosita se detuvo frente a toda la congregación, pero en particular observó a su madre, que estaba sentada en la primera banca. Se hizo un silencio impresionante. Algunos sabían que siendo una tierna adolescente Rosita se había escapado de la casa, había tenido un hijo como madre soltera, y luego se había comportado en forma rebelde. Pero en ese instante del bautismo, con humildad y valentía le dijo a su madre: "Mamá, perdóname, yo he sido la oveja negra de la familia, perdóname, porque Cristo ya me perdonó". Y entre lágrimas de amor y perdón, se estrecharon en un abrazo conmovedor.

Gracias al Espíritu Santo, Rosita había nacido de nuevo. San Juan 3:5, 8. "Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios... El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu".

La obra de limpieza y renovación que realiza el Espíritu Santo es invisible y misteriosa. Es comparada con el viento. No se la puede ver. Es prácticamente imposible anticipar los rastros del viento. Su giro es tan caprichoso, que no es fácil precisar el rumbo que lleva. Pero eso sí, los efectos del viento son visibles. Tras su paso se observan árboles desgajados, casas caídas, veredas y senderos limpios de toda rama, un cielo que cambia de forma y color...

Cuando el "viento" del Espíritu de Dios entra en la vida se derrumban los prejuicios, el alma queda limpia de vicios y faltas, y una nueva visión, un nuevo horizonte se vislumbra en la vida de toda persona sincera.

Nacer de nuevo es aprender a odiar lo malo que antes se amaba, y amar lo noble y divino que antes se despreciaba. Declara una pluma inspirada: "Cuando el Espíritu de Dios se posesiona del corazón, transforma la vida. Los pensamientos pecaminosos son puestos a un lado, las malas acciones son abandonadas; el amor, la humildad y la paz, reemplazan a la ira, la envidia y las contenciones. La alegría reemplaza a la tristeza, y el rostro refleja la luz del cielo" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 144).

#### ♦ Nacido de nuevo por la Palabra de Dios

En la epístola a los Hebreos se enseña que "la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (cap. 4:12). Y el apóstol Pablo insta al cristiano a tomar "la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efesios 6:17).

Siendo que la Palabra de Dios es un arma viviente y poderosa, el Espíritu Santo la usa para que el ser humano reciba un nuevo corazón, una vida celestial.

Dice el apóstol Pedro: "Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre" (1 S. Pedro 1:23). La Biblia tiene vida y poder porque fue inspirada por el Espíritu Santo (2 S. Pedro 1:21). Y es precisamente por eso que puede santificar a una persona (S. Juan 17:17).

Años atrás llegué a la ciudad de Santo Domingo, en la República Dominicana. Estaba por comenzar en un gran auditorio un evento de La Voz de la Esperanza. La solista de nuestro programa, Del Delker, iba a ofrecer un recital. También se conduciría una graduación de nuestra Escuela Radiopostal. Cerca de tres mil personas esperaban ansiosamente el comienzo del programa.

De pronto un hombre de gran estatura detuvo mi paso, y con especial alegría me preguntó: "¿Me conoce? Yo soy Carlos Martínez". Me disculpé al no poder identificarlo. Y entonces Carlos me dijo: "Yo le escribí desde la cárcel de Atlanta, donde estaba preso por una serie de delitos. Ahí escuché la Palabra de Dios y estudié los cursos bíblicos de La Voz de la Esperanza. El Espíritu Santo tocó mi corazón, le di mi vida al Señor, y ahora, después de cumplir mi condena, vivo como un cristiano junto con mi familia".

Gracias a la Palabra de Dios, el ser humano nace de nuevo. Empieza una nueva vida en esta tierra, que es sólo el comienzo de la vida eterna y perfecta que alcanzaremos en el cielo.

#### ♦ Nacido de nuevo por la fe en Jesús

La conversación de Cristo con Nicodemo había llegado a su punto culminante. El Maestro le había declarado al instruido

fariseo que en virtud del Espíritu Santo se podía nacer de nuevo. Parecía que Nicodemo seguía sin entender, y por eso preguntó: "¿Cómo puede hacerse esto?" (S. Juan 3:9).

¿Cómo puede hacerse esto?

Respondió Jesús, y díjole... "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (S. Juan 3:14-16).

Nicodemo conocía muy bien el dramático suceso referido por Jesús. Debido a su incredulidad y rebelión, el pueblo de Israel quedó expuesto a los peligros del desierto. Y a causa de las serpientes venenosas que los rodeaban, muchos israelitas empezaron a morir. El pueblo le rogó ayuda a Moisés. Y Jehová Dios le ordenó a su siervo que levantara una serpiente de metal, con la promesa de que todo aquel que la mirara, viviría. Y en forma milagrosa, vivieron todos aquellos que obedeciendo el mandato de Dios, contemplaron con fe la serpiente de metal.

En forma semejante, la humanidad entera está azotada por el veneno del pecado que inyecta la serpiente antigua, Satanás. Sin la intervención divina estamos condenados a morir. Pero Dios intervino en forma amante y poderosa: envió a su Hijo para salvarnos. Aunque Cristo era el eterno Hijo de Dios, él vino como Hijo del Hombre. Cargó con el pecado de todos nosotros, y fue levantado en la cruz del Calvario, como si fuese un ladrón, un criminal, un pecador. Dios "lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 Corintios 5:21).

Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así Jesús fue levantado, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna. Esta es la invitación de Cristo: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más" (Isaías 45:22).

Como bien se ha dicho: "La luz que resplandece de la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae hacia él. Sí no resistimos esta atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios produce, por medio de la fe, una nueva vida

en el alma" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 147).

¡Gracias al Espíritu Santo, hay nueva vida a los pies de la cruz de Cristo!

¿Cómo saber si hemos nacido de nuevo?

Hablando de los falsos profetas y el modo de distinguirlos, Cristo declaró: "Por sus frutos los conoceréis" (S. Mateo 7:16). A la luz de este principio, podemos decir que la conducta, el comportamiento externo, constituye la evidencia más certera sobre lo que hay dentro del corazón, sobre la vida interior. Enumeremos algunos rasgos o actitudes que revelan que el Espíritu Santo ha obrado el nuevo nacimiento:

**Cristo es el centro de nuestra vida.** Nos gusta hablar de aquél que es nuestro Salvador, nuestro gozo y esperanza. A semejanza de los discípulos, sentimos placer en testificar de él.

**La oración ocupa un lugar importante en nuestra vida.** Como criaturas recién nacidas, sentimos la necesidad de conversar con Dios y su amado Hijo, pues ellos son la fuente de nuestra vida espiritual.

**Nos alimentamos ávidamente de la Palabra de Dios.** Aceptamos de corazón el consejo del apóstol, quien dijo: "Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación" (1 S. Pedro 2:2).

**Reconocemos nuestra necesidad de Dios.** Aceptamos humildemente que somos pecadores, y que sólo por la gracia divina podemos apartarnos de todo mal y vivir de acuerdo con la voluntad de Dios. Cuánto más íntima es nuestra comunión con Cristo, con más claridad distinguimos nuestras faltas.

**Experimentamos la paz de Dios en nuestra vida.** La paz es uno de los primeros frutos del Espíritu, y él otorga a los que han nacido de nuevo una serenidad y una paz que sólo reinan en el corazón de quienes viven en comunión con Dios, porque saben que sus pecados les han sido perdonados.

Eso sí, los cambios que se operan en la vida de la persona que ha nacido de nuevo, no son de carácter total y absoluto. Al convertirse se produjo un cambio completo en sus propósitos y actitudes. Pero la transformación del carácter es obra de toda la vida. Como dijo Salomón: "La senda de los justos es como la



luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Proverbios 4:18).

La decisión que el recién convertido hace de consagrarse a Jesús, debe ser renovada y profundizada cada día de la vida. Un hermosísimo canto proclama que la vida hacia el cielo se vive "un día a la vez?". Cristo enseñó esta verdad, al decir: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz *cada día*, y sígame" (S. Lucas 9:23).

### La puerta del corazón se abre desde adentro

Una de las escenas que mejor representa la actitud de Cristo hacia el ser humano pecador, es la que describe el libro de Apocalipsis, con las siguientes palabras: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20).

Cristo Jesús desea entrar en nuestra vida para la cena o el banquete de su salvación, de su amor y su perdón. Pero él no impone su presencia, ni fuerza la entrada. Él llama, él golpea a la puerta de nuestro corazón. Él respeta nuestro libre albedrío; la decisión es nuestra. La llave para abrirle la puerta a Jesús está en nuestra mano.

De igual manera, el enviado o representante de Cristo, o sea, el Espíritu Santo, llama constantemente a la puerta de nuestro corazón. Él quiere entrar para hacer la obra anunciada por esta promesa: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra" (Ezequiel 36:26-27).

El poder que el Espíritu Santo tiene para salvar y transformar al pecador es ilimitado. Y sin embargo, está en manos de los seres humanos el aceptar o no la presencia del santo Consolador en sus vidas.

**El pecado contra el Espíritu Santo.** En forma solemne Jesús hizo la siguiente advertencia: "Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada" (S. Mateo 12:31). Comprendiendo la obra importantísima y santa que desem-

peña el Espíritu de Dios en favor de la salvación del ser humano, el apóstol Pablo hace las siguientes advertencias: "Y no contristéis al Espíritu Santo" (Efesios 4:30). "No apaguéis al Espíritu" (1 Tesalonicenses 5:19).

Es evidente que, por medio de nuestra conducta o de nuestras actitudes, podemos entristecer y por último apagar el Espíritu Santo. Así ocurre si rechazamos repetidamente el amor de Dios y la salvación de Cristo que nos ofrece el Espíritu.

¿Cuándo el rechazo contra el Espíritu Santo llega a convertirse en el pecado imperdonable?

El pecado contra el Espíritu Santo consiste en rehusar en forma persistente el llamado a arrepentimos. El pecado que Dios nunca perdona es el pecado que nunca se reconoce, que nunca se repudia, que nunca se abandona y del cual nunca nos arrepentimos.

Frente al tremendo peligro de insensibilizarnos a los llamados del Espíritu Santo, la escritora Elena de White declaró lo siguiente: "Cuidado con las dilaciones. No posterguéis la obra de abandonar vuestros pecados y buscar la pureza del corazón por medio del Señor Jesús... Se corre un terrible peligro... cuando se posterga el acto de ceder a la voz suplicante del Santo Espíritu de Dios y se prefiere vivir en el pecado, porque tal demora consiste realmente en eso" (*El camino a Cristo*, p. 32).

Ilustremos esta solemne verdad espiritual con la experiencia de un hombre que cayó al fondo de un pozo profundo. No tenía ninguna posibilidad de salir por sí mismo. No disponía de escaleras, ni de sogas, ni de ninguna herramienta que le permitiese subir hasta la superficie. De pronto, apareció a la boca del pozo un hombre bondadoso, que tenía sogas muy largas. Se las extendió al hombre que estaba en el fondo del pozo, pidiéndole que se pusiese las sogas debajo de sus axilas y que se tomase de las cuerdas con firmeza.

¡Pero aconteció lo inaudito! El hombre que estaba en el fondo del pozo fue totalmente indiferente al pedido que le hizo el hombre de arriba. Ni levantó la vista, ni tomó las sogas. El hombre de arriba gritó, clamó y pidió una y otra vez al hombre de abajo, que usase las sogas para salir del pozo. Y siguió implorando... Pero el hombre caído en el fondo del pozo se mantuvo

indiferente, y hasta se burló cruelmente del hombre de arriba que había hecho todo lo posible para salvarlo.

¿Por qué muchas veces el ser humano insiste en rechazar e ignorar al Espíritu Santo, que es el único que puede sacarlo "del fondo del pozo del pecado", y conducirlo a los pies de Cristo el Salvador?

**Invitación del Espíritu Santo.** "Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Hebreos 3:7-8),

El Divino Consolador, el representante de Cristo, la tercera persona de la Trinidad, el que llena el alma de convicción, de arrepentimiento y santidad... el que nos hace nacer de nuevo para que podamos entrar al reino de Dios, el bendito Espíritu Santo nos implora que no endurezcamos nuestro corazón al llamado de su voz. Y nos ruega algo más: que hoy le entreguemos nuestro ser. No mañana, no el mes o el año que viene... ni cuando lleguemos a una edad más avanzada o estemos a un paso de la tumba. ¡HOY! ¿Qué haremos?

Seamos humildes y permitamos que el Espíritu de Dios, cual Cirujano divino, nos quite el corazón de piedra y nos dé un corazón de carne. Al fin de cuentas, ¿qué abandonamos cuando damos todo? Solamente "un corazón manchado de pecado, para que el Señor Jesús lo purifique y lo limpie con su propia sangre, para que lo salve con su incomparable amor" (*El camino a Cristo*, p. 46).

Que dirigidos por el Espíritu Santo, nuestra voz se alce al cielo con el ruego: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí" (Salmo 51:10).

Apreciado lector o lectora, recordemos que al haber nacido de nuevo, el Espíritu derrama generosamente sus dones y virtudes. En el próximo capítulo consideraremos un don sin el cual es "imposible agradar a Dios". Avancemos juntos en esta maravillosa experiencia que nos lleva *del abismo a la gloria*.

# 7

## En Alas de la Fe

*Auméntame la fe, Jesús bendito,/ que el cáliz del dolor me desalienta;/ la viva fe del corazón contrito,/ la fe que diste a Simón en la tormenta.*

Si hubo en la historia alguna época carente y necesitada de fe, esa época es ahora. Como nunca antes, los vientos de la incredulidad soplan sobre el mundo, amenazando destruir definitivamente el edificio de la fe cristiana.

Algunas personas tienen temor de la palabra fe y hasta llegan a despreciarla. Con honestidad o con cinismo se preguntan para qué sirve la fe en esta época, en la cual pareciera haber una solución para cada una de nuestras necesidades. Consideran que el conocimiento y la capacidad del ser humano han llegado a tal grado de desarrollo, que resulta innecesario depender del Todopoderoso. Pretenden convencerse a sí mismos de que ha concluido el tiempo de creer en Dios y que ha comenzado definitivamente la era del prodigio humano.

Y se levanta la pregunta: ¿Qué significado o utilidad puede tener la fe? Este planteo no es nuevo. Cada generación ha presenciado el enfrentamiento entre los que creen y los que no creen. A fines del siglo pasado, en 1881, se organizó en París un congreso internacional al que fueron invitados los más grandes científicos, literatos, filósofos y destacados políticos de la época. Algunos de estos hombres eran ateos.

En una de las últimas sesiones le tocó al sabio Luis Pasteur escuchar a un orador que destacaba con mucho énfasis la capacidad y el conocimiento del hombre y al mismo tiempo rechazaba la existencia de Dios. Entre otras cosas dijo que "la religión derivaba únicamente de la ignorancia y del miedo a lo

misterioso". Terminado el discurso, Pasteur le preguntó al conferenciante:

—¿Está convencido de que la fe sólo es producto del miedo

y la ignorancia?

—Claro —respondió con soberbia su interlocutor. Y agregó—: A medida que el ser humano se instruye, se debilita en él la fe en Dios.

—Sin embargo, hay excepciones —observó serenamente Pasteur—. Hay hombres que estudian sin perder la fe. Porque la ciencia lleva a Dios.

—Todo esto es falso —replicó el orador—. Tenemos esa ilusión porque no hemos logrado explicarnos todo. Pero el día de mañana...

—¿Mañana? —exclamó Pasteur—, yo creo en el día de hoy. Es hoy cuando tengo necesidad de saber que Dios existe. Mañana sería demasiado tarde, porque esta misma noche puedo morir... Y mañana creeré también porque la ciencia jamás podrá explicar todo el misterio que nos circunda.

Repitiendo las palabras del sabio Luis Pasteur, con toda convicción declaramos que "la ciencia lleva a Dios". Antes que apartarlo del Ser Supremo, el avance del conocimiento debiera llenar el corazón humano de reverencia y admiración a Dios.

En forma humilde, debemos reconocer que seguimos rodeados de misterios. No obstante los prodigios ocurridos en el orden científico, el mundo de la naturaleza continúa siendo un desafío. Si bien el hombre apoyó su pie en la Luna, todavía le quedan un sin fin de cuerpos celestes por conquistar. Aunque el hombre de ciencia ha logrado realizar en forma exitosa trasplantes de corazón y de otros órganos vitales, todavía existen verdaderas plagas, enfermedades mortales que no se han podido vencer. Todavía la criatura humana aborda con timidez la playa del conocimiento, consciente de que tiene ante sí el inmenso océano de lo desconocido e infinito.

Pero no sólo el mundo natural continúa planteando enigmas incomprensibles. También el mundo moral y espiritual se mueve entre profundos signos de interrogación. Por ejemplo, si el hombre fue creado bueno, ¿cómo se hizo malo? ¿Por qué el Todopoderoso no ha puesto fin a la desgracia y el dolor? ¿De dón-

de venimos y a dónde vamos? ¿Cómo restablecer la paz y la justicia en esta tierra? ¿De qué forma una persona viciosa y pecadora puede experimentar una completa transformación y vivir con pureza y rectitud?

Frente a la incapacidad del ser humano para explicar la razón de todas las cosas y brindar la solución a todos sus problemas, necesitamos recordar la siguiente exhortación de Jesucristo: "Tened fe en Dios" (S. Marcos 11:22).

## ¿Qué es la fe?

Al leer el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, uno queda profundamente impresionado. En ese capítulo hay una fuerza, un vigor, un espíritu de tan profunda convicción, que su lectura reconforta, y le da al corazón un sentimiento de inquebrantable seguridad: es el capítulo de la fe. Se inicia con esta notable declaración: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11:1). Una versión moderna de este pasaje reza del siguiente modo: "Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos" (Versión Popular).

La fe, entonces, consiste en "tener la plena seguridad de recibir lo que se espera". Y ¿qué esperamos los cristianos? Esperamos el triunfo definitivo del bien sobre el mal; esperamos que esta tierra deje de ser un lugar de sufrimiento; esperamos el reinado de la justicia; esperamos la desaparición de la muerte y la prolongación eterna de una vida perfecta. Y gracias al don de la fe en Dios, todos estos anhelos y esperanzas se consideran algo seguro y real.

Además, por medio de la fe ciertas realidades invisibles constituyen hechos tan reales, que es como si los estuviéramos viendo. Agrega el versículo 3 de este capítulo: "Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía". Como notamos, en virtud de la fe, la obra creadora de Dios, por el mandato de su palabra, es aceptada sin ninguna discusión. Existen, asimismo, otras realidades invisibles que se convierten en hechos tangibles gracias a la fe. Nadie puede ver con los ojos físicos la obra del Espíritu Santo en el corazón humano o el

acto de gracia o de purificación espiritual de un pecador. Pero por medio de la fe experimentamos esas bendiciones. Y el objeto supremo de la fe es el Señor Jesucristo. Ese don o virtud nos permite gozarnos en los méritos de la vida, muerte y resurrección de Cristo Jesús. En una palabra, el vasto universo del amor y poder de Dios es alcanzado por la fe. En alas de la fe, nos trasladamos desde este mundo pecaminoso al reino de la gracia y de la gloria que el Señor nos prometió.

¿Cuál es la naturaleza de la fe? Es más que una creencia. Es más que la aceptación de un conjunto de verdades o realidades de orden espiritual y eterno. Es la dependencia total y humilde de Dios. Es permitir que sus mandatos y promesas modelen la conducta y motiven los actos.

En el capítulo de la Biblia que estamos comentando, la fe no es presentada por el apóstol como una filosofía, sino como un principio que obró en la vida de una serie de personajes que la acrisolaron. La fe aparece con toda su fuerza; deja de ser una teoría para convertirse en acción, y se la juzga a través de hombres y mujeres que con toda razón fueron llamados héroes de la fe. Mencionemos un par de ellos.

## Ejemplos de fe

♦ **Noé.** En el versículo 7 del capítulo de la fe dice: "Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe".

Como lo declara la Biblia, el mundo en que le tocó vivir a Noé se había apartado de Dios. Había llegado tan lejos en sus desvíos, que Dios dispuso destruirlo. Se salvarían solamente los que tuvieran fe como para entrar en el arca antes que llegara el diluvio que sobrevendría sobre la tierra.

Y Dios llamó a Noé para que construyera el arca. Ni bien inició su trabajo, llovieron sobre él incontables burlas y críticas. Pero nada detuvo a Noé. Su fe lo sostuvo. Cumplió el mandato divino con toda fidelidad. Pasaron 120 años y se desencadenó el diluvio anunciado. Sostenido por la fe en la palabra de Dios, Noé y su familia entraron en el arca y de ese modo fueron sal-

vos. Ciertamente, la fe es un escudo inexpugnable.

♦ **Abraham:** Otro gigante espiritual denominado en los ana les sagrados como el padre de la fe, fue Abrahán. En el versículo 8 del capítulo 11 a los Hebreos, se lee así: "Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba".

Abrahán fue llamado por Dios a salir de su tierra de origen, dejar su parentela y dirigirse hacia un lugar desconocido. Debía compartir en tierra extraña su fe en el verdadero y único Dios. Aceptó confiadamente la revelación del plan divino de salvación, que aseguraba que de su descendencia surgiría el Mesías redentor. ¿De él, Abrahán, un anciano centenario, y de su vieja esposa Sara, nacería un hijo cuya simiente sería incontable como las estrellas?

Aunque en forma vacilante, pero impulsado por la fe, Abrahán cooperó con los designios divinos y nació Isaac, el hijo de la promesa. Pero cuando éste tuvo 20 años de edad, Dios demandó algo inaudito de Abrahán: le pidió que tomara a su único y amado hijo Isaac y lo ofreciera en holocausto sobre un monte que Dios le mostraría (Génesis 22:1 -2). Y ante ese máximo sacrificio, la fe de Abrahán alcanzó niveles de grandeza incomprensible. Estuvo dispuesto a ofrecer a su unigénito, "pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos" (Hebreos 11:19). ¡Qué ejemplo sublime de fe!

♦ **Héroes y heroínas de la fe.** Aunque no conozcamos sus nombres y no exista ningún monumento que honre su memoria, ante la vista de Dios existe una hueste muy preciosa de héroes y heroínas de la fe. De algunos de estos valientes, las Sagradas Escrituras indican "que por fe... otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cubras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra" (Hebreos 11:33,36-38). Sí, fueron hombres y mujeres que vivieron por fe en el Todopoderoso y sus divinos mandatos.

En toda época y en todo lugar, la persona de fe se lanza hacia (delante y hacia arriba. Las pruebas y dificultades no detienen

su marcha. Su proceder se podría comparar al "del águila que se esfuerza por llegar a su nido y es arrojada por la tempestad a los estrechos desfiladeros de las montañas. Las nubes, en masas oscuras, airadas, se interponen entre ella y las asoleadas alturas donde ha fijado su nido. Por un momento parece aturrida, y se precipita de aquí para allá batiendo sus fuertes alas como si quisiese hacer retroceder las densas nubes. Con su grito salvaje, en sus vanos esfuerzos por encontrar la salida de la prisión, despierta las palomas de las montañas. Por fin se lanza hacia arriba para atravesar la oscuridad, y da un chillido agudo de triunfo al surgir de ella un momento después y ver la tranquila luz del sol. Han quedado por debajo de ella la tempestad y la oscuridad, y la luz del cielo brilla a su alrededor. Llega a su amado hogar en el alto despeñadero, y se siente satisfecha. Atravesando la oscuridad, llegó a la luz. Le costó un esfuerzo hacerlo, pero ha sido recompensado logrando el objeto que buscaba" (*Mensajes para los jóvenes*, pp. 100-101).

Sí, en la fe hay victoria. Lo enseña en forma magistral el apóstol Juan al decir: "Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1 S. Juan 5:4).

## Dimensiones de la fe

A semejanza de una piedra preciosa con sus muchas facetas, la fe es un don o virtud que tiene numerosos significados, cada uno de ellos muy precioso para nuestra vida.

En cierto sentido la fe es el asentimiento o la aceptación intelectual de una serie de creencias. Asimismo, es el instrumento mediante el cual es posible alcanzar las bendiciones de Dios.

Sin embargo, existe un significado de la fe de un alcance muy profundo y a la vez de una aplicación práctica muy directa, que debemos subrayar. La fe, en esencia, es la *confianza absoluta en Dios*. Esta es la promesa divina: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado. Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos" (Isaías 26:3-4).

En el Nuevo Testamento la palabra griega que generalmente se traduce por fe es *πίστις*. Y significa fe, creencia, confianza,

También quiere decir fidelidad, y se aplica a quienes son dignos de confianza. Y el único que merece nuestra confianza es Dios. Al referirse al tema de la fe, el Dr. Braulio Pérez Marcio mencionó el incidente de un destacado escritor que recibió la visita de un joven periodista. Este se aproximó a la biblioteca y señalando varios tomos, preguntó: "¿Es esta su gran obra acerca de los fundamentos de la fe?" "Estos seis tomos —contestó el escritor— son mi primera obra acerca de la fe. Cuando la escribí yo era muy joven. En ese otro estante se encuentra lo que quedó después de la muerte de mi hijo. Sólo cuatro tomos. Tres volúmenes son el resultado de otra revisión hecha después de un acontecimiento doloroso del que prefiero no acordarme, pero que me enseñó a orar. Aquí están los dos tomos de la fe a que se redujo mi obra después que terminó la guerra".

Por fin, y tomando del último estante un libro de pocas páginas, el escritor dijo: "Esto es lo que quedó después de mi última revisión. Cuando mi esposa bajó al silencio, vi todas las cosas como nunca antes las había visto. *Comprendí que la fe se reducía a confiar en Dios*".

En forma inspirada, Elena de White define la fe con las siguientes palabras: "La fe consiste en confiar en Dios, en creer que nos ama y sabe lo que es mejor para nuestro bien. Así, en vez de nuestro camino, [la fe] nos induce a preferir el suyo. En vez de nuestra ignorancia, acepta su sabiduría; en vez de nuestra debilidad, su fuerza; en vez de nuestro pecado, su justicia" (*Obreros evangélicos*, p. 273).

Nuestra confianza debe ser tan simple, pero tan poderosa como la de aquella mujer que se menciona en el Evangelio. Hacía doce años que estaba enferma. Ni médicos ni medicinas habían podido ayudarle en lo más mínimo. Pero aunque había oído acerca de Jesús y tenía fe, no se atrevía a pedirle que la curara porque no se creía digna de merecerlo. "Pero —se dijo— si tan sólo pudiera tocar el borde del vestido del Maestro, sin duda sanaría".

¡Cuan simple es a veces la fe! Pero por eso, precisamente por eso es poderosa. Aquella mujer fue a Jesús y ni siquiera se atrevió a acercarse de frente, sino que llegándose por la espalda de Jesús, tímidamente, levemente, rozó apenas el vestido del Maestro. Pero Jesús sintió ese ferviente toque, y le dijo: "Hija, tu fe te

ha salvado; ve en paz" (S. Lucas 8:48). Aquella mujer encontró la salud de su cuerpo y la salvación de su alma. Fue un fruto de la fe.

**"Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo"**

**En la cárcel de Filipos.** Rodeados por las sombras de la noche y estando todavía bajo la conmoción de un terremoto, dos consagrados siervos de Dios proclamaron uno de los mensajes más luminosos que registra la Biblia.

Conocemos la historia. Pablo y Silas habían sido enviados a la cárcel por el "único delito" de proclamar el Evangelio de Jesús. A pesar de la injusticia, cantaban himnos a Dios. Era medianoche, y de repente sobrevino un gran terremoto. Los cimientos de la cárcel se movían; las puertas se abrieron y las prisiones de los presos se soltaron. Ante esa desastrosa situación y considerando la responsabilidad que tenía de cuidar los presos, el carcelero "sacando la espada se quería matar".

¿Qué hacer en esa hora tormentosa y angustiosa en favor de un hombre que no vislumbraba otra solución para sus problemas que quitarse la vida?

"Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí. El [el carcelero] entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y de Silas; y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo? Ellos dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa" (Hechos 16:28-31).

El camino de la salvación es muy sencillo. Este hombre perdido, este carcelero que había sido cruel con los apóstoles, este hombre angustiado, a punto de suicidarse... tuvo la valentía y la humildad de implorar ayuda. Quería verse libre de su propia "cárcel". Quería ser salvo. Y los apóstoles le dieron la respuesta, le mostraron el único camino que conduce al cielo. Le revelaron la fórmula divina para alcanzar la salvación: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo".

Lo admirable es que en esa misma noche el carcelero experimentó la salvación. No rechazó ni cuestionó el mensaje recibido. Dice la Escritura: "Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos. Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se

Regocijó con toda su casa de haber creído a Dios" (Hechos 16:33-34). Este carcelero creyó en Jesús, y el gozo llenó su corazón. Hra feliz, porque por la fe su vida estaba unida con Cristo, el Salvador. Y por lo tanto, disfrutaba salvación.

**Sólo en Jesús hay salvación.** Esta verdad tan importante para el ser humano, fue destacada por el apóstol Pedro con las siguientes palabras: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

Cristo es la perla de gran precio. El es la fuente de la salvación. El es la salvación. Pero únicamente podemos "apropiarnos" de la Perla, del Don, del bendito Salvador, en virtud de la fe.

La fe es más que un interés casual en las cosas religiosas; es más que una oración formal; es más que una creencia nominal acerca de Cristo; es más que un asentimiento intelectual de la verdad. Fe es una relación personal con Cristo. Es la actitud del hombre o la mujer que están dispuestos a recibir lo que Cristo tiene para ofrecerles. Es rendirse a la voluntad de Dios. Es desplazar el "yo" del centro de la vida y colocar en su lugar a Cristo.

Destacando el lugar único y fundamental que Cristo ocupa en el plan de salvar al ser humano, el teólogo Carlyle B. Haynes declaró: "Jesucristo vino a un mundo perdido, a un mundo enfermo, a un mundo moribundo, a un mundo condenado. Y él dispuso un remedio. El remedio era él mismo. No un sistema de enseñanzas, sino él mismo. No un cuerpo de doctrina, sino él mismo. No un código de leyes, sino él mismo... Ser cristiano, por lo tanto, es entrar en relación con una persona. Con una persona que le ama, que le enseña la verdad, que camina con usted como un amigo, que comparte su vida eterna con usted, que le resuelve todos sus problemas y perplejidades. Confiar en él, depender de él, entregarnos totalmente a él, nos pondrá en completa comunión con él, y así viviremos en total armonía con su voluntad" (*Justicia en Cristo*, p. 17).

**El Autor y Consumador de la fe.** Después de exaltar a los héroes de la fe en el notable "capítulo de la fe" de Hebreos 11, el apóstol insta a poner los ojos en el Autor y Consumador de la fe, en Jesús (Hebreos 12:2).

Ciertamente, Jesucristo ha sido y sigue siendo el Ejemplo

máximo de fe. Su vida en esta tierra fue una constante manifestación de confianza en Dios. Pero también él es el Autor de la fe, La fe, como toda gracia del cielo, se origina en Jesús. Y también él es quien la origina en el ser humano. Es Jesús quien llama a los hombres y mujeres para que dejen el reino de las tinieblas y vivan en la luz espiritual.

Pero además, Jesús es el Consumador de la fe. El no quiere que nuestra experiencia de creyentes quede trunca. El completará el trabajo que inició en nuestros corazones. De este abismo de pecado y de muerte, él nos conducirá a su reino de gloria. En alas de la fe, podemos desde ahora disfrutar la victoria final en compañía de Jesús y sus santos ángeles.

**Cuando falta la fe.** El resultado de la falta de fe se ilustra dramáticamente en el siguiente relato del Evangelio: "En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera... Y ya la barca estaba en medio de la mar, azotada por las olas; porque el viento era contrario. Mas a la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos andando sobre el mar. Y los discípulos, viéndole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo. Pero en seguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?" (S. Mateo 14:22,24-31).

Por falta de fe, los discípulos pensaron que el Divino caminante que andaba sobre las aguas era un fantasma. No conocieron a Jesús. Y en medio de la tempestad se sintieron aterrorizados. Fue entonces cuando resonaron las palabras maravillosas de Jesús: "Confiad, yo soy. No tengáis miedo".

Estas son las mismas palabras que Jesús quiere que oigamos al afrontar las tormentas de la vida que nos toca sobrellevar. Con infinito amor nos dice a cada uno de nosotros: "No tengas miedo. Yo estoy a tu lado".

El apóstol Pedro, como vimos, se dispuso a ir hacia Cristo

andando sobre las aguas. Pero en un instante apartó sus ojos del divino Maestro y miró las olas sacudidas por los vientos. Entonces empezó a hundirse, y clamó: "¡Señor, sálvame!" Jesús inmediatamente extendió su mano y lo socorrió. Luego, suavemente lo reprendió diciendo: "¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?"

Ni bien dejamos de mirar a Jesús, nuestra fe se debilita. El temor y el desánimo se apoderan de nosotros. Y empezamos a hundirnos. Pero si de todo corazón rogamos a Cristo que nos ayude, él nos socorre en forma inmediata. A pesar de nuestra débil fe, él extiende su mano poderosa y nos salva para gloria de su nombre.

### ¿Justificados por la fe o por las obras?

Este interrogante es de enorme trascendencia. ¿Cómo los pecadores pueden ser considerados justos? A fin de alcanzar la salvación, ¿tienen algún mérito especial las buenas obras? ¿Es suficiente la fe para salvarse?

Con toda autoridad y en forma inspirada, el apóstol Pablo enseña lo siguiente: "Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado" (Gálatas 2:16).

Como notamos, el apóstol enseña en forma contundente que la justificación del pecador acontece, cuando éste deposita su fe en Jesucristo. Es imposible para el ser humano ser justificado por sus obras. La justificación es trabajo de Dios y no del hombre, y por eso no podemos hacer nada para justificarnos. Con nuestra propia fuerza no podemos vivir de acuerdo a la voluntad de Dios. Subrayemos estos dos principios de la maravillosa ciencia de la salvación.

#### 1. No somos justificados por nuestras obras

Existe una diferencia fundamental entre la religión cristiana y las demás religiones. Las religiones no cristianas enfatizan lo que el ser humano tiene que hacer para agradar a su Dios y alcanzar la vida eterna. En cambio, el cristianismo destaca lo que Cristo hizo, hace y hará para salvar al ser humano pecador.

El modo para alcanzar la condición de justo o justa, no es por Lágrimas, humillaciones, oraciones, trabajos, penitencias, ayu-

nos, asistencia a la iglesia, etc., sino por la fe, que es la simple y total dependencia y creencia en Jesús y su palabra. Como declara un escritor, "el núcleo del Evangelio no es lo que se debe hacer, sino lo que ha sido hecho. No es *haz*, sino *creer*" (Hans K. La Rondelle).

Iluminando esta enseñanza, Jesús relató la siguiente parábola: "A unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo —agregó Jesús— que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido" (S. Lucas 18:9-14).

El fariseo de esta parábola es un símbolo de la justificación o salvación por las obras. Estaba satisfecho con una religión externa, formal, y se atrevió a declararse una persona justa. Y para enaltecerse aún más, condenó sin misericordia al humilde publicano. Sin embargo, ante los ojos del cielo fue precisamente el publicano —quien se sentía pecador y necesitado de la misericordia divina— el que fue justificado, perdonado, reconocido justo por Dios. No así el orgulloso fariseo. **2. Somos justos por la fe en Jesucristo** ¿Cómo puede un Dios justo y santo justificar a impíos pecadores? Cualquier persona que se atreva a declarar que un reconocido delincuente es una persona inocente, podría ser emplazado ante la justicia. Se ha dado el caso de jueces venales que se han dejado sobornar al extremo de exonerar de toda culpa a convictos criminales y transgresores de la ley. ¿Cómo puede Dios, entonces, justificar a un impío?

Para entender mejor y para disfrutar plenamente la justicia de Dios, es imprescindible discernir estos dos hechos fundamentales: (1) Los seres humanos necesitan ser justificados. ¿Por qué? Porque todos somos pecadores; no hay justo ni aun uno (Roma-

nos 3:10,23). (2) Y la segunda verdad esencial, es que por nosotros mismos es imposible dejar de pecar y transformarnos en personas justas. Declara el profeta Jeremías: "Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo Jehová el Señor" (Jeremías 2:22).

¿Cómo, entonces, puede Dios justificar al pecador y ser considerado justo?

La Biblia responde así: "Justificados, pues, por la fe, teneos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo... Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:1, 7-8).

Como notamos, Dios justifica al pecador, porque Cristo murió por el pecador. El divino Cordero cargó sobre sí los pecados de todos nosotros (Isaías 53:6); y a su vez nos obsequia los méritos de su perfecta justicia. Dios, por lo tanto, nos considera justos en atención a la justicia de Cristo, siempre y cuando por fe aceptemos esta gracia. "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glorie" (Efesios 2:8-9).

¡Alabado sea el nombre de Dios por el regalo infinito de la salvación!

"El que no eximió ni aun a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente, todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? *Dios es el que justifica*" (Romanos 8:32-33, NRV).

¿Cómo somos justificados? Atesoremos estas declaraciones maravillosas basadas en las Escrituras: (1) Somos justificados por la gracia de Dios (Tito 3:7). (2) Somos justificados por la sangre de Cristo (Romanos 5:9). (3) Somos justificados por la fe (Romanos 3:28). La gracia es la parte de Dios en la justificación; la sangre es la parte de Cristo; y la fe es nuestra parte en la justificación.

## Salvos por la fe que obra

Es un hecho bíblicamente irrefutable, que el ser humano no es justificado por los obras. Sin embargo, "aunque las obras no sal-



van ni siquiera a un alma, resulta imposible para una persona ser salva sin buenas obras". Una fe viva se manifiesta por las obras.

**Una fe viva.** ¿Cómo podemos tener una fe viva y poderosa? ¿Hay algún requisito que debemos cumplir? Una condición esencial para tener fe consiste en ejercitarla; en aplicar las verdades de la Palabra de Dios a nuestra vida práctica; en demostrar por medio de nuestra conducta que hemos empezado a conocer a Dios y a confiar en él.

El apóstol Santiago enseña lo siguiente: "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma" (Santiago 2:14-17).

La fe muerta es la que no se practica. Se trata de una simple teoría intelectual pero que no ha penetrado en nuestro corazón, ni ha movido nuestra voluntad. De acuerdo con la Escritura, ese es el tipo de fe que tienen los demonios. Ellos "creen, y tiemblan" (Santiago 2:19), pero no viven en armonía con los requerimientos divinos.

Lamentablemente, muchos que se dicen creyentes se comportan como aquel hombre que observaba una exhibición de acrobacia que se hacía sobre las cataratas del Niágara. Un equilibrista empujaba repetidamente una carretilla sobre un cordón de alambre tendido sobre las aguas turbulentas. De pronto, dirigiéndose a la multitud que lo observaba, preguntó: "¿Cuántos de ustedes creen que puedo cruzar con un hombre en la carretilla?" Entre el estupor y los gritos de la multitud, se adelantó un hombre, que a toda voz exclamó: "Yo creo, yo creo". El equilibrista le dijo entonces: "Si usted cree, colóquese sobre la carretilla y crucemos el Niágara". En ese instante, el hombre enmudeció y desapareció entre la multitud. Su fe en el equilibrista había sido solamente palabrerío.

**La fuerza que mueve la fe.** La fe es una virtud irresistible que conduce a la acción. Dice el apóstol Pablo: "En Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la circuncisión, sino la fe que obra por

el amor" (Gálatas 5:6). Sí, lo que vale es la fe que obra, la fe viva. No somos salvos por la fe y las obras, sino por la fe que obra,

¿Cuál es la fuerza que mueve la fe? ¿Cuál es el impulso que nos hace obrar en armonía con lo que creemos? Como dice el pasaje bíblico, es "la fe que obra por el amor". O sea que el amor es el principio divino que le da alas a la fe y la transforma en una fuerza que se manifiesta mediante las obras.

El amor es el móvil más poderoso del universo. Por esa razón, todo aquel que desee tener una fe viva, debe reparar con gratitud las innumerables evidencias del amor divino para con él. Elena de White declaró: "Para nuestro propio beneficio, debemos refrescar en nuestra mente todo don de Dios. Así se fortalece la fe para pedir y recibir siempre más. Hay para nosotros mayor estímulo en la menor bendición que recibimos de Dios, que en todos los relatos que podemos leer de la fe y experiencias ajenas" (*El Deseado de todas las gentes*, p. 314).

### "Auméntanos la fe"

"Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe" (S. Lucas 17:5). Esta petición fue un verdadero clamor que salió del corazón de los discípulos. Al contemplar la vida rebosante de amor y de fe de su Maestro y al observar sus milagros maravillosos, los discípulos reconocieron su dolorosa orfandad espiritual, su impotencia ante las multitudes moribundas, y su gran necesidad de poder y virtud. Y con humilde fervor imploraron el don de la fe.

¿Cómo se aumenta la fe?

**Debemos desear y pedir la fe al Todopoderoso.** Dijo el escritor español, Palacio Valdés: "El que no desea tener fe, no será creyente". Debe existir, por lo tanto, un deseo profundo de Dios, un anhelo sincero de creer en él. "Pedid, y se os dará" (S. Mateo 7:7), dijo Jesús.

**La fe aumenta por el estudio de la Biblia.** Todo el ministerio de Cristo revela que él era un profundo conocedor de las Escrituras. Enfrentó y venció al tentador invocando repetidamente el "escrito está". Para cultivar la fe en medio de un mundo incrédulo, debemos seguir el ejemplo de Cristo y estudiar su Palabra. El apóstol Pablo declara: "Así que la fe es por el oír, y

el oír, por la palabra de Dios" (Romanos 10:17).

**La fe aumenta por la oración.** La vida de Cristo estaba saturada de oración, y sus discípulos llegaron a comprender y a notar la relación que existía entre su poderoso ministerio y su vida de oración. Si deseamos edificar la fe debemos seguir el apremiante consejo de nuestro Señor: "Velad y orad, para que no entréis en tentación"<sup>1</sup> (S. Mateo 26:41).

**La fe aumenta con la presencia del Espíritu Santo.** Cristo Jesús pudo decir con toda autoridad: "El Espíritu del Señor está sobre mí" (S. Lucas 4:18). Y por estar investido del Espíritu Santo, Jesús rebosaba de fe y de poder. De igual manera, a los seguidores del Señor se les ha prometido poder al recibir el Espíritu Santo, y con ello el maravilloso **fruto** de la fe (ver Calatas 5:22).

**La fe aumenta al contemplar a Cristo y sus obras maravillosas.** San Juan declara que Jesús hizo muchas señales o milagros que han sido escritos "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre" (S. Juan 20:30-31). Jesucristo, su vida, sus obras y enseñanzas, constituyen el inamovible fundamento de la fe. Aunque rodeado del mal y acosado por Satanás, el Señor siempre manifestó fe en el triunfo del bien. Tuvo que afrontar la muerte, pero lo hizo con la certeza de resucitar al tercer día. En toda oportunidad mantuvo su confianza en el Padre de los cielos y en la victoria completa de su reino. Ciertamente, Jesucristo es la fuente suprema de fe.

Apreciado lector, en este mundo plagado de pruebas y tentaciones, corremos el riesgo de flaquear o hasta de perder nuestra fe. Pero levántese nuestros ojos a Cristo y con toda humildad roguémosle que nos aumente la fe. Sostenidos por la confianza en Jesús seremos victoriosos. Iremos adelante y hacia el cielo, *en alas de la fe*.

## La Ley Más Buena del Mundo

*Temer a Dios, guardar sus mandamientos,/ vivir con Cristo en dulce comunión/ y consagrarle nuestros pensamientos;/ es el secreto de la salvación.*

La vida de este planeta está regida por leyes. Cada esfera de la conducta humana es regulada por una cantidad abrumadora de disposiciones legales. El mundo de la política, del comercio, del deporte, del tránsito, de la lucha contra el crimen... en fin, todo está supervisado por la ley. ¿Son necesarias tantas leyes? ¿Son éstas buenas y efectivas?

En el preciso instante cuando el sabio Isaac Newton se encontraba estudiando bajo un árbol, una manzana cayó junto a él. Este fenómeno tan simple, lo sumió en una profunda meditación. Se preguntó a sí mismo: "¿Qué fuerza extraña es la que logra atraer las cosas hacia el centro de la Tierra? ¿No será, acaso, esa misma fuerza la que obliga a la Luna a girar alrededor de nuestro planeta?" Y yendo aún más lejos, se dijo: "¿No girará la Tierra en torno al Sol en virtud de este mismo poder?" Estos razonamientos llevaron poco a poco al astrónomo y sabio inglés al descubrimiento de la famosa ley de la gravitación universal, mediante la cual se pueden explicar los movimientos de los as-tros y planetas que surcan el espacio.

La ley que acabamos de mencionar no es más que un ejemplo de las muchas leyes que rigen el universo. Los hombres de ciencia que estudian los fenómenos de la naturaleza, han comprendido desde hace mucho tiempo que el mundo natural está regido por principios inalterables. Son leyes sabias y absolutas

que garantizan el orden y la existencia de todas las cosas, y que en última instancia testifican acerca de un Legislador infinitamente sabio y poderoso.

A excepción del rebelde corazón humano, no existe nada que no se encuentre bajo el imperio de la ley. Hay leyes que gobiernan los múltiples fenómenos del macrocosmos y asimismo los del microcosmos. Poner a un lado su vigencia, desencadenaría el caos y la ruina sobre todo lo creado.

Además de los principios que rigen el mundo natural, existen otras leyes de vital importancia. Son las destinadas a regular el comportamiento moral del ser humano. Son los principios espirituales que están estampados en la conciencia de la humanidad, y cuya observancia es indispensable para asegurar el bienestar de los habitantes de esta tierra. ¿Cuáles son esos principios? La paz y la armonía dependen de la existencia y el cumplimiento de una ley moral suprema. ¿Cuál es esa ley? ¿Quién la estableció?

### Una ley perfecta

A lo largo de los siglos se sancionaron numerosos cuerpos legislativos, cuyo contenido ha despertado respeto y admiración universal. Podríamos mencionar, por ejemplo, el Código de Hammurabi, el del emperador romano Justiniano, y otros extraordinarios documentos como la Carta Magna de Inglaterra o la Declaración de los Derechos del Hombre. Sin embargo, existe un documento legislativo infinitamente superior a cualquier otro. Nos referimos a los Diez Mandamientos, que constituyen la Santa Ley de Dios.

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, el salmista David dice lo siguiente: "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma" {Salmo 19:7}.

Los miles y millones de leyes promulgadas por las cámaras legislativas de esta tierra no logran satisfacer las demandas del derecho y la justicia, como ocurre con el Decálogo divino. Las leyes de los hombres están sujetas a cambios y enmiendas constantes. En cambio, la ley de Dios, en su brevedad, declara principios inmutables, que se aplican a la humanidad a lo largo de todos los tiempos y en todo lugar.

Refiriéndose a los Diez Mandamientos, el famoso predicador Carlos H. Spurgeon declaró: "No hay en esta ley ningún mandamiento de más, ni ninguno de menos. Es tan incomparable, que su perfección es una prueba de su origen divino".

¿Por qué ninguna de las leyes divinas son arbitrarias o injustas? ¿Por qué regulan en forma tan adecuada la conducta del ser humano?

La razón es muy simple, pero muy profunda: la ley divina es perfecta, porque refleja el carácter perfecto del creador y legislador de la ley, el Dios Todopoderoso. Y este hecho importantísimo, se manifiesta en otras cualidades sublimes de la ley de Dios.

### ♦ La ley es una expresión del carácter de su Autor

Dios es justo, Salmo 145:17	Sus mandamientos son justos. Salmo 119:172
Dios es amor. 1 S, Juan 4:8	Su ley se basa en el amor. S. Mateo 22:36-40
Dios es santo. Levítico 11:44	Su ley es santa. Romanos 7:12
Es un Dios de verdad. Salmo 31:5	Su ley es verdad, Malaquías 2:6
Dios es Espíritu. S. Juan 4:24	Su ley es espiritual. Romanos 7:14
Dios es perfecto. S, Mateo 5:48	Su ley es perfecta. Salmo 19:7
Dios es eterno. Salmo 90:2	Su ley es eterna Salmo 111:7-8
Dioses bueno. Salmo 136:1	Su ley es buena. Romanos 7:12

### ♦ ¿Cuál es el propósito de esta ley que refleja el carácter divino?

En esencia, el Decálogo fue concebido por Dios con el objeto de promover el bienestar del ser humano, de guiarlo por sendas de justicia y preservarlo del mal. El bendito anhelo de Dios en favor nuestro, se expresa en las siguientes palabras: "Yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus derechos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella" (Deuteronomio 30:16).

Dios es la fuente de la vida, y desea que disfrutemos de una vida larga y abundante. Y para eso nos ha dado su ley. Cada mandamiento es un poste guiador que nos indica el camino hacia el cielo. Es un semáforo de advertencia y de orientación a fin de prevenimos contra extravíos y accidentes.

A propósito, nunca olvidaré la angustiada experiencia que viví junto con mi hermano al querer escalar el monte Redondo, que con su cúpula nevada domina la ciudad de Ushuaia, en la isla de Tierra del Fuego, al confín del continente. El afán de aventura y el entusiasmo de los 18 años nos convirtieron en un par de jóvenes temerarios. La cumbre cubierta de nieve nos atraía con fuerza irresistible. Pero no teníamos el equipo apropiado de alpinistas, no conocíamos el sendero o camino correcto hacia la altura, ni tampoco disponíamos del mapa o el plano correspondiente. Desconocíamos en absoluto los graves riesgos de las filosas y resbaladizas rocas, de los pequeños ventisqueros, de los vientos huracanados que soplaban en la altura... del frío y de la rapidez con que la oscuridad se cerniría sobre el monte.

La ascensión fue tremendamente difícil. En forma muy atropellada avanzamos entre la vegetación propia del pie de la montaña; luego entre rocas y peñascos, y por fin llegamos a los tropiezos a la zona nevada del monte. Fue un día largo y azaroso. Teníamos la ropa y las botas destrozadas, los brazos magullados y el corazón dolorido. Habíamos pretendido subir el monte por una ruta equivocada y sin el auxilio de los mapas respectivos. A causa del frío, las sombras y el cansancio, el descenso fue aún más angustiante. De pronto hicimos el gran descubrimiento. Al pie del monte, sobre un poste de gran tamaño, estaba clavado un mapa orientador, y también una flecha que con claridad indicaba el seguro derrotero. Si hubiésemos seguido las señales, habríamos alcanzado fácilmente la cumbre y hubiésemos tenido un día feliz.

Gracias a la orientación que nos brindan los mandamientos de Dios, podemos disfrutar de una vida feliz y abundante, y a la postre alcanzaremos la misma cumbre de la vida eterna.

Dijo Jesús: "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros" (S. Juan 15:10-11). Y el sabio Salomón declaró: "El que guarda la ley es feliz" (Proverbios 29:18, NRV). En el camino de los mandamientos se experimenta gozo, amor y felicidad. Realmente, a través de su ley, Dios quiere lo mejor para nosotros.

## El código de la felicidad

Entre relámpagos y truenos, se manifestó Jehová Dios sobre la cumbre del monte Sinaí. El que hablaba era el Creador, que hizo los cielos y la tierra, y asimismo era el Redentor, que había liberado a los israelitas de la esclavitud de Egipto, símbolo del rescate total del género humano de la esclavitud del pecado. Ciertamente, la proclamación de los Diez Mandamientos ostentaba el sello de su origen divino. La voz de Dios no sólo resonó en beneficio de las huestes de Israel allí acampadas ese día, sino también en beneficio de los incontables habitantes que poblarían esta tierra a lo largo de todos los siglos.

Anticipemos que el resumen o esencia de la ley es el amor. Así lo enseñó Jesús en forma magistral, al responder a la siguiente pregunta: "Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas" (S. Mateo 22:36-40).

Por disposición divina y como lo indican las dos tablas de piedra, la ley se divide en dos partes. Cada mandamiento de estas dos tablas fue escrito con el dedo de Dios (Éxodo 31:18), y de ese modo lleva la estampa de su amor. La primera tabla con sus cuatro mandamientos regula los deberes del hombre hacia su Creador; y quien ama a Dios en forma suprema, observará estos preceptos. La segunda tabla con sus seis mandamientos, regula los deberes del ser humano hacia su prójimo; y si ama-pos a nuestros prójimos como a nosotros mismos, observaremos estos mandamientos de todo corazón.

Consideremos ahora el texto del Decálogo, según el texto de Éxodo 20:3-17:

♦ **Primer mandamiento:** "No tendrás dioses ajenos delante de mí".

Con toda justicia, la ley destaca en su primer mandato que Dios debe ocupar el primer lugar en la vida del ser humano. Como Creador de todas las cosas, él, y sólo él merece recibir la adoración y el honor de sus criaturas. La vida cobra sentido y perspectiva cuando él es el centro de nues-

tra existencia y le amamos de todo corazón.

Este mandamiento nos advierte del mayor problema que podamos tener. ¿Cuál es? Que Dios sea desplazado del primer lugar. Y todo lo que ocupa el lugar preferido en nuestro corazón en vez de Dios, es un dios ajeno.

Lamentablemente, en su estado natural el ser humano es un ídolatra consumado, que adora no solamente a un dios sino a multitud de ellos. Ese politeísmo desenfrenado se manifestó en las antiguas civilizaciones de Egipto y de Roma, y también en la India contemporánea, con sus 330.000 dioses. Pero también en nuestra sociedad cristiana occidental multitudes se postran ante dioses ajenos tan poderosos como "el amor al dinero" (1 Timoteo 6:10), el amor a "los placeres más que de Dios" (2 Timoteo 3:4, NRV), "el dios del vientre" o de la glotonería (Filipenses 3:19), la vanidad o amor equivocado de uno mismo, o la pasión por un semejante que desplaza el amor a Dios... y un número incontable de otros vicios y actitudes que impiden buscar primeramente a Dios y su justicia. ¡Todo eso es idolatría! Son dioses ajenos que corrompen el alma y nos quitan la felicidad. En cambio, si gozamos de la dirección del único y verdadero Dios, tendremos vida y vida eterna.

♦ **Segundo mandamiento:** *"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos".*

Mientras el primer mandamiento destaca quién es el único Dios verdadero, el segundo señala cuál es el modo de adorarlo. El primer mandamiento enaltece el lugar que Dios debe ocupar en nuestra mente y corazón. El segundo, en cambio, se refiere a la expresión externa de nuestra adoración. Denuncia la falsa forma de adorar. No debemos rendir culto ni inclinarnos literal o simbólicamente ante imágenes, cuadros, personas, ni ningún objeto terrenal. Todo lo que es de factura humana es totalmente incapaz de satisfacer las necesidades y anhelos del corazón (ver Salmo 115:3-8).

¿Cómo debemos adorar a Dios? Dijo Jesús: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren" (S. Juan 4:24). En este tiempo en que muchos literalmente adoran sólo lo que pueden apreciar con sus sentidos, el cristiano tiene el privilegio y el deber de adorar a Dios en forma espiritual; de vivir cada día en comunión con él. Con los ojos de la fe, debemos acercarnos a nuestro Dios, sabiendo que él siempre escucha y responde a quien le busca con sinceridad.

♦ **Tercer mandamiento:** *"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano".*

Este mandamiento constituye un llamado a servir a Dios con temor y reverencia. El nombre de Dios es la revelación de su carácter; y éste es tan glorioso, que se usan en la Biblia no menos de 250 nombres, títulos y emblemas para referirse al Todopoderoso y a su obra. De ahí la importancia de invocar su nombre con respeto y santidad. El emplear su divino nombre en juramentos y maldiciones es un serio pecado a su vista. Tal vez una de las maneras más comunes de tomar en falso el nombre de Dios, consista en decir que somos cristianos y no vivir como tales. Debemos ser reverentes en nuestra actitud hacia todo lo que tiene que ver con Dios.

♦ **Cuarto mandamiento:** *"Acuérdate del día de reposo para santificarlo; seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó".*

En este mandamiento, el Creador y Hacedor de todo establece mi patrón de vida para el ser humano. Le ordena que debe trabajar seis días y descansar el séptimo. Indiscutiblemente, Dios hizo al hombre con la imperiosa necesidad de trabajar, pero también con la universal necesidad del reposo. De las 168 horas que contiene la semana, Dios nos da la oportunidad de dedicar 24, no sólo para el descanso físico, sino también para el del alma.

El descanso establecido por Dios, es hoy más necesario que

nunca. Vivimos bajo el signo del estrés, en un estado de tensión indescriptible. Imperan la doble jornada de trabajo, medios de transporte atestados, tareas competitivas, el temor causado por la ola de crímenes... En fin, vivimos bajo un clima de angustia y ansiedad. Esta situación se agrava muchas veces por las crisis financieras y emotivas que sufren los hogares.

A fin de recuperar la armonía interior y la paz del corazón, Dios nos ofrece un recurso maravilloso que facilita la renovación total de nuestra personalidad. Es el séptimo día de la semana, que nos ha sido dado para encontrarnos con él. Este día es "la catedral del tiempo" en donde el hijo y la hija de Dios vienen ante él para adorarlo.

¿Con qué propósitos fue establecido el sábado como día de reposo para Jehová Dios?

En primer lugar, en ese día adoramos a Dios como Creador. El sábado es el monumento recordativo de la creación. Según el libro del Génesis, después de haber creado en seis días los ciclos y la tierra, "bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación" (Génesis 2:3). Al honrar el sábado, honramos al Creador y reafirmamos nuestro origen. No somos frutos del acaso. Somos hijos e hijas de Dios. Y quien conoce sus raíces y sabe de dónde viene, también sabe adonde va y cuál es su glorioso futuro.

El sábado no sólo testifica de nuestro Creador, sino que glorifica a nuestro amante Redentor. Dijo Dios que el sábado fue dado "para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico" (Ezequiel 20:12). Este día de reposo simboliza el reposo que Dios coloca en el corazón. El pecador deja de pecar y alcanza la paz de la salvación. Cuando estuvo en esta tierra, muchas veces Jesús hizo este milagro, precisamente en el séptimo día. Numerosas personas abrumadas por el pecado y la enfermedad, fueron sanadas y salvadas en las horas sagradas del sábado. Por eso Cristo pudo decir de sí mismo: 'Así, el Hijo del Hombre es también Señor del sábado' (S. Marcos 2:28, NRV).

¿Qué gozo mayor puede tener el cristiano que tener cada semana una cita, un encuentro, con su Creador y Redentor en el día del Señor? Mediante este mandamiento, Dios nos ordena trabajar seis días y descansar en el séptimo día, el día que Dios

bendijo, reposó y santificó. ¿Lo haremos?

♦ **Quinto mandamiento:** "Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da".

A partir de este mandamiento, la ley de Dios prescribe la conducta que debemos observar con nuestros prójimos. Y lo hace destacando en forma preferencial el comportamiento que debe reinar en el hogar, que como sabemos es el núcleo fundamental de la sociedad.

La familia es de origen divino, y fue Dios mismo quien invistió a los padres con la autoridad sagrada para gobernar a sus hijos. Rebelarse contra la autoridad paterna implica una rebelión contra Dios. Aunque debido a su conducta algunos padres pierden el respeto de sus hijos, sin embargo éstos siguen teniendo la sagrada obligación de honrar a quienes les dieron la vida.

El honrar al padre y a la madre entraña más que la obediencia. Incluye afecto, consideración y reverencia. Y los hijos que aprenden desde niños a ser cariñosos y obedientes, se transforman cuando adultos en ciudadanos respetuosos de las leyes y de sus semejantes. Las satisfacciones y ventajas de una conducta tal, son incontables. Pero de acuerdo a la promesa divina, la recompensa mayor para los que honran a sus padres es que alcanzarán una larga vida.

♦ **Sexto mandamiento:** "No matarás".

Con toda autoridad, en este mandamiento el Dador de la vida le prohíbe en forma terminante al ser humano quitar la vida de otra persona. La vida es un don de Dios, y el hombre no tiene derecho de quitar lo que no puede restaurar.

A través de todos los siglos Dios mostró su profundo desagrado por el crimen y el derramamiento de sangre inocente. Desde la muerte de Abel a manos de Caín, hasta la reprensión a David por la muerte de Urías, se puede apreciar el inmenso valor que Dios le da a la vida humana. Es tan valiosa la vida ante los ojos de Dios, que el Señor Jesucristo vino a esta tierra para redimirnos de la muerte, y darnos vida eterna con su sacrificio.

En esta época plagada de guerras y crímenes espantosos, debemos como cristianos valorar la santidad de la vida y cumplir este mandamiento en su más profunda dimensión.

Como dijo Jesús, ni siquiera el odio y los sentimientos homicidas se deben albergar en nuestro corazón (S. Mateo 5:21-22). Antes bien, "si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; que haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza" (Romanos 12:20). Vivamos en amor.

♦ **Séptimo mandamiento:** *"No cometerás adulterio".*

Por medio de este mandamiento, el mismo Dios que ofició la primera boda en el Jardín del Edén tiende una valla protectora en torno al matrimonio. ¿Por qué? Porque de este vínculo tan sagrado depende la misma existencia y perpetuidad de la raza humana.

Por nuestro propio bien, el gran Legislador prohíbe toda relación inmoral entre los sexos; transgresión que también abarca todo pensamiento impuro y sensual. Se censura de este modo el adulterio o infidelidad matrimonial, y asimismo la fornicación, o sea, el comportamiento sexual incorrecto antes o después del matrimonio.

Vivimos en una sociedad permisiva, en la que aparentemente se puede transgredir con toda impunidad los principios divinos de pureza. Se multiplican cada día las relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales. Para algunos, hasta resulta común hablar de parejas del mismo sexo. Y en forma grotesca o sofisticada se lanza por todas partes un torrente de pornografía y corrupción. ¿Con qué resultados? Abusos de todo orden, niños abandonados, hogares destruidos, cuerpos y almas marcados por dolencias de orden sexual.

Felizmente, el mismo remedio que purificó la mente y el corazón de aquella mujer adúltera llamada María Magdalena, es el que puede renovar la vida de toda persona hoy. El remedio, la solución, es Cristo. El es el agua viva que nos limpia de toda inmundicia.

♦ **Octavo mandamiento:** *"No hurtarás".*

El octavo mandamiento demanda estricta honestidad en todas nuestras relaciones con Dios y con el prójimo. Este mandato, como todos los demás, está grabado en la conciencia del ser humano. Sin necesidad de repasar el texto escrito de la ley, el que roba sabe que está cometiendo algo incorrecto.

La deshonestidad se viste de muchos ropajes: hurto, robo,

estafa, extorsión, pago injusto a los trabajadores o empleados, trabajo a desgano de parte del trabajador, etc. Se podría decir que la persona que incurre en grandes deudas sin tener un propósito definido de pagarlas, también se engaña a sí mismo y engaña a los demás. La observancia de este mandamiento requiere honradez, diligencia, frugalidad y espíritu de ahorro. En cada aspecto de la vida los cristianos debemos ser escrupulosamente honestos. Sólo así podremos esperar la aprobación de Dios.

♦ **Noveno mandamiento:** *"No hablarás contra tu prójimo falso testimonio".*

Hay varios pecados incluidos en la prohibición de este mandamiento, a saber: la mentira, la calumnia, la maledicencia, la adulación, el chisme y la murmuración. El mandamiento anterior fue dado para proteger nuestras pertenencias: éste, en cambio, procura salvaguardar nuestra reputación.

Se ha dicho que el carácter es lo que nosotros somos; la reputación es lo que otros piensan que nosotros somos. Una calumnia puede manchar nuestro buen nombre y afectar nuestra reputación ante los demás, pero no puede alterar nuestra posición delante de Dios. Más aún: a la hora debida, el Dios de verdad y de justicia vindicará nuestra conducta y reputación.

La lengua encierra un extraordinario poder para el bien o para el mal. Bajo el control del Espíritu Santo el don del habla es una fuente inmensa de bendiciones. Dijo el sabio Salomón:

"Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene" (Proverbios 25:11).

♦ **Décimo mandamiento:** *"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo".*

El último mandamiento del Decálogo prohíbe que nos dejemos dominar por la codicia, una de las armas más arteras del enemigo para destruir al ser humano. Los otros nueve mandamientos mayormente se vinculan con la conducta externa de la persona. Este mandato penetra en la vida íntima y regula los motivos que dan lugar a los hechos. La codicia implica el deseo desmedido o concupiscente de poseer alguna cosa, criatura o individuo, valiéndose de recursos injustos o ilegales.

sigue creciendo hasta controlar al ser humano por completo y corromper su carácter. A modo de advertencia, el apóstol Pablo dice: "Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre" (1 Timoteo 6:10-11).

El más efectivo antídoto contra el veneno de la codicia consiste en estar contentos con las bendiciones que Dios nos ha dado. Cuando eso sucede, será imposible tener envidia de los que parecen estar en una situación mejor que la nuestra. Seremos generosos y considerados con los demás. Impulsados por el amor, siempre desearemos lo mejor para nuestros semejantes.

### La ley es un espejo

En una afirmación muy significativa, el apóstol Santiago compara a la ley de Dios con un espejo. ¿Por qué? ¿Qué propósito cumple un espejo? Ha tenido aplicaciones muy diversas. Por ejemplo, por razones de seguridad el emperador romano Domiciano mandó revestir todas las paredes de los pórticos de su palacio con una piedra reluciente que reflejaba con claridad todo lo que ocurría a sus espaldas. Probablemente impulsado por la vanidad, Luis XIV se rodeó de no menos de 500 espejos en sus cámaras reales. Pero fuera de estos usos palaciegos, el espejo refleja la imagen de toda persona que se coloca frente a él, contribuyendo a su arreglo personal.

¿Qué dice Santiago?

"Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural... y se va, y luego olvida cómo era" (Santiago 1:22-24).

♦ **La ley de Dios refleja la naturaleza moral del ser humano.** Cada uno de sus Diez Mandamientos son como caras de un espejo gigantesco que muestra lo que somos. Señala las manchas de carácter que necesitan ser limpiadas. Por nosotros mismos somos incapaces de discernir la diferencia entre lo bueno y lo malo. "Porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado" (Ro-

manos 3:20). El disfraz engañoso del pecado es eliminado en virtud de la ley de Dios. El apóstol Juan define al pecado como "la transgresión de la ley". De ahí que al mirarnos con honestidad ante la ley, tenemos que reconocer que somos pecadores.

♦ **La ley refleja la voluntad de Dios.** El Decálogo expone con claridad cuál es la norma de conducta para la humanidad. Revela cuáles fueron los principios morales que desde la creación fueron implantados por Dios en la naturaleza del ser humano. Al examinarlos concluyen todas las discusiones acerca de lo que el Creador espera de sus criaturas. No hay más zonas grises. No existen mentiras blancas. Terminan las excusas para todo tipo de falta. No hay más lugar para el orgullo, la violencia o la inmoralidad. En la virtud de la ley divina, se comprende que la voluntad de Dios para nuestras vidas es el amor, la rectitud, la santidad.

¿Qué más aprendemos al colocarnos frente al espejo de la ley?

♦ **La ley refleja el carácter de Cristo.** El Decálogo es mucho más que un conjunto frío de mandatos o prescripciones. Ahí está presente el amor de Jesucristo. Cuando estuvo en esta tierra, Jesús obedeció cada uno de los Diez Mandamientos. Podríamos decir que la ley estuvo encarnada en él. Estas son sus propias palabras: "El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón" (Salmo 40:8). Por lo tanto, quien mira atentamente a la ley de Dios, puede ver dibujada la personalidad de Jesús.

Pero si observamos la ley aún con mayor atención, obtendremos la más grande bendición que se pueda recibir del Decálogo divino. Dice San Pablo: "Porque la finalidad de la Ley es conducirnos a Cristo, para justificar a todo el que cree" (Romanos 10:4, NRV). La ley no sólo pone de manifiesto cuáles son nuestros pecados, sino que destaca la imperiosa necesidad que tenemos de un Salvador. Nos conduce de esta forma a los pies del único que puede socorrernos y ayudarnos, o sea, Cristo Jesús. Dice la Sagrada Escritura: "De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo" (Galatas 3:24). Este sublime espejo espiritual magnifica la obediencia perfecta de Cristo a la ley divina, pero además nos muestra que él quiere y puede transformarnos en cristia-



nos que amemos y guardemos sus mandamientos.

Hablando de la ley de Dios, el poderoso predicador Carlos Wesley declaró que él primeramente reunía a su congregación a los pies del monte Sinaí, para que escuchasen cuál es la norma de justicia y se sintiesen bajo el peso de la convicción de pecado. Y estando en esa situación sin esperanza. luego conducía a sus oyentes al monte Calvario, en donde les revelaba el camino de escape. Allí les mostraba el remedio divino para la terrible dolencia del pecado.

A la luz de la vida de Cristo, la ley se convierte en un valiosísimo recurso para poder transitar por el camino que conduce al cielo. "Porque lo que era imposible a la Ley, por cuanto era débil por la carne; Dios, al enviar a su propio Hijo... condenó al pecado en la carne; para que la justicia que quiere la Ley se cumpla en nosotros" (Romanos 8:3-4, NRV).

### ¿Obediencia o rebeldía?

El mayor drama que actualmente afronta nuestra sociedad es la rebelión abierta contra el orden y la ley. Se pisotean y transgreden con terrible osadía todos y cada uno de los mandamientos del Decálogo divino. A causa de sus transgresiones muchos van a la cárcel, a un hospital o a la tumba. Y una inmensa multitud vive agobiada por la culpa. Pero este drama tiene carácter de tragedia entre la rebelde y preciosa juventud. Literalmente, pagan con sus vidas su desacato a las leyes de Dios. El precio de la desobediencia es demasiado elevado.

**Un joven rebelde.** Este relato conmovedor lo registra San Mateo con las siguientes palabras: "Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? El le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios. Más si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El joven le dijo: Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ¿Qué más me falta? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque te-

nía muchas posesiones" (S. Mateo 19:16-22).

Este joven inteligente, sincero y adinerado quiso saber de los labios de Cristo cuál era la fórmula para alcanzar la vida eterna. Para ser salvo debes arrepentirte, dijo Pedro. Y Pablo agregó que hay que tener fe en Jesús para ser salvo. Pero a esas respuestas inspiradas se añadió este gran mensaje de Jesús: "*Sí quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos*". El Evangelio no sólo debe ser sentido y creído, sino también vivido, practicado en nuestra vida diaria. El corazón, la mente y la voluntad deben rendirse por completo a Cristo y sus santas enseñanzas.

El joven rico no se rindió a Cristo. En vez de obedecer el divino mandamiento, prefirió conservar el dios ajeno del dinero. Por su desobediencia rechazó el camino de la vida eterna.

**La recompensa de la obediencia.** Para nuestra inspiración, a través de las páginas de la Biblia podemos contemplar hombres y mujeres que fueron fieles y obedientes hasta la misma muerte. Una de las escenas más luminosas sobre este tema se observa en el siguiente pasaje: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apocalipsis 14:12). De acuerdo a esta profecía, este grupo obediente a los mandamientos vivirá acosado por terribles pruebas en el tiempo del fin, justo antes de la segunda y gloriosa venida de Cristo. A ellos y a todos los fieles se les aplica esta hermosísima promesa: "¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad!" (Apocalipsis 22:14, NRV).

Con los ojos de la fe, podemos proclamar que ha triunfado la obediencia.

Por la desobediencia de Adán entró el pecado, pero por la obediencia de Cristo reinó la justicia (Romanos 5:19). Su obediencia fue perfecta, fue total, fue inspirada por el amor. Como dice San Pablo, Cristo fue "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filipenses 2:8). Y esa vida de obediencia la ofrendó en nuestro favor. ¿Cuál es nuestra respuesta?

Dijo Jesús: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (S. Juan 14:15). Acerquémonos a Jesús por la fe, y entonces movidos por amor a él, nos gozaremos en cumplir sus mandamientos.

Este es un paso más que nos lleva **del abismo a la gloria.**

# Sobre la Roca de los Siglos

*Vosotros sois la brújula y la sal;/ hijos también del sol y de la luz,/ Proclamando al mundo que Jesús/ viene ya pronto, en gloria celestial.*

Recorrer los pasos de Jesús por los lugares donde él anduvo en esta tierra, constituye un motivo de reflexión y gratitud sin precedentes. La aldea de Belén, la ciudad de Nazaret, los restos del templo de Jerusalén que Jesús purificó, el huerto de Getsemani, el monte Calvario, el río Jordán, el mar de Galilea, el monte de la Ascensión, y otros sitios semejantes, son lugares que testifican del inmenso amor de Jesucristo por la humanidad.

Existe un lugar que es poco frecuentado por los peregrinos que visitan Israel, y que sin embargo encierra una verdad importantísima y de gran significado para los cristianos. Me refiero a una región ubicada en el extremo norte del país, en la frontera con el Líbano, conocida bajo el nombre de Cesárea de Filipo.

## En Cesárea de Filipo

Cuando años atrás llegamos a ese lugar para participar de una filmación para La Voz de la Esperanza, me sentí envuelto en una atmósfera muy espiritual. Era consciente de que 2.000 años atrás Jesús y sus discípulos habían estado allí, y habían sostenido una conversación de enorme trascendencia para el futuro de la iglesia cristiana.

Esta región de la antigua ciudad de Cesárea de Filipo es imponente. El valle de atractivo verdor termina al pie de un gigantesco peñasco, desde el cual se observa la cumbre nevada del

monte Hermón. De la cima y hasta de las entrañas de este monte, surgen vertientes e hilillos de agua, que al descender forman el cauce que da origen al río Jordán.

En ese marco de tanta belleza natural, se destaca un grabado o escultura labrada sobre la resbaladiza pared de la roca gigantesca. El guía de turismo nos indicó que la grabación en relieve sobre el peñasco, correspondía al antiquísimo dios Pan de los fenicios.

Considerando estos hechos, repasemos ahora el relato registrado en el Evangelio según San Mateo: "Cuando Jesús llegó a la región de Cesárea de Filipo, preguntó a sus discípulos; ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros Jeremías, o alguno de los profetas. El preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondió Simón Pedro: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces, Jesús le dijo: ¡Dichoso

eres, Simón hijo de Jonás; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos! También te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta Roca edificaré mi iglesia, y las puertas de la muerte no prevalecerán contra ella" (S. Mateo 16:13-18, NRV).

En ese lugar apartado, donde muchos adoradores paganos se inclinaban ante una roca gigantesca, *Jesús fue exaltado como la*

*Roca de los siglos*, como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Se terminaron las dudas para los discípulos. Su Maestro no era un profeta más que se había levantado en Israel. Jesús era único. Era el Mesías, el anunciado Libertador y Salvador de la humanidad. Era no sólo el Hijo del Hombre, sino el unigénito Hijo de Dios. El Padre de los cielos usó a Simón Pedro para reafirmar esta verdad fundamental.

Además, con toda autoridad *Jesús anunció que iba a edificar su iglesia sobre una roca inamovible*, ¿Cuál es esa Roca? Por supuesto, la Roca es Cristo. La iglesia habría de ser fundada sobre aquél de quien Pedro acababa de decir: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Algunos opinan que Pedro fue la roca donde se estableció la iglesia. Pero eso sería ignorar las enseñanzas bíblicas. En varias ocasiones Cristo reprendió abiertamente a este impetuoso discípulo, que posteriormente negaría a

su Maestro. Pedro y todos los demás apóstoles habrían de enseñar que Cristo, y sólo Cristo, es la Roca eterna donde debe apoyarse el que anhela salvación,

Por último, en Cesárea de Filipo *Jesús declaró la maravillosa verdad de que su iglesia habría de permanecer para siempre*. Anticipó que sería perseguida con saña infernal. Pero en forma triunfante señaló que "las puertas de la muerte no prevalecerán contra ella". Descorrió el velo del futuro a sus atribulados discípulos, para que pudiesen contemplar el triunfo indisputado de la causa del Evangelio de Jesucristo; la victoria de todos los que aceptan a Jesús y su verdad; el señorío sempiterno de Cristo, el Hijo del Dios viviente.

### ¿Qué es la iglesia?

En los manuscritos originales de los textos bíblicos, la palabra "iglesia" estaba representada por el vocablo de origen griego *ekklesía*. Traducida literalmente, esa palabra significa "una asociación o congregación de gente llamada por Dios". Es mucho más que una agrupación de seres humanos ligados por ciertas necesidades sociales, culturales, deportivas o afectivas. La iglesia es una comunidad religiosa, que guiada por el poder del Espíritu Santo reconoce el señorío de Jesucristo.

Es evidente que los apóstoles reconocieron el lugar central que la iglesia tiene en el mensaje de Jesús. Para ellos un cristiano no puede existir separado de la iglesia. Y también comprendieron con toda claridad que la iglesia es una comunidad espiritual cuyo eje central es el Señor Jesucristo.

**Metáforas de la iglesia.** Las diferentes imágenes presentadas en la Biblia, subrayan la relación inseparable que existe entre Cristo y la iglesia. Por ejemplo, Jesús es la vid y los miembros de iglesia son ¡os sarmientos. El es el pastor y ellos son las ovejas. El es la cabeza de su cuerpo, la iglesia, de la cual los creyentes son los miembros u órganos; esto significa que Cristo es la fuente de nutrimento, crecimiento y dirección para su iglesia.

**Un templo espiritual.** En una de las metáforas más significativas sobre este asunto, la iglesia es comparada con un sólido y noble edificio, edificado "sobre el fundamento de los apósto-

les y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu" (Efesios 2:20-22).

¿Podemos vislumbrar la hermosura de este templo espiritual? El simbolismo usado por San Pablo al dirigirse a los creyentes de Efeso era muy apropiado. Esa ciudad, capital de la antigua provincia de Asia, era un centro comercial y político conocido especialmente por su paganismo supersticioso. Su edificio más famoso era el templo de Diana, cuya arquitectura se podría comparar al Partenón de Atenas. Estaba adornado con pinturas y esculturas de Fidias y Apolo, y su techo estaba recubierto con azulejos de mármol blanco. Pero su mayor gloria eran sus 120 columnas de jaspe, de las cuales 8 fueron rescatadas de la destrucción causada por los godos y erigidas en el templo de Santa Sofía, en Estambul, gracias al emperador Justiniano.

En contraste con el templo de Diana, el apóstol describe a los "santos de Dios" como un templo espiritual. Fue fundado sobre las vidas fieles y abnegadas de los apóstoles y profetas, siendo Cristo su piedra angular. Uno tras otro fueron cayendo los primeros edificadores. Esteban fue apedreado; Santiago, muerto por la espada; Pablo, decapitado; Pedro, crucificado; Juan fue desterrado. Pero la edificación del templo de Dios nunca cesó. En beneficio de los creyentes, hoy sigue creciendo para gloria del Señor.

**El esposo y la esposa.** Pocas figuras pueden superar la metáfora del esposo y de la esposa para ilustrar la verdadera relación existente entre Cristo y su iglesia, según el siguiente pasaje: "Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Efesios 5:25). En este texto se destaca el amor de Cristo por su iglesia, amor que lo llevó a sacrificarse en favor de los suyos, a fin de que pudieran llegar a ser "una carne".

La iglesia es una creación de Jesucristo. No es fruto de la voluntad, del capricho o de la ambición humana. Es un "invento" de Cristo. Es una obra de amor que se originó en el corazón

de Jesús y que por lo tanto debe tocar nuestro propio corazón. ¿Valoramos la iglesia de Cristo como debiéramos?

Estando hace unos años en la ciudad de Monterrey, México, fui conmovido por un trágico accidente que acababa de suceder horas atrás. A gran tamaño, los periódicos vespertinos publicaron la noticia de un trabajador que había perdido la vida por causa de un derrumbe ocurrido en la zona de excavación para el futuro "metro" de la ciudad. Entre otras reflexiones, se indicó que esa obra o proyecto era ahora doblemente valioso, porque había costado la valiosísima vida de un ser humano.

Multitud de empresas de esta tierra se realizan a costa del sacrificio y aún de la vida de muchas personas. Pero únicamente la edificación del templo de Dios se ha logrado gracias a la abnegación de Cristo, quien "amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella".

## La Roca es Cristo

Cristo Jesús se ofrece a sí mismo como la roca de apoyo y fortaleza para todo ser humano. ¿Qué otro fundamento mejor que éste podemos tener? No se trata de la fuerza, del dinero, del conocimiento, de la influencia, ni de ningún otro recurso del ser humano. La fuente de seguridad y de esperanza es Jesucristo, la Roca de los siglos.

Había ocurrido un desastre en el mar. Muy temprano al amanecer, la lancha de rescate empezó a recorrer la zona del naufragio. Después de esa noche de vientos huracanados, se pudieron captar algunas evidencias de la tragedia: eran los restos de la embarcación. ¿Qué pasó con los naufragos? ¿Se podría encontrar algún sobreviviente? La búsqueda fue infructuosa, hasta que de pronto se divisó a un naufrago sobre la superficie del mar. Al acercarse a él, el grupo de rescate observó que estaba tenazmente aferrado a una roca. Y le preguntaron: "¿No tenías temor de la tormenta?, ¿no temblabas sacudido por las olas?" "Sí —contestó el naufrago—, yo temblaba, pero la roca no temblaba".

A medida que repasemos algunas características de la Roca, hagamos nuestra esta alabanza de David: "Jehová, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré" (Salmo 18:2).

♦ **Es una Roca estable.** "Yo fundo —dijo el Señor—... una Piedra, piedra probada... de cimiento seguro; el que confíe en ella nunca desmayará" (Isaías 28:16, NRV). Jesucristo aguanta las cargas del mundo entero. Pueden fallar nuestros amigos y aun nuestros familiares. Pero podemos ir a Jesús con la certeza de que habrá de recibirnos y sostenernos en medio de nuestras pruebas.

♦ **Es una Roca preciosa.** Así lo enseña el apóstol Pedro, al decir: "He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, *preciosa*" (1 S. Pedro 2:6). Pedro lo describe a Cristo no sólo como la piedra angular sino como una piedra preciosa. En verdad, Cristo es la Perla de gran precio. La belleza de su carácter es incomparable. ¿Quién como Jesús? Todo aquel que lo contemple con sinceridad, se sentirá atraído hacia él en forma irresistible.

♦ **Es una roca viva.** ¿Cómo puede ser que exista una roca viva? Ese milagro se hizo más lógico para mí, en ocasión de un viaje de estudios que realizábamos por Israel, al borde del desierto de Sinaí. De pronto el guía se detuvo frente a una inmensa roca y dijo que, según las tradiciones geográficas e históricas, de esa roca empezó a manar agua desde que Moisés la golpeó hasta nuestros días. Antes había sido una roca seca, una roca muerta. Pero desde entonces, esa roca ha sido fuente de vida para muchísimas personas.

En el espantoso desierto de este mundo, el agua de vida eterna brota a raudales de la Roca eterna. Pedro habla de Cristo como una piedra viva (1 S. Pedro 2:4). No es un Salvador distante e indiferente. Su corazón late al unísono con nuestras necesidades y tristezas.

♦ **Piedras vivas.** La riqueza de una iglesia basada en la Roca viva, que es Cristo, se magnifica al discernir que cada miembro de la familia de Dios está llamado también a ser una piedra viva. Dice el apóstol: "Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados en [una] casa espiritual" (1 S. Pedro 2:5).

Unido por la fe a Cristo en el seno de la iglesia, el creyente se convierte en una "piedra viva". Su vida cobra sentido. En vez de vivir absorbido por los intereses egoístas y pasajeros de este mundo, empieza a vivir para Cristo y la eternidad. Hasta la persona más humilde y sencilla se transforma en un fervien-

te hijo e hija de Dios. Con profunda gratitud comprende que "hay lugar para todos en la familia de Dios".

El mayor anhelo de la persona que se une a la iglesia, es cumplir con el plan de Dios para su vida. ¿Pero cuál es el propósito de Dios para la totalidad de los creyentes en el seno de la iglesia?

### ¿Qué espera Dios de la iglesia?

La iglesia apostólica vivió bajo la unción del Espíritu Santo y cumplió con fidelidad los propósitos por los cuales Dios la creó. De sus miembros se declara lo siguiente: "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones... Y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles... Y perseverando unánimes cada día en el templo... alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo" (Hechos 2:42-43, 46-47).

Considerando el ejemplo de la iglesia primitiva, ¿qué espera Dios de su iglesia ahora?

**1. Dedicación al estudio de la Sagrada Escritura.** La iglesia debe manifestar una preocupación germina por las enseñanzas y verdades que contiene la Biblia. Indica San Pablo que la "iglesia del Dios viviente [es] columna y baluarte de la verdad" (1 Timoteo 3:15). Satanás, el padre de mentira, inventa herejías a fin de destruir la pureza del Evangelio. Pero no hay nada que pueda sustituir la sólida enseñanza de las Escrituras, cuando los creyentes escudriñan sinceramente la verdad.

**2. Una adoración en espíritu y en verdad.** Uno de los hechos más difíciles de comprender para el cristiano, es que Dios tiene su santuario o templo en esta tierra. A su pueblo de la antigüedad le dijo: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos" (Éxodo 25:8). Aunque la gloria del Todopoderoso llena el universo, él se regocija en encontrarse con su pueblo en la casa, de adoración. Puede ser en una humilde cabaña en el desierto o en un templo magnífico como el de Salomón.

Algunos piensan que pueden adorar a Dios sin ir a la iglesia, por medio de una experiencia personal. Pero esta clase de devoción no puede reemplazar la plenitud de bendiciones que se obtienen al adorar a la Divinidad como parte de una congregación

dedicada a Dios. El adorador se presenta en el templo ante el Padre celestial como miembro de una gran familia, y alaba al Señor de todo corazón.

**3. Creyentes unidos en oración.** La fortaleza espiritual de la iglesia, siempre dependió de la búsqueda de Dios por medio de la oración. "Mucha oración, mucho poder; poca oración, poco poder". En los días apostólicos los creyentes "perseveraban... en las oraciones" (Hechos 2:42), y como resultado los enfermos sanaban, millares se convertían al Señor, y prevalecía un espíritu de amor y santidad. Y si la iglesia apostólica vivía en comunión con Dios por medio de la oración, ¿no debiera cada templo y santuario de la iglesia cristiana actual, ser una casa de oración?

Dijo el Señor Jehová: "Mí casa será llamada casa de oración para todos los pueblos" (Isaías 56:7). La gente que ora junta obtiene una unidad por el Espíritu Santo que no es posible experimentar de otra manera. Y la influencia de la oración también se siente poderosamente en el círculo de la familia: sus miembros están unidos entre sí y a la familia celestial.

**4. Una familia que se goza en la comunión.** Dios formó su iglesia no sólo para que los creyentes estuviesen unidos con él, sino para que también viviesen en comunión los unos con los otros. A esa comunidad que vive en amor y unidad se refiere con frecuencia San Pablo con el término *koinonía*. Es una comunidad en la cual los solitarios pueden encontrar amigos, donde los pecadores pueden hallar comprensión y perdón, donde el hermano se preocupa por el hermano y trata de fortalecerlo y animarlo. Por designio de Dios, se satisfacen así las profundas necesidades de orden social y espiritual del corazón humano.

La iglesia de Dios de este tiempo ha reunido a gente de muchas culturas, sistemas políticos, propósitos, idiomas y estilos de vida. Pero gracias al Espíritu que mora en los creyentes, éstos tienen la misma esperanza, la misma fe, las mismas expectativas de la gloria venidera. Son una familia unida por la sangre de Cristo.

### **5. Consagración total a la proclamación del Evangelio.**

Por sobre cualquier otra tarea, la iglesia tiene la sagrada misión de compartir el amor de Dios a la humanidad, El ejemplo y el mandato de Cristo señalan el rumbo del cristiano. Al comenzar

su ministerio en favor de los perdidos, Jesús extendió este llamado: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (S. Mateo 4:19). Los discípulos fueron llamados y salvados para salvar a otros. Como declara Elena de White en una de sus obras: "Cada alma que Cristo ha rescatado está llamada a trabajar en su nombre para la salvación de los perdidos<sup>1</sup>" (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 150).

San Pedro señala el cometido de la iglesia al decir: "Vosotros sois... pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 S. Pedro 2:9). Y el profeta Isaías exhorta: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti" (Isaías 60:1). En un mundo abrumado por las tinieblas más espantosas, debemos levantar la luz del Evangelio. Las sombras del vicio, el crimen, el odio y la muerte, se filtran por doquiera. Millones viven sin Dios y sin esperanza. ¿Quién hará resplandecer en esta tierra la luz del cielo? ¿Quiénes consagrarán sus vidas, sus talentos y recursos a esparcir la fe y el amor de Jesucristo?

La sagrada tarea de enseñar, sanar y predicar es cumplida por la iglesia de Cristo por medio de escuelas, hospitales, y miles de salas de culto en la faz de la tierra. La radio, la televisión y publicaciones diversas cumplen el cometido de rodear el mundo con la luz del Evangelio. El programa radiofónico La Voz de la Esperanza también está al servicio de este ideal. En las tres Américas, Europa, África, el Asia y Oceanía, miles y millones de fervientes cristianos van por los hogares llevando la Palabra de Dios.

Pero la obra no está terminada. A pesar de los triunfos de la ciencia y la tecnología moderna, hoy falta la fe, falta confianza en el futuro. Hay mucho más que hacer para que las multitudes de veras disfruten de la salvación que da Jesús.

Especialmente entre la generación joven de la iglesia, deben surgir héroes y heroínas de la fe que vivan por amor a Jesucristo. Las vidas más útiles de la historia han sido vividas por hombres y mujeres que se entregaron a Dios mientras eran jóvenes, y que con fidelidad cumplieron el mandato de Cristo: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (S. Marcos 16:15).

**6. Que sea un medio de salvación.** El relato sagrado de los

hechos ocurridos en el glorioso día de Pentecostés, concluye con esta significativa sentencia: "Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos" (Hechos 2:47).

En esa jornada extraordinaria se había derramado con poder el Espíritu Santo. Una multitud fue conmovida por el sermón de Pedro, y tres mil personas habían sido bautizadas. ¿Qué ocurrió con estas almas recién convertidas? Dice la Escritura que "fueron añadidos a ellos", es decir que fueron agregados a la iglesia. ¿Por qué? Porque la iglesia es la casa de refugio que Dios ha establecido para la salvación de los nuevos miembros de su familia espiritual.

El Autor de nuestra salvación no hace las cosas a medias. Nos convence de pecado, nos mueve al arrepentimiento, nos perdona, y por su Espíritu nos hace nacer de nuevo. Y entonces, cuando confesamos nuestra fe en Jesús por el bautismo, nos abre las puertas de su iglesia para guiarnos por el camino de la salvación. Así como una criatura recién nacida necesita para vivir el abrigo de su madre, el cristiano necesita el alimento y el calor espiritual que brinda "la madre iglesia"<sup>1</sup>.

Separado de la iglesia el cristiano no puede sobrevivir. Para los recién nacidos, como para los adultos en la fe, es de suma importancia participar activamente de la comunión de los creyentes. A propósito, un pastor fue a visitar a una hermosa familia que por faltar a la iglesia se había enfriado en la fe. Después de los saludos, sin decir una palabra, el pastor sacó con una palita una brasa del brasero que ardía en un rincón de la sala. En contados instantes, la brasa se empezó a apagar. Cuando estaba prácticamente sin vida, el pastor la volvió a colocar en el brasero, y la brasa nuevamente volvió a arder. El padre y jefe del hogar —quien había observado el curioso rito— dijo en forma cortés: "Muchas gracias, pastor. Comprendo que dentro del brasero de la iglesia, hay calor y vida; afuera está la muerte espiritual. Volveremos a la iglesia".

## El bautismo: acto de entrada a la iglesia

El bautismo debe ser un rito de muchísima importancia ante la vista de Dios, puesto que justo antes de ascender al cielo Jesús dio este mandato a los discípulos: "Por tanto, id, y haced

discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (S. Mateo 28:19). Al ser bautizados, los nuevos creyentes quedan bajo la protección y la dependencia del supremo gobierno del universo, la Santísima Trinidad.

Uno de los mayores privilegios que Dios otorga a los recién bautizados, es que llegan a ser miembros de iglesia. Por el bautismo el creyente se une al cuerpo cuya cabeza es Cristo. Dice Pablo: "Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo" (1 Corintios 12:13), En el bautismo Dios nos une espiritual mente con Cristo y nos confiere el poder del Espíritu Santo, declarando ante el universo que hemos sido aceptados como miembros de la familia celestial y de la iglesia de Cristo.

**¿Cómo ser bautizado?** La palabra "bautismo" deriva del vocablo griego *baptizo*, cuyo significado universal es sumergir. La Biblia ilustra claramente cuál es la forma o el modo en que debe realizarse el bautismo. En Juan 3:23 leemos: "Juan bautizaba también en Enón, junto a Salim, porque había allí muchas aguas; y venían, y eran bautizados". Notemos que el bautismo requería "muchas aguas". No era un rito que se podía realizar con unas pocas gotas o donde hay poca agua. Juan iba a Enón, porque la abundancia de agua de ese lugar le permitía cumplir la ceremonia del bautismo conforme a su profundo simbolismo.

La escena del bautismo de Cristo en el río Jordán es muy significativa. A través de este acto público el Maestro habría de comenzar su sagrado ministerio y sería señalado como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. No tenía ninguna mancha que lavar, y sin embargo fue bautizado para darnos ejemplo, para "cumplir toda justicia". A lo que el relato agrega: "Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua..." (S. Mateo 3:16).

El hecho de que Jesús subió del agua implica que previamente había descendido al agua. O sea que al bautizarse Jesús fue sumergido, fue sepultado en el agua. A la luz de su ejemplo, la forma bíblica del bautismo es por inmersión y no por aspersión. Esa también es la enseñanza del apóstol Pablo, al decir que "somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo" (Romanos 6:4). El bautismo por inmersión fue practicado

en los días de los apóstoles y a lo largo de todos los siglos. En antiquísimas iglesias y catedrales del siglo XIII, aun hoy se pueden encontrar bautisterios o piletas donde los cristianos eran sumergidos. Y a nosotros también nos alcanza el mandato divino de ser sepultados en las aguas del bautismo.

**Significado del bautismo.** El mismo pasaje que enseña cuál debe ser la forma del bautismo, revela el maravilloso significado de este rito tan importante. Leamos este texto inspirado: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:4).

El bautismo representa la sublime verdad de la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesucristo. Cuando el candidato es sumergido en la tumba líquida, está confesando su fe en aquel que murió y fue sepultado por sus pecados. Reconoce que es pecador, y que Jesús murió por sus culpas. Con inmensa gratitud acepta que por la muerte de Cristo, sus pecados han sido perdonados y sepultados en lo profundo de la mar.

La victoria simbolizada por el bautismo se completa cuando el candidato se levanta del agua. De este modo expresa su fe en el Cristo resucitado y en el poder que Dios le dará para vivir una nueva vida. El "hombre viejo" fue sepultado al entrar al agua y al salir del agua ha resucitado como una nueva criatura. Se cumple así la siguiente y hermosa promesa: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Corintios 5:17).

¿Comprendemos la importancia que tiene nacer de nuevo por el agua y el espíritu?

Algo inusitado ocurrió en el bautismo de un creyente a quien llamaremos Luis. Tal vez por la ansiedad o emoción provocada por la ceremonia, en el instante que era sumergido en el agua se tomó con su mano derecha de una pequeña pared de apoyo del bautisterio. Al salir del agua, en voz alta le dijo al ministro oficiante: "Pastor, vuelva a sumergirme; mi mano derecha quedó afuera y no se mojó. Y con esa mano cometí muchos robos y otros pecados. Yo deseo que todo mi ser sea lavado por completo en las aguas del bautismo". La petición de Luis fue escuchada-

da, y el rostro de este nuevo creyente se iluminó con el gozo de haber nacido totalmente de nuevo.

**¿Cuándo bautizarse?** Llevados por la emoción o por otras circunstancias, hay quienes expresan el deseo de bautizarse en el día de su cumpleaños, o en el aniversario de bodas, o al llegar a una edad determinada, y algunos hasta han declarado que únicamente se bautizarán en el mismo lugar donde Jesús fue bautizado, o sea en el río Jordán.

La Biblia no establece fechas o lugares determinados para bautizarse; antes bien, presenta ciertas condiciones o requisitos indispensables para dar ese paso. Jesús relacionó de manera indisoluble el bautismo con la fe individual. Dijo así: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo" (S. Marcos 16:16). Pedro hizo preceder el bautismo por el arrepentimiento, al declarar en su sermón de Pentecostés: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados" (Hechos 2:38). De modo que *el arrepentimiento y la fe en Jesús* son dos condiciones que hay que cumplir para recibir el bautismo. Eso significa que los niños recién nacidos no están preparados ni maduros para recibir el bautismo.

El bautismo no sólo es una expresión de arrepentimiento y de fe en Jesús, sino que también es un acto público de confesión. Por el bautismo el creyente se compromete a aceptar a Jesús, no sólo como su Salvador del pecado, sino como el Señor de su vida. Es un acto de amor y valentía, cuya recompensa se extiende por la eternidad. Dijo Jesús: "A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (S. Mateo 10:32-33).

**El paso del bautismo.** Así como la ceremonia de casamiento une a los cónyuges en el estado del matrimonio, el rito del bautismo es el vínculo sagrado que une a los creyentes con su Señor y Salvador. Los que se bautizan pasan a ser miembros de la iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, la esposa del Cordero.

"¿Por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre" (Hechos 22:16). Saulo acababa de

recibir la visión celestial. Desde su trono Jesús había hablado con él. Saulo comprendió sus errores y faltas y aceptó a Cristo como su Salvador. De un perseguidor de Cristo se propuso ser su servidor. Pero acababa de iniciar su experiencia cristiana. No se animaba a unirse a la iglesia. En ese momento de prueba para Saulo, hubo un siervo de Dios, Ananías, que lo exhortó a que no dudase más. Con unción del cielo lo instó para que se bautizase y lavase sus pecados en el nombre de Jesús. Y Saulo no fue rebelde al mensaje. En un paso de fe y como expresión de amor, enseguida se bautizó. De este modo se unió a la iglesia y se abrió una nueva vida para él. Por el poder de Jesús comenzó la gloriosa etapa como predicador del Evangelio.

Todo aquel que está en el valle de la decisión, necesita escuchar estas palabras: "¿Por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre".

### **¿Dónde puedo encontrar una iglesia para mí?**

Sería imposible precisar el número de agrupaciones religiosas que existen en el mundo. Aunque nos limitáramos a las iglesias o congregaciones denominadas cristianas, nos encontraríamos con una cantidad y diversidad desconcertante. Invocan al mismo Dios y al mismo Salvador Jesucristo, pero sus diferencias de doctrinas o de formas de culto hacen muy difícil la búsqueda y el hallazgo de una iglesia para la persona sincera.

Con razón se ha dicho que ante los ojos de Dios existe una iglesia invisible, que está compuesta por todos los creyentes que aman al Señor sinceramente y a quienes sólo Dios conoce. Pero además, por designio divino existe también una iglesia visible formada por los que profesan la fe en Jesucristo y viven en comunión entre sí. Las profecías bíblicas indican que llegará el tiempo cuando los sinceros creyentes dejarán la confusión y los errores de Babilonia (Apocalipsis 18:4), y formarán un pueblo unido en Cristo y su verdad.

Si usted hoy estuviese buscando dicha iglesia, ¿qué características cree que debiera tener? ¿Cuáles debieran ser sus enseñanzas? Permitamos que la luz de la Palabra de Dios ilumine las cualidades de la iglesia descrita en la Sagrada Escritura.

♦ **Levantará a Cristo**, el admirable Hijo de Dios e Hijo del



hombre. Porque "en ningún otro hay salvación; porque *no* hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

♦ **Estará llena del amor de Dios.** El amor expresado en la tolerancia, la bondad y el espíritu perdonador, es la señal distintiva de la iglesia de Cristo. Dijo el Señor: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (S. Juan 13:35).

♦ **Aceptará la Biblia como Palabra de Dios.** Ante tanta duda y confusión, enseñará que toda Escritura **es** inspirada por el Espíritu Santo y constituye la norma de fe y conducta.

♦ **Reconocerá a Dios como el Creador.** Los creyentes del tiempo del fin, proclaman en alta voz el mensaje de adorar "a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas" (Apocalipsis 14:7).

♦ **Experimentará el gozo de la salvación por fe en Jesucristo.** Comprendiendo que la gracia del perdón y el poder para vivir sin pecado se obtienen por fe en Jesús, atesorará el mensaje: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo" (Hechos 16:31).

♦ **Guardará los Diez Mandamientos de la ley de Dios.** A la luz del ejemplo de Cristo, seguirá este consejo del Señor: "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (S. Juan 14:15).

♦ **Guardará el séptimo día como día de reposo consagrado a Dios.** El sábado ha sido una señal del pueblo de Dios de todos los tiempos, y también en esta época significa bendición para los que lo observan (Éxodo 20:8-11).

♦ **Practicará el bautismo por inmersión.** A semejanza de la iglesia apostólica, la iglesia de Dios en la actualidad seguirá este mandato de Jesús: "Id, y haced discípulos... bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (S. Mateo 28:19).

♦ **Vivirá a la altura de las elevadas normas divinas.** Escuchará atentamente esta enseñanza: "Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios" (1 Corintios 10:31).

♦ **Aguardará con fervor la segunda venida de Cristo.** La esperanza bienaventurada en la manifestación gloriosa de Jesucristo, es lo que inspira y llena el corazón de todo cristiano.

Como San Juan, la iglesia del Señor exclama: "Ven, Señor Jesús" (Apocalipsis 22:20).

#### ♦ **Proclamará con poder las buenas nuevas de salvación.**

Bajo la unción del Espíritu Santo será fiel al cometido de Cristo, esparciendo el Evangelio eterno "a toda nación, tribu, lengua y pueblo" (Apocalipsis 14:6).

Al considerar estas cualidades con que la Biblia describe a la iglesia del Señor, seguramente ha sentido el anhelo de encontrar al pueblo que Dios ha escogido para usted. De acuerdo a la promesa de Jesús, "el Espíritu [Santo]... os guiará a toda la verdad" (S. Juan 16:13). Si se lo pedimos fervientemente, él nos guiará a la iglesia verdadera.

### El arca de salvación

En uno de los relatos más impresionantes y dramáticos de la Biblia se declara que todo ser viviente de los tiempos antiguos pereció sepultado bajo las aguas del diluvio. Literalmente, todos perecieron. Todos... con excepción de Noé, su familia y los animales que estaban dentro de la arca. Ese grupo reducidísimo de ocho personas se salvaron porque por fe se colocaron bajo el amparo de Dios en esa frágil embarcación. El bramido de las aguas y el rugido de los vientos no los destruyó. Alcanzaron salvación dentro del arca.

La iglesia de Dios es el arca de salvación en este tiempo. El diluvio de maldad agitado por Satanás se precipita sobre esta condenada humanidad. Para librarse del desastre muchos recurren a la inteligencia y a la fuerza del ser humano. Pero para salvarse hay que buscar a Dios y depender de su sabiduría. El Todopoderoso ha provisto un amparo para sus hijos. Es el arca de salvación, es su amada iglesia. Los que entren en su seno, bajo la dirección de Dios, estarán entre el grupo redimido cuando Cristo venga en gloria.

Apreciado lector, en esta experiencia de *salir del abismo* v *llegar a la gloria*, Dios nos ofrece su iglesia, el arca de salvación. Entremos en ella y gozaremos ahora y por la eternidad de la compañía de Jesús.

## 10

# La Gloriosa Esperanza del Cristiano

*Es mi Jesús: es mi Jesús que viene/con la dicha inmortal que no perece;/ el Justo, Inmaculado, que sostiene/ gloria inmortal que brilla y resplandece.*

Iluminados por la estrella de la esperanza, recorramos ahora la última etapa del viaje que conduce *del abismo a la gloria*. ¿Qué mejor aliciente podríamos tener?

**El ángel de la esperanza.** La esperanza nos da razón para vivir, para soñar, para seguir adelante en medio de las pruebas. Es la virtud que le da sentido a la vida. Es la chispa sagrada que hace vibrar el espíritu con la certeza de que se alcanzarán nuestros anhelos. Es la palanca que mueve al mundo hacia adelante. "Todo lo que se hace en el mundo —declaró Martín Lutero— es obra de la esperanza".

Gracias al don de la esperanza, la madre tiene la seguridad de que su hijo recién nacido crecerá sano y bueno. Los recién casados inician su carrera matrimonial esperando lo mejor. Los negocios, una carrera de estudios, y un sinnúmero de otras actividades se realizan bajo el aliento de la esperanza. Podríamos decir que somos lo que esperamos.

Y en medio de las tormentas de la vida, la esperanza se transforma en el ancla del alma. Bajo su estímulo se reconstruyen hogares desechos, se rehacen vidas destrozadas y se renuevan ideales marchitos. Por la esperanza se abren los ojos de nuestro espíritu a nuevas posibilidades.

**Muchos viven sin esperanza.** Es doloroso, pero a diario infinidad de personas se sumen en la desesperanza. La pobreza, la

falta de trabajo, alguna penosa enfermedad o alguna crisis familiar, son azotes tan demoledores para su espíritu, que les resulta difícil mirar hacia el futuro con optimismo y valor.

Según una estadística brindada por la Organización Mundial de la Salud, cada día se suicidan mil personas en el mundo. Cada 84 segundos alguien pone fin a su vida.

En los Estados Unidos el suicidio ha pasado a ser la tercera causa de muerte entre el grupo de adolescentes, y algo similar ocurre en varios países europeos. A semejanza de una epidemia incontenible, la angustia y el hastío de vivir se están posesionando de un número incontable de personas.

¿Qué hacer?

El drama del hombre moderno es más profundo que el peligro de las armas nucleares ocultas. Los problemas de orden internacional, los bárbaros actos de terrorismo, la espantosa ola de crimen, los abusos de criaturas inocentes, y otros males semejantes, no constituyen el problema mayor. Esos hechos no son más que la manifestación externa de la profunda desviación moral y espiritual que sufren los hombres en todo lugar del mundo.

Dicho de otro modo, la causa de todos los problemas humanos es esa enfermedad universal llamada pecado... y el pecado es un gigante que no se vence con sistemas sociales o económicos.

El único que venció el pecado, la enfermedad, el dolor y la muerte, fue el Señor Jesucristo. Cuando él estuvo en esta tierra derrotó en forma absoluta a Satanás, al mal y sus terribles consecuencias. Por eso le dice a cada habitante de este mundo condenado: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más" (Isaías 45:22).

## La esperanza es Cristo

En su saludo al joven Timoteo, el apóstol Pablo se refiere específicamente al Señor Jesucristo como *nuestra esperanza* (1 Timoteo 1:1). Ese es el mensaje central de la Palabra de Dios. Fuera de Jesús, no ha habido, no hay, ni habrá ser humano alguno, capaz de elevarnos de nuestro polvo y llenarnos de valor y de esperanza.

Al profundizar la gloriosa esperanza del cristiano, descubriremos que se apoya en la obra redentora de Cristo, que se extiende de eternidad a eternidad. La esperanza de disfrutar un *futuro* perfecto en la tierra nueva, tiene *ahora* un significado real, gracias a lo que Jesús ya hizo en el *pasado*. Este don o virtud se aseguró en la *crucifixión del Calvario*, anida ahora en el *corazón* del creyente, y culminará cuando Cristo venga en gloria en las *nubes de los cielos*.

#### ♦ Esperanza que dimana de la cruz

Ocurrió hace un tiempo en la inmensa ciudad de Londres. Aturdida por el tráfico y el movimiento de la gente, estaba una niña en un cruce de calles paralizada por el miedo. Estaba perdida. Entre lágrimas explicó que al regresar de la escuela a su casa escogió un camino diferente, y que ahora no tenía la menor idea dónde estaba. Fue inútil la ayuda que bondadosamente le quisieron brindar varias personas.

De pronto apareció un policía, quien logró serenar a la criatura y le preguntó: "¿Tu casa está cerca de la Torre de Londres?" "No", dijo la niña. "¿Y no vives cerca de la estatua del almirante Nelson?", agregó el policía. "No", volvió a musitar la pequeña. "¿Y el camino a tu casa no pasa por el puente Trafalgar", insistió el policía? Y con mayor desesperación la criatura dijo: "No". Se había amontonado una multitud de curiosos, que se compadecían de la niña perdida. Pero con toda bondad el policía volvió a preguntar: "Y dime querida, ¿no vives cerca de ese gran Monumento de la Cruz que hay a pocas cuadras de aquí?" "Sí —dijo la niña con el rostro iluminado—, lléveme a la cruz y de ahí yo llegaré a mi casa sin problemas".

Al pie de la cruz concluyen todos los extravíos. Debemos ir junto al madero y contemplar allí a Jesucristo. Él es nuestra única esperanza. Allí Jesús derramó su amor infinito por nosotros. Es un amor más allá de todo argumento, más allá de cualquier pregunta y de toda duda.

Bien dijo el apóstol Pablo: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Galatas 6:14). Al pie de la cruz se afirma la esperanza de que el mismo Jesús que murió por nuestros pecados, habrá de llevarnos hasta la casa de su Padre. De sus manos heridas, surgen rayos

de luz que iluminan el sendero de todo creyente hasta la misma puerta de entrada del reino de los cielos.

#### ♦ Esperanza que obra en el corazón

El mismo Jesús que murió en la cruz y resucitó al tercer día, es el que desea vivir en nuestro corazón. Así lo enseña el apóstol Pablo al decir: "...este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Colosenses 1:27). Ese es el secreto sublime de una vida fructífera, llena de amor y de pureza. ¿Cómo ocurre esto? ¿Cómo la vida y el espíritu de Cristo pueden encarnarse en nosotros?

Para vivir en Cristo, primero debemos morir al pecado por el poder de Jesús. Así lo enseñó el Maestro al decir a sus discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (S. Mateo 3 6:24). ¿Qué significa esto? Significa crucificar el yo, negarse a uno mismo y doblegar nuestros gustos y apetitos. Cada vez que mi voluntad se cruza con la voluntad de Dios y elijo hacer la voluntad divina, Cristo Jesús empieza a vivir y reinar dentro de mí.

Esa fue la gloriosa experiencia del apóstol Pablo, quien en forma triunfante declaró: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2:20).

¿Cómo puede Cristo ahora, vivir y morar en nuestras vidas? Es por medio del Espíritu Santo que Jesús vive en el corazón del cristiano. Esta es su promesa: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre... No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros" (S. Juan 14:16, 18).

Cristo no nos ha dejado solos. Por su Espíritu Santo, él está con nosotros y está en nosotros. Y con Cristo en el corazón, todo es victoria; nuestra vida brilla con la esperanza de gloria.

#### ♦ Esperanza de encontrarnos con Jesús cuando venga en gloria

Para el cristiano, la esperanza de ver a Jesús cuando venga en las nubes de los cielos, es la culminación de todos sus anhelos y esperanzas. Así lo expresó San Pablo, al decir: "Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, e; Señor Jesucristo; el cual transformará

el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya" (Filipenses 3:20-21).

La esperanza en el regreso glorioso de Jesús tiene un fundamento seguro. Se basa en la promesa de Aquel que entregó su vida en el Calvario, y que después resucitó al tercer día.

En verdad, la segunda venida de Jesús a este mundo es absolutamente necesaria para que triunfe el plan de redención. Si el Señor no volviese a esta tierra, carecería de sentido su sacrificio en el monte Calvario. La victoria lograda en la cruz recién se completará cuando Cristo vuelva en gloria. Entonces la redención del ser humano será total y definitiva.

Las numerosas profecías que se cumplieron en relación con el nacimiento, el ministerio, la muerte y la resurrección de Cristo, nos garantizan que también habrán de cumplirse las profecías que anuncian la venida gloriosa del Señor. Pero la razón más poderosa del regreso de Cristo, es que él ama a este mundo. El no lo dejará librado a su suerte. El lo compró con su sangre.

Dice el apóstol: "Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan" (Hebreos 9:28). Como vemos, aquí se establece con toda claridad que la salvación del ser humano y su liberación del pecado dependen de la obra redentora que Cristo cumple tanto en su primera como en su segunda venida.

Pero este pasaje subraya otra gran verdad: la esperanza cristiana está centrada en el doble advenimiento de Cristo, tanto en su primera como en su segunda venida.

#### ♦ La salvación viene de arriba

En las religiones paganas, la salvación está concebida como la ascensión del hombre hacia Dios; se pone énfasis en lo que el ser humano debe hacer para elevarse. En la fe cristiana, en cambio, la salvación depende de la venida, del descenso de Dios hacia el hombre; en lo que el Todopoderoso hace en favor del ser humano para salvarlo.

Como sabemos, al venir por primera vez a esta tierra, Cristo Jesús dejó la gloria de los cielos, y vino por la senda de la humildad. Se anonadó a sí mismo, se hizo semejante a los hombres, tomó forma de siervo, fue obediente hasta la muerte y

muerte de cruz (ver Filipenses 2:5-8). Jesús descendió hasta el abismo del pecado y la muerte, a fin de elevarnos a la gloria de la santidad y de la vida eterna.

La Biblia, además, declara repetidamente que en ocasión de la segunda venida de Cristo a esta tierra, "verán al Hijo del Hombre, que vendrá en una nube con poder y gran gloria" (S. Lucas 21:27). Desde su trono de los cielos, Jesús vendrá a este planeta como un poderoso conquistador para poner fin al drama del pecado.

Hace un tiempo, un edificio de 39 pisos de la ciudad de Chicago fue presa de un incendio pavoroso y repentino. Las llamas se expandieron con tal rapidez, que se hizo muy difícil la labor de rescate. Muchos de los residentes del edificio alcanzaron a escapar por las escaleras de emergencia. Pero las llamas, el humo y el inmenso calor, eran una mortal amenaza para los que moraban en los pisos superiores. Presas de la desesperación, muchos alcanzaron a subir a la azotea. De pronto, divisaron a un helicóptero que sobrevolaba sobre ellos. En seguida entendieron que ese era el único y el último recurso. No había otro. Las escaleras y los elevadores que iban a la calle, eran inaccesibles. Las llamas envolvían prácticamente todo el edificio. El rescate dependía de ese helicóptero. La salvación venía de arriba. Y felizmente todos los que estaban en la azotea sobrevivieron. Supieron depender del auxilio que vino de la altura, en medio del cielo.

¡La salvación viene de arriba! Este mundo está envuelto por el fuego de los odios y pasiones más enardecidos. A pesar de las buenas intenciones de numerosas personas, la maldad y la violencia siguen haciendo su obra de destrucción. Pareciera que ya no existe un medio de auxilio eficaz. Sin embargo, hay un recurso todopoderoso. Es Cristo, que ya vino una vez a esta tierra desde su trono; y que volverá a venir desde los cielos por segunda vez, a fin de salvar a todos los que extiendan sus manos hacia él.

Veamos, ahora, la gloriosa esperanza del cristiano a la luz de la bendita promesa del Señor.

### La promesa del Señor

Es jueves de noche. Sobre el Nazareno se cernían las angustias y sombras del Calvario. Pero antes de enfrentar el odio de

Satanás y sus secuaces, el Maestro quiso estar a solas con sus discípulos y obsequiarles un legado de amor.

En esa hora tan íntima y sagrada, Jesús abrió su corazón y entregó a sus seguidores ese gran tesoro conocido como *la promesa del Señor*, y que dice: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (S. Juan 14:1-3).

La turbación de los discípulos era imposible de ocultar. Se sentían anonadados ante la posibilidad de que su amado Maestro dejase de acompañarles. Miraban al futuro con profunda ansiedad. Y ante el dolor de sus discípulos, con infinita compasión Jesús les entregó una "receta" para vencer la tristeza y el temor. Es una prescripción de cuatro principios divinos:

♦ **Creed en Dios.** Los discípulos necesitaban creer en Alguien más grande que ellos mismos. Necesitaban creer en el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. En el Omnipotente Creador de todo el universo. Necesitaban creer en el Dueño del mundo y el Hacedor del ser humano, que nos ama tanto que dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él crea tenga vida eterna.

Como dijo Jesús, el Dios Todopoderoso es también nuestro Padre celestial, que no sólo cuida de las aves sino que también ampara y dirige la vida de cada uno de sus hijos. En esta hora de materialismo e incredulidad, tenemos el gran deber y el inmenso privilegio de creer en Dios y amarle de todo corazón.

♦ **Creed en mí.** Con todo derecho, Jesús apeló a sus discípulos para que creyesen en él. Durante más de tres años ellos habían visto sus milagros y oído sus enseñanzas. Al mandato de Cristo, cojos, ciegos, leprosos y toda suerte de enfermos habían recuperado la salud. Los endemoniados habían sido liberados por Jesucristo, y en un gran despliegue de poder, Lázaro había resucitado de entre los muertos.

Ciertamente Cristo era el Mesías, era el Hijo de Dios, era el Salvador de la humanidad. El y sólo él merecía la confianza de los discípulos de aquel tiempo, y también merece que en la actualidad creamos en él con sincero corazón.

A propósito, al realizarse tiempo atrás un seminario sobre salud en la ciudad de Nueva Jersey, ocurrió algo singular. El tema era "SIDA, Drogas y Alcohol". Participaron en el panel de discusión, numerosos médicos, psicólogos, consejeros y asistentes sociales. Por medio de estadísticas y materiales gráficos ilustrativos, se describió el pavoroso aumento de esos males y su alarmante pronóstico. El ambiente de la reunión se tornó sombrío.

De pronto, en forma decidida un joven pasó adelante y tomando el micrófono declaró: "Mucho se ha estado hablando del poder de las drogas. Yo quiero hablarles del poder de Cristo. Por algunos años yo fui una pobre víctima de las drogas. Mi vida era un desastre. Busqué auxilio en diversos centros de rehabilitación, pero sin resultado. En medio de mi gran necesidad, me postré ante el Señor y le rogué que me salvase. Y fui libre por el poder de Jesús. Yo le amo con toda la fuerza de mi juventud, y creo en él con todo mi corazón". Sí, vale la pena creer en Jesús.

♦ **Voy a preparar lugar para vosotros.** Al hacer esta maravillosa promesa, Jesucristo descorrió el velo del futuro. Breve, pero elocuentemente indicó que este mundo actual no es nuestro hogar definitivo. Gracias a Jesús, por encima de las miserias de esta tierra podemos vislumbrar un glorioso más allá.

Con toda autoridad Cristo indicó que la muerte no es el fin de todo. Al seguidor de Jesús le espera una corona de vida eterna. Habrá de vivir en las moradas que hay en la casa del Padre celestial y que ahora están siendo aparejadas por nuestro Salvador. Antes de concluir este capítulo, nos deleitaremos en considerar más extensamente la recompensa del cristiano.

♦ **Vendré otra vez.** Esta promesa formulada por Jesús a los discípulos, constituye la piedra angular de la esperanza del cristiano. Aunque previamente Jesucristo se había referido a su segunda venida en gloria a esta tierra, en ocasión de la cena pascual con sus discípulos le dio a esta promesa una dimensión especial. Habló con los suyos de corazón a corazón. Les dijo que iba a regresar a su trono en compañía de su Padre, y que desde allí sería el Abogado de sus hijos. Pero el hecho más glorioso que mencionó Jesús, fue que él no se olvidaría de los suyos en este mundo. *Vendré otra vez*, declaró.

Podríamos decir que el futuro de esta tierra está enmarcado

en estas palabras majestuosas de Jesús. Cualquiera sea el sentir o pensar de los dirigentes de esta tierra, como humanidad avanzamos hacia la cita final con el Dueño del universo, el Señor Jesús. Cuando él venga se paralizará la historia, y todas las gentes comparecerán delante de él.

Pero cuando él regrese, ocurrirá algo maravilloso. De acuerdo a sus palabras, él tomará consigo a sus discípulos y seguidores, para que estén con él, para que gocen para siempre de su compañía. Vendrá como el Esposo profundamente enamorado de su "esposa", de su iglesia, y entonces se realizarán 'las bodas del Cordero', el encuentro personal y eterno entre el Redentor y los redimidos.

Esta promesa del Señor es como un hilo de oro que corre a través de todas las Sagradas Escrituras, y que como veremos, embellece con sin igual resplandor la gloriosa esperanza del cristiano.

### La esperanza eterna

Consideremos algunos aspectos de la gloriosa esperanza que se apoya en el eterno amor de Dios.

♦ **Es una esperanza cierta.** Esta esperanza no es una ocurrencia de un grupo de fanáticos. No es el invento de un grupo de cristianos de estos últimos días. Resuena con voz de trompeta a lo largo de todos los tiempos. En efecto, en la aurora de este mundo el patriarca *Enoc* profetizó la venida del Señor (S. Judas 14). De *Abrahán* se dice que esperaba la ciudad construida por Dios (Hebreos 11:10). En medio de su dolor, *Job* declaró que al fin vería a su Redentor (Job 19:25,27), y el salmista *David* exclamó: "Vendrá nuestro Dios" (Salmo 50:3-4).

Además de estos personajes, la confianza en el glorioso reino de Dios fue expresada con acentos luminosos por todos los patriarcas y profetas y también por los evangelistas y apóstoles. Cuando Cristo ascendió, éstos escucharon el siguiente mensaje anunciado por dos ángeles: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos 1:11).

No hay lugar para la duda. También los ángeles del cielo pro-

clamaron la venida gloriosa del Hijo de Dios a este mundo. Este evento es anunciado unas 2.500 veces en la Sagrada Escritura, 318 en el Nuevo Testamento. El saludo de los miembros de la iglesia apostólica era "Maranata", o sea, "Cristo Viene". Y a través de cánticos y oraciones, durante 20 siglos los creyentes han seguido expresando su confianza en el bendito regreso de Jesús, el Salvador.

♦ **Es una esperanza gloriosa.** Hablando de su segunda venida, Jesús declaró: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria" (S. Mateo 25:31).

Vendrá con gloria indescriptible. En su primera venida Cristo fue el Varón de dolores que murió ostentando una corona de espinas. Volverá con su corona de gloria, como el Rey del universo. La humanidad entera será convocada ante el poder de su presencia. Dice el profeta: "He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá" (Apocalipsis 1:7).

Hay quienes opinan que el segundo advenimiento de Cristo será una reencarnación de él en algún otro ser, o que su aparición ocurrirá en un lugar aislado, o que significará una conversión en masa de gran parte de la humanidad. Pero según la Biblia, cuando él vuelva por segunda vez, será visto por todos. Su venida será corporal y visible, y no espiritual e invisible como sostienen algunos.

Los espiritistas sostienen que en sus sesiones son capaces de hacer aparecer a Jesús o por lo menos a su espíritu. Pero Jesús hizo esta advertencia: "Así que, si os dijeren: Mirad, está en el desierto, no salgáis; o mirad, está en los aposentos, no creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra en el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre" (S. Mateo 24:26-27).

♦ **Es una esperanza bienaventurada.** Cuando Cristo venga, la familia de Dios rebosará de gozo incontenible. Al son de la célica trompeta despertarán para vida eterna todos los justos que duermen en la tierra. ¡Milagro de los milagros! Se sacudirán los cimientos del planeta y se removerán los abismos del mar, y de sus entrañas surgirán los hijos de Dios de todas las edades. Así lo enseñó el apóstol, al decir: "Porque se tocará la trompeta, y

los muertos serán resucitados incorruptibles" (1 Corintios 15:52).

Además de la resurrección de los justos ocurrirá otro evento igualmente espectacular. Dice la Escritura que los justos que estén vivos al tiempo del regreso de Jesús, serán transformados. "Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad" (cap, 15:53). Entonces millones de personas cuyos cuerpos estuvieron marcados por la enfermedad, recibirán el toque de la vida incorruptible de Dios.

♦ **Es una esperanza solemne.** El indescriptible regocijo que reinará en ese día, no podrá eclipsar la angustia que experimentarán infinidad de personas. Declara la Biblia: "Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria... serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos" (S. Mateo 25:31-32).

En ese día de juicio todos verán a Jesús; aún los que le traspasaron. ¿Qué será, entonces, de Judas, de Pilato, de Herodes y de los sacerdotes y soldados que lo escarnecieron y llevaron a la cruz? ¿Qué será de aquellos que sólo vivieron para los intereses mundanales, olvidando su preparación para la vida eterna?

Dice la Biblia que en ese día "los reyes de la tierra, y los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes; y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero" (Apocalipsis 6:15-16).

En contraste con esta escena angustiosa, la gloriosa venida de Jesús será fuente de gozo inenarrable para los redimidos, quienes exclamarán: "He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperando, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación" (Isaías 25:9).

¿En cuál de los grupos estarás tú? ¿En qué grupo estaré yo?

### ¿Cuándo volverá Jesús? Señales del fin

Esta ha sido la pregunta que se han hecho infinidad de creyentes, y también fue el interrogante que los discípulos formularon a Jesús: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal

habrá de tu venida, y del fin del mundo?" (S. Mateo 24:3, NRV). Desde el monte de los Olivos donde se hallaba, el Señor extendió su mirada hacia el mismo fin de la historia, y anticipó cuáles serían las señales que precederían a su gloriosa venida. Consideremos someramente este gran sermón profético de Jesús.

♦ **Guerras y calamidades.** Cristo predijo que antes de su venida habría "guerras y rumores de guerras" y que se levantaría "nación contra nación, y reino contra reino" (S. Mateo 24:6-7). Aunque la guerra ha existido siempre sobre la faz de la tierra, Jesús previó que en el tiempo del fin las guerras serían un fenómeno masivo y total. Y ese es el drama que ha caracterizado el siglo XX: además de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la humanidad se ha visto terriblemente amenazada por los armamentos nucleares y las guerras bacteriológicas. Han perecido más personas por causa de las guerras en este siglo, que a lo largo de toda la historia.

Los "terremotos en diferentes lugares" (S. Mateo 24:7) constituyen otra de las señales predichas por Cristo. La cantidad y destructividad de los terremotos han ido aumentando en forma pavorosa. Con trágica elocuencia nos indican la proximidad de la venida de Cristo. A esos desastres se agregan "pestilencias" y calamidades naturales como la terrible contaminación del ambiente y el desequilibrio ecológico de nuestro planeta. Y además el fantasma del "hambre" (cap. 24:7), que azota sin piedad a nuestro mundo. Desde hace 20 siglos Jesús supo que en el tiempo del fin millones de personas morirían de hambre. Parece mentira, pero en la última década de este siglo fabuloso, más de 40.000 niños han muerto de hambre *cada día*.

♦ **Desquicio social; aumento de la maldad.** En forma certera, Jesús predijo que "por haberse multiplicado la maldad", el amor de muchos se enfriaría (S. Mateo 24:12). Y acaso, ¿no es eso lo que está ocurriendo ahora en forma incontrolable? El amor está desapareciendo de la tierra. Los hogares se derrumban, las criaturas son abusadas perversamente, la espiral de los divorcios no se puede detener.

Para reforzar esta señal, Jesús indicó que estos días finales de la historia se asemejarían a los días previos al diluvio, cuan-

do toda una generación se hundió en el abismo de la violencia y la inmoralidad (S. Mateo 24:37-39). También el apóstol Pablo se refirió a los "postreros días" como "tiempos peligrosos", en los que habría hombres "desobedientes a los padres", "sin afecto", "crueles", "aborrecedores de lo bueno" (2 Timoteo 3:1-5). Los crímenes y aberraciones que suceden cada vez con más frecuencia, demuestran que verdaderamente hemos llegado al tiempo del fin.

♦ **Señales significativas.** Hace 2.500 años, el profeta Daniel anunció que en el tiempo del fin "la ciencia se aumentará" (Daniel 12:4). ¡Qué sorprendente declaración! Durante centenares y miles de años la técnica y la ciencia estuvieron dormidas. Pero a partir del siglo pasado comienza una verdadera revolución en el campo del conocimiento. Se obtienen logros tan fantásticos como el teléfono, la radio, la televisión, el transporte automotor, el avión, y ahora las naves espaciales. En el campo de la medicina se destacan los notables trasplantes de diversos órganos. ¿Y qué decir del impacto causado en el área de la informática por medio de las computadoras? En verdad, la multiplicación actual de la ciencia, junto a otras señales, nos indica que vivimos en el tiempo del fin.

El apóstol Santiago enfoca un aspecto sorprendente de lo que ocurriría antes de la segunda venida de Cristo. Se refiere a las graves tensiones que existen entre ricos y pobres, entre el capital y el trabajo, entre aquellos que se enriquecen a costa de los pobres y sus víctimas, y describe la indignación divina ante esa injusticia (Santiago 5:1-4). La lucha de clases y los planteos económicos y políticos que han caracterizado este siglo XX, fueron divisados por el ojo profético como una señal del regreso todopoderoso de Jesucristo.

Ante éstas y muchas otras señales de la venida del Señor que se encuentran en la Biblia, corresponde prestar atención a esta advertencia de Jesús: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca" (S. Lucas 21:28).

♦ **La señal más luminosa.** Esta es la gran señal, la que asegura definitivamente que la segunda venida del Señor está a las puertas. Fue predicha con estas palabras de Jesús: "Y será pre-

dicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (S. Mateo 24:14).

Este mensaje es un canto de victoria. A pesar de la pérfida oposición de Satanás, el Evangelio sería predicado. Durante 20 siglos, esta empresa divina demandaría el sacrificio y aun la vida de fieles siervos de Dios. Pero cualquiera sea el costo, esta obra sagrada se terminará en este tiempo del fin. Y así será, porque la palabra y el poder de Cristo lo garantizan.

Aunque se multiplican las señales alarmantes, la predicación del Evangelio es todavía el evento más trascendente, y se está llevando a cabo con poder. Los habitantes de los seis continentes del planeta están siendo alcanzados por el amor de Cristo. Países gigantescos como China y la ex Unión Soviética están recibiendo la luz de la verdad. La Biblia circula prácticamente en todos los países y en todos los idiomas y dialectos. La radio, la televisión, materiales impresos y millones de cristianos son instrumentos que Dios está usando con poder para salvación de infinidad de personas.

El Evangelio será predicado a todo el mundo y entonces Jesús volverá. La más gloriosa esperanza se convertirá en realidad. ¿Cuándo será? Dijo Cristo que "del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo mi Padre" (S. Mateo 24:36). Eso sí, no nos dejemos confundir; las señales de los tiempos hablan con impresionante claridad. Como dijo Jesús: "Cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas" (S. Mateo 24:33).

## La gloria final

Si damos un salto en la eternidad, podremos ver con los ojos del profeta una muchedumbre innumerable vestida de santidad y de victoria ante la presencia del Todopoderoso. Los redimidos provienen de todos los pueblos de esta tierra, y humildemente adoran al Señor diciendo: "La bendición y la *gloria* y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén" (Apocalipsis 7:12).

**La gloria de Dios llena los cielos.** La hermosura y santidad



que reinan en el cielo nuevo y la tierra nueva, reflejan la gloria divina. Donde está Dios hay vida, seguridad y regocijo. En la patria celestial, "Dios mismo estará con ellos... Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte" (Apocalipsis 21 :3-4).

La gloria de Dios se esparce dondequiera. La Jerusalén celestial "no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera" (Apocalipsis 21:23). Esa gloria alumbrará el río de la vida, las calles de oro, el trono del Altísimo y la senda de los redimidos (ver caps. 21 y 22). Pero el brillo más refulgente se reflejará en el rostro de Jesús.

La profecía subraya que los redimidos "verán su rostro" (Apocalipsis 22:4). Esa experiencia será única. Los redimidos verán en el cielo a los ángeles, apóstoles y profetas. Pero nadie como Cristo. El es el centro del universo, y su rostro brilla con la gloria del amor de quien murió para salvarnos.

**El hogar de los redimidos.** Iluminados por la antorcha de la fe, necesitamos contemplar el glorioso panorama de lo que será este planeta transformado por la mano de Dios. El hará "nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria" (Isaías 65:17). El hogar reservado para la familia humana será perfecto. Todo será restaurado. La enfermedad y el dolor desaparecerán para siempre (ver Isaías 35:5-6). Los redimidos estarán libres por completo del estigma del pecado y de la muerte. Serán hechos nuevas criaturas a fin de morar para siempre en un lugar donde nunca más se levantará el mal (Nahum 1:9 y Apocalipsis 21:4-5).

Como habitantes de este mundo condenado, ¿podemos imaginar un lugar sin hospitales, cárceles y cementerios, un mundo libre para siempre de Satanás? Tan grandes serán los cambios, que al referirse a ellos el apóstol Pablo declara: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2:9).

**La glorificación.** Esta es la experiencia culminante que Dios ha reservado para sus seguidores. No se trata de caminar por las calles de oro y verse rodeado por la gloria divina. Es algo mu-

cho más sublime. La glorificación es el acto mediante el cual Dios permite que los redimidos compartan su propia gloria.

San Pablo declaró: "Y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Romanos 5:2). ¿Y qué es la gloria de Dios? Por un lado, es el poder y el resplandor externo que le envuelven como Rey del universo. Pero lo que mueve a la adoración más profunda de sus criaturas, es su gloria interna, su carácter que se resume así: "Dios es amor" (1 S. Juan 4:8).

Cuando Moisés le pidió a Dios que le mostrase su gloria, Jehová proclamó su Nombre y le dijo: "¡Jehová!, ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad" (Éxodo 34:6). Estos atributos constituyen la esencia de la gloria de Dios.

Siglos atrás, la gloria de un carácter semejante al de Dios, se manifestó en el semblante resplandeciente de Moisés. También los rostros de Pedro, Santiago y Juan brillaron en el monte de la Transfiguración, porque sus vidas estaban siendo transformadas. Y la promesa de la Biblia, es que si miramos "a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (2 Corintios 3:18).

Nuestro amante y todopoderoso Dios nos ha escogido para que vivamos con él y reflejemos la gloria de su amor por la eternidad. ¡Qué elevado y extraordinario destino!

## Del abismo a la gloria

Esto es más que el título de un libro. Resume la experiencia trascendental del cristiano, su milagroso viaje desde la esclavitud del pecado hasta el perfecto hogar celestial. Por sobre todo exalta al Pastor que extendió su mano al abismo para recoger a la oveja perdida, a fin de llevarla a salvo al redil. En estas páginas, nos descubrimos con asombro y temor ante el misterio de iniquidad y la obra de Satanás, pero con indecible gratitud nos postramos ante el Cordero por cuya sangre hay redención para todo ser humano.

**"Fiel es el que prometió".** En el divino plan de salvar al ser humano, sobresalen la fidelidad y el amor de Jesucristo. A pesar de nuestras faltas y debilidades, si con sinceridad nos tomamos

de la mano de Cristo, seguramente alcanzaremos la vida eterna y disfrutaremos de la gloria de Dios.

Cristo cumplirá lo que prometió; él es fiel (Hebreos 10:23). Si lo amamos y confiamos en él, Jesús nos ilumina con su Espíritu y su Palabra, nos convierte, nos perdona, nos transforma, nos impulsa a cumplir sus mandamientos, nos recibe en su iglesia por el bautismo, nos usa para proclamar el Evangelio, y al fin nos dará la bienvenida a su reino cuando venga en gloria. La fidelidad y el amor de Dios y su Hijo Jesucristo, nunca se acaban.

**¿Y nosotros?** Cierta predicador decía que el cristiano en el cielo será conmovido por tres grandes sorpresas. La primera, es que no verá allí a algunas personas que tenía la seguridad que iba a ver. La segunda, es que se encontrará con otros que nunca pensó que llegarían al ciclo. Pero lo que será la tercera y más conmovedora de las sorpresas, es que a pesar de ser un débil y frágil mortal, él mismo será uno de los redimidos, y estará gozando de la gloria del cielo en compañía de Cristo y de los ángeles.

¿Quiénes estarán allá? Dice el libro de las promesas: "El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo" (Apocalipsis 21:7). ¿Vencedores sobre qué? Vencedores sobre el pecado, el orgullo y el egoísmo. ¿Y cómo podemos vencer y ser bienvenidos al reino de Dios? He aquí la respuesta: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (1 Tesalonicenses 5:23-24).

Apreciado lector y lectora, anhelo de todo corazón que Dios te bendiga y te dé la certeza de su amor y fidelidad. Recuerda siempre que él es fiel. Dios el Padre, Jesús y el Espíritu Santo completarán su obra de redención en tí y en mí, y entraremos en su reino cuando Cristo venga en gloria. Que movidos por el amor y la fe de Jesús, junto con el apóstol Pablo podamos decir con toda convicción: *"Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida"* (2 Timoteo 4:8),